

COCHABAMBA

El pasado que nos habita, el futuro que nos encuentra



LIBRO CONMEMORATIVO POR LOS 202 AÑOS DE LA GESTA LIBERTADORA
DEL 14 DE SEPTIEMBRE DE 1810

CONCEJO MUNICIPAL DE COCHABAMBA

GESTIÓN 2012-2013

COCHABAMBA

El pasado que nos habita, el futuro que nos encuentra

Libro conmemorativo por los 202 años de la gesta libertadora
del 14 de septiembre de 1810

Concejo Municipal del Cercado de Cochabamba

Gustavo Rodríguez Ostría - Mauricio Sánchez Patzy - Humberto Solares Serrano

COCHABAMBA

El pasado que nos habita, el futuro que nos encuentra

Concejo Municipal del Cercado de Cochabamba
Gestión 2012 - 2013

David Herrada Delgadillo
Presidente
Rolando Cáseres Leclerc
Vicepresidente
Henry García Miranda
Concejal Secretario

Autores:
Gustavo Rodríguez Ostría (rodriostria@yahoo.es)
Mauricio Sánchez Patzy (jamasapa@hotmail.com)
Humberto Solares Serrano (solysierra2@yahoo.com.ar)

Dirección General:
Geovana Mejía Coca

Edición de texto, fotografía y fotografías de archivo: (excepto las indicadas)
Mauricio Sánchez Patzy

Coordinación:
Patricia Chacón Aguilar

Coordinación y compaginación técnica:
Johnny Ordoñez Gareca

Fotografía de tapa:
Mauricio Sánchez Patzy

Diagramación:
José Luis Castro

Impresión:
ETREUS IMPRESORES
Cochabamba – Bolivia

Los derechos de reproducción del texto y las fotografías han sido cedidos expresamente al Concejo Municipal sólo para esta edición, no pueden ser usados posteriormente por esta institución, ni terceras personas incluida la imprenta, sin autorización escrita de los autores. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio.

Septiembre 2012

PRESENTACIÓN



Queridos Llajtamasis:

La identidad cultural es la representación de quiénes somos y cuál es nuestra cultura. Involucra el entorno, la historia y la voluntad. La identidad de una ciudad se manifiesta cuando una persona se reconoce o reconoce a otra persona como miembro de esa comunidad. Así, nuestra Cochabamba guarda en su pasado y su presente aspectos que la hacen única y que nos permiten sentirnos orgullosos de vivir en esta tierra. Por eso, conocer nuestra historia nos permitirá aprender nuevas formas de tolerancia, convivencia, apertura y comunicación, que puedan ser un impulso para encaminarnos hacia una sociedad más justa que se desarrolle en armonía con la madre tierra y el vivir bien.

El libro que tengo el placer de presentar, expone aspectos relacionados a la identidad y la historia de Cochabamba. Valoramos el aporte del conocimiento histórico para comprender, por sus orígenes, los vínculos que unen a una comunidad y les permiten a sus habitantes asumir una actitud consciente ante ellos. Por eso, con la presente publicación se pretende favorecer la difusión del conocimiento, propiciar la reflexión crítica y la toma de conciencia a la par de rendir un homenaje a esta valerosa tierra y a sus habitantes.

En este nuevo aniversario de la Llajta, asumimos el compromiso de trabajo honesto, esforzado, firme e ineludible por esta tierra que nos cobija, acorde al proceso revolucionario por el que atraviesa nuestro país. Sin embargo, les pido su apoyo pues no debemos olvidar que el cambio está en manos de cada habitante de esta ciudad y que sólo el trabajo conjunto hará que Cochabamba salga adelante, que florezca y que podamos caminar hacia un futuro más incluyente, participativo y solidario.

DIRECTIVA
GESTIÓN 2012 - 2013



Rolando Cáseres Leclere, David Herrada Delgadillo y Henry García Miranda.

CONCEJALES



Superior de izquierda a derecha: Edwin Jiménez Arandía, Armando Vargas Mujica, Shirley Franco Rodríguez, Edgar Gainza Pereyra, Beatriz Zegarra Calderón, Ninoska Lazarte Caballero.
Inferior de izquierda a Derecha: María Isabel Cero Padilla, Henry García Miranda, David Herrada Delgadillo, Rolando Cáseres Leclere.



INTRODUCCIÓN

por eso he decidido ayudarte a existir
así sencillamente ya que existes en mí
he decidido que me esperes viva
y he resuelto vivir para habitarla.

Ciudad en que no existo, Mario Benedetti

Realizar un libro ilustrado sobre las identidades y la cultura de Cochabamba no es una tarea sencilla, dadas la cantidad de facetas y posibilidades que tal tarea demanda. En efecto, las identidades de los cochabambinos y las cochabambinas no se agotan en algunos rasgos, menos pueden reducirse a una historia general, ni a una sola cultura. Pero algo puede decirse con fortuna, máxime cuando se trata de rendir un homenaje a los 202 años de la revuelta libertaria del 14 de septiembre de 1810, día en que la conciencia regional de los cochabambinos empezó a andar su propio camino de autodeterminación y de valía regional.

Para este cometido, hemos reunido ensayos especialmente trabajados para este libro, de los investigadores Humberto Solares Serrano, Gustavo Rodríguez Ostría y Mauricio Sánchez Patzy. Los ensayos encaran diferentes aspectos de la historia, las identidades y la cultura cochabambinas. Se trata de un mosaico de aspectos fundamentales a la hora de definir qué es lo específico de Cochabamba. Por una parte, Sánchez Patzy realiza una reflexión sobre los componentes de la identidad cochabambina. Rodríguez Ostría elabora una amplia visión sobre las circunstancias históricas en que se desenvolvía la región en 1810, para contextualizar aquel momento fundador de la Cochabamba actual. Por su parte, Solares Serrano se enfoca en las transformaciones de la ciudad y de los imaginarios urbanos desde el XIX hasta siglo XXI. Por último, Rodríguez Ostría nos ofrece una historia del paradigmático carnaval de Cochabamba.

En suma, este libro permite conocer diferentes aspectos de la historia y la identidad de Cochabamba y sus habitantes. Nos revela en sus páginas nuestra marcada identidad cultural, aquella que nos proporciona cobijo y complicidad; nos enseña que el pasado nos habita diariamente y que el futuro viene a nuestro encuentro cargado de nostalgia; sus imágenes muestran que vivimos en un lugar especial que tiene un particular modo de sentir y ver el mundo. Ciudad que nos enciende y nos amanece con sus propios aromas, sabores y colores, ciudad de compleja existencia que nos trasciende. En fin, estas páginas son un paseo por el presente y el pasado de una urbe profunda e intensa.

G.M.C.



LAS IDENTIDADES COLECTIVAS DE COCHABAMBA

Mauricio Sánchez Patzy

¿Cómo caracterizar la identidad de los cochabambinos, más allá de los lugares comunes, de las frases hechas, como aquellas que proclaman que “el cochabambino vive para comer” o “en la espalda de los cochabambinos siembran nabos”, o “los cochabambinos se oponen a todo”? ¿Cómo poder presentar a los cochabambinos y las cochabambinas en una palabra que los resuma? La tarea es, probablemente imposible, ya que en las tierras fértiles del valle central de Cochabamba y sus áreas de influencia, a lo largo de los siglos, ocurrieron y ocurren grandes transformaciones ecológicas tanto como humanas. Tierra de mitimaes y recién llegados, de poblaciones en constante arribar y empezar de nuevo, de pródiga naturaleza a 2570 metros sobre el nivel del mar y dueña de una temperatura anual que promedia los 20 grados centígrados, en los valles de Cochabamba la vida se desarrolla con placidez, pero esto nunca ha quitado el peso de las faenas agrícolas, artesanas y obreras, ni las distancias antes recorridas a pie, en mula o caballo, ni los calurosos mediodías, los vientos de agosto, los fríos de julio o las lluvias de enero. El sosiego valluno no ha impedido el aislamiento de la región, refugiada en la cordillera de los Andes, rodeada de montañas y muy lejos de los mares. La supuesta calma de sus campiñas tampoco ha evitado que la vida cotidiana esté exenta de angustias y peleas entre prójimos y colectividades. Por otro lado, el temprano mestizaje es un factor crucial para entender las identidades cochabambinas; pero tal vez no tanto el biológico, sino más bien el cultural. Casi todos tienen algo de españoles y algo de indígenas andinos, algo de africanos y algo europeos. Todos han adquirido sus hábitos, sus costumbres y sus valores, a partir de esas contradictorias, extrañas y creativas mezclas heredadas de las pautas culturales de cada una de estas matrices culturales. Pero también todos tienen que enfrentarse a una realidad social donde conviven los establecidos, pertenecientes a familias cochabambinas cuyos antepasados se asentaron aquí hace muchos siglos, con los forasteros, los que buscaron y buscan, quizás desde que el valle ofreció al peregrino sus frutos y su promesa de prosperidad, en Cochabamba el suelo donde echar raíces.

En lo que sigue, vamos a hilvanar algunas ideas sobre los cochabambinos y sus identidades colectivas, sabiendo de partida que esta tarea no es una empresa de la sociología ni de la historia solamente, sino pertenece al arte de tantear pensamientos.

El fruto del encuentro entre las tradiciones quechua e hispánica

Podemos decir que las identidades en Cochabamba son el fruto del encuentro entre dos patrones culturales que, al pasar los siglos, han construido una sola pauta cultural dominante, de carácter mestizo, que puede definir bien a los cochabambinos y cochabambinas. Estos patrones básicos son la cultura quechua y la cultura española. Al haber sido Cochabamba una de las más importantes colonias incas, y por tanto heredera de los principales rasgos culturales de esa antigua civilización (alimentación basada en el cultivo de gramíneas, tubérculos y otros productos agrícolas; la predominancia del quechua como lingua franca; organización del tiempo según los ciclos agrarios, y otros), la cultura quechua ha permanecido en Cochabamba desde tiempos del sapa inca Huayna Cápac, quien la convirtió en un centro agrícola de primer orden, así como núcleo de almacenamiento estatal de granos y espacio administrativo, religioso y militar. De otro lado,

la llegada de los conquistadores españoles a mediados del siglo XVI y su asentamiento en varios poblados y villas y el dominio de las tierras fértiles y sus habitantes a través de la encomienda, las parroquias y luego las haciendas, hizo que la cultura hispánica penetre prácticamente en todos los rincones de la vida cotidiana local. Los cochabambinos son así una forma quechua de lo español, o una forma españolizada de lo quechua, lo mismo da: el resultado de la colisión de dos moldes antiguos y tradicionales de identidad.

Sin embargo, la coexistencia de patrones culturales en el mismo territorio, no siempre ha significado que el mundo mestizo al que estos patrones dieron origen sea idílico y mejor que otros. En este sentido, podemos decir que las identidades colectivas en Cochabamba son heterogéneas, variadas y en muchos casos pueden llegar a enfrentarse entre sí. *Heterogéneas*, porque no han surgido del mismo proyecto de clase, de la misma matriz cultural o en el mismo periodo histórico. Ciudad originada en el conflicto de la cultura urbana colonial, la hacienda española y la cultura agrícola precolombina, puede decirse que la diferencia de orígenes y de mundos culturales de sus habitantes es tan temprana como la llegada de los conquistadores españoles. Territorio de mestizos, de campesinos inmigrados al entorno urbano, de extranjeros residentes, Cochabamba se ha caracterizado históricamente por su heterogeneidad cultural. Esta se expresa en la conformación de estamentos sociales, gremios o guetos culturales diferenciados desde tiempos coloniales, y por la acentuación de esta diversidad de origen a pesar de los intentos del Estado de 1952 de homogenizar las identidades colectivas en una sola: mestiza, boliviana y nacional. En segundo lugar, las identidades colectivas son *variadas*, y esto puede tomarse como un rasgo sobresaliente de la cultura de Cochabamba, que implica que cualquier planificación urbana deba de hacer frente a la diversidad de pautas culturales coexistentes en el municipio. En tercer lugar, las identidades suelen estar *enfrentadas*, ya que la variedad y la heterogeneidad de las identidades sociales no implica una convivencia pacífica, ni una tolerancia "intercultural": es el caso de los acontecimientos del 11 de enero de 2007, cuando una multitud de pobladores criollos y mestizos se enfrentó con una multitud

de cocaleros, campesinos, jóvenes y pobladores de zonas populares. El nivel de intolerancia hacia el otro demostró, de manera patente, lo que pocos se atrevían a develar: las identidades colectivas pueden ser fuente de conflicto, de segregación de género, de generación y de territorio, y el *antagonismo identitario* puede estar presente de manera cotidiana a través de violencias simbólicas, pero también a través de violencias explícitas en muchos prejuicios y prácticas sociales locales.

La competencia a veces beligerante y a veces pacífica entre las identidades colectivas no se origina solamente en las diferencias culturales, sino que lo hace también en base a diferencias de clase, de generación y de género. Muchas de las tensiones de identidad se originan, por ejemplo, en las reivindicaciones laborales que no son las mismas para los obreros fabriles, para los vendedores ambulantes, los profesionales o los transportistas. Por otra parte, y especialmente desde la década de 1920, las diferencias entre los jóvenes y los adultos se ha ido marcando cada vez más en Cochabamba. Los movimientos estudiantiles de 1925, por ejemplo, impulsaron luego la autonomía universitaria como una conquista juvenil. En la década de 1960, fueron también jóvenes los que llevaron adelante la llamada "revolución universitaria", y las modas culturales y la transformación de las conductas personales de los jóvenes implicaron casi siempre una fuerte tensión entre padres e hijos. La libertad en las decisiones y comportamientos



TIPO PINTORESCO DEL INDIJO DE COCHABAMBA



sexuales trajo aparejado, asimismo, una creciente dificultad para los adultos, a tiempo de querer regular a los jóvenes y sus nuevas maneras de ser. Por último, no es menos importante referirse a las constantes tensiones entre hombres y mujeres, en una sociedad signada por una lógica masculina de organización de las relaciones interpersonales, donde las mujeres se han encontrado tradicionalmente subordinadas a los varones, sean los padres o los esposos. Sin embargo, a lo largo del siglo XX, las reivindicaciones femeninas comenzaron a poner en cuestión al poder patriarcal, lo que provocó que aparezcan nuevos valores de lo femenino y lo masculino.

Estas diferencias de identidad e intereses no quieren decir que no existan pautas culturales compartidas por ricos y pobres, hombres y mujeres, jóvenes y adultos. En ese sentido, puede hablarse de una cultura común basada en un habla mestiza, en la informalidad de normas de conducta, en el profundo peso de las relaciones interpersonales antes que en la frialdad institucional moderna, y en una cultura del poder fundamentada en el clientelismo, el favoritismo, la solidaridad por conveniencia, el caudillismo y muchos otros rasgos de comportamiento social fundados en un patrón colonial todavía vigente. Dicha matriz cultural se basa en instituciones sociales de la llamada temprana modernidad, es decir, los siglos XVI, XVII y XVIII, y en mucho reproduce formas de vida social basadas en la lógica cortesana de la antigua sociedad hispánica, que se ha mantenido vigente incluso durante los 187 años de la vida independiente del Estado de Bolivia. Como toda cultura, tiene aspectos positivos y aspectos negativos. Por ejemplo, puede considerarse como un rasgo positivo de la identidad cultural local el papel protector de la familia extendida, de la solidaridad entre amistades, de la calidez humana en el trato entre conocidos, de la intensa vida social de los cochabambinos y cochabambinas, ya sea al interior de las casas, en las calles o en las fiestas

populares. Sin embargo, pueden considerarse como rasgos negativos el exceso de prejuicios y maledicencias en relación a los otros, el soporte de la familia o los círculos sociales como puntales para la ascensión social antes que los méritos individuales, la excesiva informalidad de las reglas de conducta mutua, o la extendida red de favores políticos antes que el respeto a las capacidades y esfuerzos de aquellos que estudian. Podríamos decir, así, y recuperando los conceptos de Bourdieu, que vale más el capital social (número y calidad de relaciones personales) que el capital cultural (número y calidad de estudios y conocimientos personales).

La historia contemporánea del municipio de Cochabamba ha complejizado el tejido de identidades colectivas, aunque también ha degradado las formas en que éstas se vinculan entre sí y se toleran. Una ciudad más pequeña, con posiciones definidas entre quiénes eran las “familias bien”, quiénes los mestizos, quiénes los cholos y quiénes los indios, se transformó desde 1952 en una ciudad donde las identidades cholos y de inmigrantes campesinos competían con las identidades modernas, ricas y cultas de las elites tradicionales. Las transformaciones posteriores a 1952 también produjeron que los llamados cholos se enriquecieran rápidamente, aunque no pertenecieran a los sectores sociales dominantes, y que logren un ascenso social y económico. El resultado es una mestización de la cultura, o la constitución de una cultura popular de orígenes campesinos, cholos y mestizos, basada en la oralidad, en costumbres adaptadas de viejas pautas coloniales (por ejemplo, el sistema de pasantes, la importancia de la participación en fiestas religiosas y otros).



¿Existe una identidad regional cochabambina?

Si existiera una identidad regional, ¿cuáles serían sus atributos? A lo largo de décadas, los pensadores sociales se han esforzado por encontrar las raíces de la “cochabambinidad”. Lo cierto es que no es posible encontrar esta matriz de identidades, por cuanto nunca los habitantes de Cochabamba fueron equivalentes entre sí: esto es desconocer no sólo la división social del trabajo (existente ya en tiempos anteriores al asentamiento de los primeros europeos en la región), sino también implica desconocer las estratificaciones sociales de clases y castas según patrones jerárquicos determinados por las relaciones de poder. Todo lo más que podría hacerse en preguntarse por la identidad común de las clases altas (hayan sido éstas compuestas por encomenderos, hacendados, grupos eclesiásticos, poderosos comerciantes, artesanos con éxito, empresarios, familias terratenientes, o gentes de origen humilde que ascendieron económicamente); de las clases medias (empleados públicos, artesanos, maestros, artistas, profesionales liberales, pequeños comerciantes y productores, profesores universitarios, dueños de pequeñas propiedades, intermediarios en muchos rubros); y las clases bajas (campesinos arrendatarios, colonos, piqueros pobres, comerciantes ambulantes, mendigos, buscavidas, mil oficios, pequeños artesanos y muchos otros). ¿Qué tienen en común?

Muchos cochabambinos de las clases acomodadas tienen en común sus orígenes pobres, basados en el ascenso social a través de una serie de mecanismos de enriquecimiento lícito e ilícito, pero casi siempre idiosincrásico, desde los tiempos coloniales. Si bien los primeros encomenderos españoles tenían tierras, riquezas y poder, no siempre tenían estatus de nobleza. Con el pasar de los siglos, los terratenientes y otros magnates provenían cada vez más de los sectores mestizos de la población, es decir, eran hijos de la imbricada red de relaciones sociales y sexuales entre



españoles e indias, portugueses e indias, mestizos e indias, cholos y mulatas, españoles y mulatas y muchos emparejamientos más. Al ser una sociedad tempranamente conectada con la lógica del mercado colonial, la posibilidad de ascender a través de la compra y venta de productos y servicios se constituyó en un factor predominante de la conformación de nuevos ricos. Por otra parte, los hacendados no se constituyeron en una fuerza generadora de un modelo productivo, y casi siempre vivieron de las rentas de sus propiedades, del tributo o los diezmos eclesiásticos cobrados a los campesinos, por lo que históricamente estas elites, al no ser productivas, permitieron que gentes venidas de abajo pudieran ascender económicamente a través de su penetración en el capitalismo manufacturero y comercial. La implantación de las primeras industrias en Cochabamba, al contrario, fue iniciativa de inmigrantes europeos llegados desde fines del siglo XIX. Sin embargo, la mayoría de estas industrias se orientaron hacia el consumo, y en muchos casos, se acomodaron a las idiosincrasias locales, produciendo para el mercado local, especialmente de bebidas y productos alimenticios. Una buena parte de la inversión de capitales fue para la banca y los nacientes medios de comunicación, con lo que no se desarrolló, propiamente, una clase industrial. A pesar de todo, tampoco los sectores acomodados de la población tienen identidades completamente modernas u occidentales; si bien ostentan símbolos de distinción de clase (grandes casas, automóviles de últimos modelos, viajes, ropa a la moda, artefactos electrónicos de última generación), también se podría decir que son *biculturales*. Es decir, que participan, al mismo tiempo, de una cultura material basada en consumos occidentales, pero también comulgan con la cultura tradicional local, donde las comidas, las danzas, los estilos musicales y las formas de sociabilidad siguen siendo, en mucho, las mismas que poseen las clases populares. Este biculturalismo puede encontrarse, por ejemplo, en la afición de las clases acomodadas con la fiesta de la Virgen de Urkupiña, o la presencia de los jóvenes en las fraternidades de baile folklórico, especialmente en la danza de los caporales, convertida en un epitome de la ostentación de clase de los cochabambinos. Para ellos, no hay contradicción entre reverenciar los estilos de vida norteamericanos, y simultáneamente disfrutar un domingo con chicharrones o charques, dos de los platos populares más afamados de Cochabamba. Es justamente por eso que las elites cochabambinas, que antes se consideraban a sí mismas como “blancas” o “criollas”, han empezado a asumirse como “mestizas”, es decir, como el resultado de dos culturas, la occidental contemporánea y la valluna tradicional, a su vez mezcla de valores culturales quechuas y españoles.

Por otra parte, los estratos sociales medios comparten ciertos rasgos de identidad con los estratos económicamente pudientes, pero también con los estratos populares. Es el caso de los fanatismos futboleros, repartiéndose entre wilstermanistas y auroristas, es decir, los seguidores de Wilstermann y Aurora, los dos más importantes equipos de fútbol de la región. Si bien se trata de un rasgo cultural mayoritariamente masculino, las mujeres también son seguidoras fieles de uno de estos equipos. Pero lo notable es que el fanatismo del fútbol une a las personas de una manera muy característica, ya que no importa si es el pobre o el rico, el campesino recién llegado de provincias o el heredero de un linaje terrateniente: todos comparten la identidad del *hincha*, una suerte de utopía de igualdad y comunión totales entre personas de diferentes orígenes. En los partidos, ocurre una especie de suspensión de las jerarquías y los prejuicios, los que son volcados a veces con mucha virulencia hacia los hinchas de otros equipos de fútbol.

Un rasgo notable de las identidades de los estratos medios es el alto grado de escolarización y el acceso creciente a la universidad. En la ciudad existen 13 universidades en 2012, dos de ellas públicas (Universidad Mayor de San Simón y la Escuela Militar de Ingeniería) y 11 privadas. Mientras la ciudad tiene una población un poco mayor a los 600 mil habitantes, más de 62000 estudiantes están matriculados en la Universidad Mayor de San Simón, es decir, más del 10 por ciento de la población urbana. Si a esta cifra se suman los estudiantes de las otras universidades, es posible que cerca de un 20 por ciento de la población asista actualmente a la universidad; una cifra muy elevada, si se considera que la región no genera los espacios laborales para absorber a todos los graduados universitarios. Esto quiere decir que la universidad en sí misma es un estilo de vida: algunos para mejorar su estado económico y su estatus profesional, otros para refugiarse de las





dificultades de encontrar empleo afuera de la universidad. Es muy común, por ejemplo, el caso de los estudiantes “crónicos”, que permanecen inscritos en la universidad por más de diez años, o que al terminar una carrera, inician otra. Si pensamos además que la universidad ha formado ya a varias generaciones de cochabambinos y cochabambinas, la relación entre las identidades de las clases medias con la universidad son muy antiguas y duraderas.

En general, las identidades de las clases medias cochabambinas son las que concentran la mayoría de los rasgos que se consideran típicos de la región. En los sectores medios, asimismo, han nacido las más importantes instituciones culturales cochabambinas: el teatro de comedia costumbrista, el neofolklore cochabambino, los *café concert*, el pop tropical y los caporales de San Simón, entre otras instituciones. Los grupos sociales que dieron origen a estos movimientos culturales supieron aunar las tradiciones locales con las influencias culturales provenientes de los medios de comunicación y los valores juveniles de cada época. En general, son los jóvenes los que realizan estas transformaciones, y esto tiene que ver con una capacidad de creación cultural bastante extendida en la ciudad de Cochabamba y sus alrededores. Se trata de generaciones y generaciones de jóvenes - especialmente desde los años de 1960 - que se reúnen y crean nuevas formas expresivas. De ahí que el papel de la juventud en Cochabamba es fundamental a la hora de tratar de explicar las identidades locales, ya que las permanencias y renovaciones de las formas de expresión artísticas y comunicativas dependen en mucho de los valores juveniles en juego, y el papel creador de los grupos de amigos, casi siempre jóvenes, y sus espacios de encuentro, desde donde surgen nuevos estilos que más adelante, y mediados por las industrias culturales, impactarán en los gustos e identidades de todo el país.

Así como vimos que los estratos altos y medios de la población cochabambina se vinculan con la creación de identidades colectivas, también los estamentos populares juegan un importante rol en la definición, época tras época, de los valores de identidad locales. La impronta del quechua y las costumbres rurales, por ejemplo, no desaparece en Cochabamba, sólo se transforma ante nuevas realidades urbanas y nuevas formas de relacionamiento social. Por ejemplo, si la tradición dicta que al beber chicha debe *ch'allarse* echando un poco del licor al suelo en ofrenda a la pachamama, el acto de la *ch'alla* se realiza habitualmente en muchas reuniones sociales de las clases acomodadas. Por otra parte, la población campesina o de orígenes indígena-mestizos no puede ser considerada de manera estática, como portadora de una manera de ser trascendental que no cambia al pasar el tiempo, por los siglos de los siglos. Antes bien, los sectores populares de Cochabamba, en virtud a su carácter culturalmente marginalizado, poseen una enorme capacidad de adaptación a condiciones de vida cambiantes, y estas adaptaciones generan, a su vez, nuevas propuestas estéticas. Si vemos el caso de la música popular, por ejemplo, la música campesina cochabambina ha experimentado muchísimas transformaciones y modas. Si en el periodo que va de 1940 a 1980 se habían puesto de moda el acordeón, el saxofón y la batería como instrumentos prestigiosos para la celebración de fiestas, a fines de los años 80 los instrumentos electrónicos, como sintetizadores o teclados, baterías electrónicas y guitarras eléctricas desplazan los instrumentos anteriores en la preferencia popular. Si la apariencia y vestimenta de los músicos vallunos solía ser bastante tradicional, los músicos de fines de los 80 empiezan a vestirse a la moda y en imitación a las estrellas del rock-pop latino. A lo largo de la historia vemos apropiaciones de las modas culturales de época por parte de la población campesina cochabambina, al punto que es muy difícil dilucidar qué es “auténtico” y qué es “foráneo”, como suelen decir muchos periodistas. Pero tal vez la respuesta es que la pretendida “autenticidad”, si la hay, es la de las múltiples y específicas asimilaciones culturales, que dan como producto nuevas formas y contenidos trastocados, que adquieren nuevos significados y nuevas estéticas, a las que podemos llamar como “estéticas cholas”, dado su carácter a la vez andino y occidental, que sin embargo resulta en otra cosa, no en la simple sumatoria de sus ingredientes.

Por este motivo, la cultura y las identidades de los estamentos populares de Cochabamba pueden caracterizarse, al igual que en otras regiones andinas, como el reino de la mezcla cultural, de la coexistencia simbiótica y expresiva de maneras de ver el mundo basadas en la visualidad andina tanto como en la incorporación de modas y estilos de la iconografía moderna y modernizante, hispánica y anglosajona, capitalista y comercial. En el caso cochabambino, este efecto es particularmente evidente en los ámbitos de lo que podría denominarse una “cultura chola”: los mercados, las vitrinas y puestos de





venta, las fachadas de edificios de las “burguesías cholas”, la decoración de interiores, los trajes de baile, la indumentaria, la decoración de camiones, micros, trufis y taxis. Si algo caracteriza esta estética, es el exceso decorativo. Se trata de un mundo expresivo donde conviven y se fusionan elementos culturales tradicionales - fruto de una acumulación histórica no exenta de conflictividad -, tanto como resignificaciones políticas y autoafirmaciones étnicas. De ahí que, en términos estéticos, no puedan encontrarse “purezas” en los marcadores de identidad de cochabambinos y cochabambinas, ya que lo significativo es, más bien, la imbricada lógica de la mestización cultural.

En general, las identidades cochabambinas pueden definirse retomando el concepto propuesto por autores que estudiaban las transformaciones culturales en Perú, como François Bourricaud o Aníbal Quijano, quienes consideraban que al llegar poblaciones inmigrantes andinas a ciudades como Lima, se empezaba a desarrollar un *proceso de cholificación*, es decir, una transformación de la misma ciudad y de los valores dominantes de la ciudad tradicional, con los valores de los forasteros, quienes, cargados de tradiciones indígenas, se acomodaban a su vez a los significados

y emblemas de identidad urbanos. Este carácter intermedio, mezclado, en el mundo andino se conoce tradicionalmente como *cholo*; más allá de cualquier ánimo peyorativo, los investigadores proponían que el resultado del encuentro entre los recién llegados andinos con una cultura urbana occidentalizada, genera un nuevo tipo de cultura, mestiza, abigarrada, mezclada y de características completamente nuevas. Las identidades colectivas cochabambinas pueden, con provecho, definirse como fundamentalmente mestizas, o como se dice ahora, interculturales, ya que en ellas se manifiestan los imaginarios de lo quechua campesino, con los imaginarios de lo occidental urbano. Si bien algunos rasgos de este encuentro son conflictivos (el desorden vehicular, el uso de las calles como mercados, la acumulación de basura, la falta de educación vial y otros), otros rasgos son muy vitales y generadores de nuevas formas de identidad: fiestas remozadas año con año, creación de danzas y estilos musicales, invención de nuevas recetas, nuevas modas culturales. En fin, si algo podría definir a las identidades colectivas de Cochabamba, como un rasgo común, es, por cierto, el carácter mestizo de su cultura y sus idiosincrasias, conflictivas y creativas a la vez, conservadoras y transformadoras a un mismo tiempo.

El papel formador de identidades de la industria cultural

Si algo ha marcado las identidades cochabambinas contemporáneas es la industria cultural en todas sus conformaciones. La instalación de imprentas y la producción de libros, folletos, folletines y periódicos desde principios del siglo XIX; La llegada del cine a fines del siglo XIX; la constante circulación de compañías de zarzuela y teatro de variedades a principios del siglo XX; el acceso a gramófonos y vicrolas en la década de 1920; la implantación de la radio en esa misma década; la llegada de los discos de microsurco en la década de 1950 y la no menos importante aparición de la televisión en la década de 1970, caracterizarán las identidades cochabambinas en la medida en que las tecnologías comunicativas permiten registrar y conservar, tanto como recrear y trastocar muchas facetas de las identidades colectivas. En Cochabamba circularon revistas ilustradas desde el siglo XIX; discos de pasta desde comienzos del siglo XX, y discos de vinilo desde mediados de ese siglo, tanto como magazines, casetes de audio, casetes de Betamax, de VHS y luego CDs, VCDs y DVDs. Desde mediados de la década de 1990, los teléfonos celulares, las computadoras



personales y todo tipo de dispositivos tecnológicos empiezan a revolucionar las formas en que los cochabambinos se conectan con los demás, así como los consumos culturales. Aunque la magnitud de los cambios comunicacionales recientes y la velocidad en que quedan obsoletas las tecnologías comunicativas es considerable, no hay que perder de vista que el acceso a estas tecnologías se remonta cuando menos al siglo XIX, y que su introducción ha implicado largas y complejas apropiaciones identitarias. Esto ha implicado que las influencias culturales externas se multipliquen, y que mucho de la identidad local ya no pueda entenderse sin referirse a los influjos comunicativos del resto de los países latinoamericanos (tango, ranchera, bolero, zamba, mambo, merengue, televisión y cine de México y Argentina, bayón, carimbó, lambada, telenovelas brasileñas) de Estados Unidos (cine de Hollywood, música rock y pop) y Europa (rock británico, televisión española), e incluso de Asia (películas chinas de *kung-fu* de los años 70, *K-pop* o música popular coreana). Todas estas influencias han moldeado las identidades colectivas con una impronta generacional inherente, que determina en mucho los gustos y las nostalgias de las distintas generaciones.

La pujante industria cultural de mediados del siglo XX, especialmente en la producción discográfica y la radio, y la aparición de la televisión local a fines de los años 70 (el canal 11, universitario) y la televisión privada a mediados de la década de 1980, produjeron una cultura masiva vinculada a la cultura popular mestiza, generando iconos culturales como la música carnavalesca y festiva (el caso de los discos de Los Brillantes, la difusión de taquipayanacus o coplas picarescas de carnaval, las coplas de Santa Vera Cruz); el neofolklore cochabambino, cuyo principal representante es el grupo Los Kjarkas; la industria fonográfica y comunicacional de Laureano Rojas (Discos Lauro, Festival Lauro de la Canción, Radio Cosmos, Canal 2 y otros); el papel de las radios en general (Radio Cultura, Radio San Rafael, Radio Centro y otras); la invención de tradiciones, como el Corso de Corsos o Carnaval de la Concordia; y la aparición de colectividades juveniles y organizaciones cultural de los jóvenes (Caporales de San Simón, Entrada Universitaria, fraternidades folklóricas, movimientos de rock *underground*, bandas locales de rock y otros). A fines de los años 80, la llegada de inmigrantes jóvenes del Valle Alto y otras regiones del departamento y el país, trajo



consigo el *boom* de la cumbia y la música tropical bailable, a través de conjuntos electrónicos y empresas de producción de espectáculos populares (grupos como Climax, Ronisch, Maroyu o Los Tigres; locales como Filmamaxim's y muchos otros), así como de un sinnúmero de pequeños estudios de grabación a principios de los años 90. De esa manera, en un proceso iniciado en los años 60, la cultura local y las identidades colectivas se convirtieron, cada vez más, en culturas e identidades juveniles, permeando con sus estilos y estéticas las formas tradicionales de las artes populares (danzas, géneros de música folklórica) tanto como las influencias de la industria cultural y las modas internacionales (música rap, lambada, hip hop, rock) y el surgimiento de culturas juveniles o "tribus urbanas". Asimismo, la cultura y las identidades juveniles no están exentas de contradicciones: por ejemplo, fenómenos culturales como el rock, la cumbia villera o el reguetón son populares entre los jóvenes de las clases populares pero también de los jóvenes de clases altas, mientras que los jóvenes de las clases medias tienden a consumos culturales diferenciales, en una búsqueda de distinción. Por otra parte, las identidades tradicionales se han arrinconado entre grupos de adultos, ya sean asociaciones de inmigrantes, "clubes del recuerdo", familias antiguas, negociando (no sin conflictos) en todo momento con los jóvenes y sus dinámicas identidades colectivas.

Las industrias culturales entonces, modifican y labran identidades colectivas, por cuanto los gustos profesados tienen una estrecha relación con quién se dice ser, con cómo se quiere ser. Las modas culturales difundidas por los medios de comunicación inciden especialmente en las idiosincrasias generacionales o en la forma en que las diferentes edades asumen sus personalidades colectivas: modas, estilos de música, maneras de hablar, modelos de pensamiento, creencias y marcos doctrinales se encadenan con las mercancías culturales y los mundos de significación en las que se insertan. Así, las identidades cochabambinas tendrán modulaciones de época, pero serán los productos culturales, llegados del extranjero o concebidos en la región, los que brinden maneras de ser y de actuar. A su vez, las identidades colectivas, en virtud a sus capacidades narrativas y de dar sentido al mundo en que se despliegan, afectarán también a los productos de las industrias culturales y los modos de comunicación, en una relación de ida y vuelta entre modelos de ser y modelos comunicativos.

Reunirse, comer y beber o el culto de la convivialidad



El culto a la comida parece ser el rasgo de identidad más distintivo de las maneras de ser cochabambinas y cochabambinos. En parte por la fama, en parte por la realidad, el resto de los bolivianos piensan que en Cochabamba nunca falta qué comer, y que además aquello que se come es no sólo en mayor cantidad que en otras regiones, sino de mayor calidad. La fama a su vez alimenta las conductas, y en efecto, los cochabambinos se aplican a la tarea de comer con delectación. Sin embargo, más allá de los lugares comunes, algo hay de cierto en la relación entre los cochabambinos y la comida.

Como es común en las sociedades agrarias, el cultivo de plantas tiene como fin la alimentación. Sin embargo, no se trata simplemente de labrar la tierra para la propia nutrición, ya que regiones como Cochabamba se vincularon desde muy temprano con el poder estatal: se trataba de una *llacta*, o asentamiento urbano imperial. Al encontrar que los suelos de los valles cochabambinos ofrecían condiciones únicas de fertilidad, la producción de granos como el maíz no solamente era para el consumo familiar y comunal; también una importante parte de los granos eran almacenados en colcas o almacenes de Estado, como parte de la inmensa provisión de alimentos imperiales que serían acumulados, transportados y distribuidos a lo largo del imperio. La productividad del suelo no bastaba, había también que saber trabajar la tierra, mucho más si gran parte de la producción era para el estado. A través de mecanismos coercitivos, pero también de reciprocidad, los campesinos cultivaban la tierra para el estado inca, aunque también para el propio sapainca. En el caso de Cochabamba, estas labores quedaron en manos de unos 14000 mitimaes, o pobladores quechuas traídos de otras regiones del imperio, quienes rotularon las amplias tierras fértiles desde fines del siglo XV a principios del siglo XVI, especialmente sembrando maíz. Los habitantes originarios fueron llevados a la guerra en la frontera guaraní, por lo que desde entonces la región se convirtió en zona de producción agrícola de amplia escala, tanto como un núcleo de irradiación de la cultura imperial incaica. No es extraño entonces, que en los próximos siglos el destino de las poblaciones de Cochabamba estuviera marcado por la cultura del maíz, como el principal nutrimento de la región. Toda la sabiduría inca sobre la alimentación en base al maíz se quedó para siempre como una señal de identidad indeleble: choclo, mote, *phiri*, *api*, *lawá*, huminta y tostado, son algunas de las preparaciones precolombinas del maíz presentes en Cochabamba; y aún más, la bebida inca por excelencia, la chicha de maíz es un componente fundamental de la identidad regional, ya que de ella ha dependido la sociabilidad, la alegría y los aprietos de los cochabambinos desde hace cinco siglos.

Con la llegada de los españoles, las posibilidades alimenticias aumentan en la región, aunque se empiezan a marcar las diferencias entre la república de indios y la república de españoles: mientras los primeros continuaban nutriéndose con una dieta en base al maíz, los españoles introducen el cultivo del trigo y la cebada entre otros cereales, tanto como de nuevas hortalizas, como el tomate, la zanahoria y la lechuga, así como de sembríos para forraje de los recién llegados animales domésticos: caballos, ovejas, cabras, cerdos y vacas, cuyas carnes aumentan la dieta local de manera exponencial, tanto como los productos derivados de la leche (sea ésta de vaca, de burra o de cabra). Los preparados, asimismo, surgen de una cocine mestiza, que conjuga picantes, ajíes y hierbas aromáticas locales, tubérculos como la papa, la oca o la papa lisa, con las carnes europeas, el queso, la cebolla, el tomate, sin que el maíz pierda su protagonismo. El tradicional *q'allu*, por ejemplo, es una ensalada que resume paradigmáticamente las virtudes de la cocina mestiza: compuesto por la cebolla europea, el tomate mesoamericano, estas verduras se combinan con la huacataya, la quilquiña y el locoto indígenas, y se sirve en compañía de la papa cocida y el choclo hervido, ambos productos tradicionales de los Andes, pero también del quesillo, contribución de la dieta mediterránea a la mesa regional. Prácticamente todos los platos y platillos cochabambinos son mestizos, fruto de la experticia culinaria tanto del mundo andino como del mediterráneo.

A lo largo de la vida republicana, Cochabamba se sigue caracterizando por su buena cocina y sus complejos y sofisticados preparados. La facilidad de acceso a los productos agrícolas es,



asimismo, parte de una tradición existencial, ya que los talegos de choclos o papas, se compran barato o se regalan, cuando no forman parte de los tributos que los colonos ofrecen a los patrones, muchas veces a cambio de favores personales y protección paternalista. En las calles, las casas se entrecruzan con plantaciones y huertos, y esto hace que el acceso a las frutas sea muy fácil: desde pequeños, niñas y niños pueden gozar de múltiples sabores y texturas alimenticias. Duraznos, paltas, higos, manzanas, uvas, ciruelas, peras y damascos se cultivan en las huertas familiares, y basta con un poco de esfuerzo para hacerse de los frutos “prohibidos” de las huertas ajenas: se trata del tradicional “k’ukeo”, quechuismo que designa al acto de “coger fruta verde, no madura, y comerla, robarla”, como sostiene el lingüista Rosat Pontalti. La infancia es, durante décadas y décadas, un espacio abierto a la aventura entre maizales, bosquecillos y arroyuelos, donde los frutos de la tierra están prácticamente a la mano. En las casas, tanto los ricos como los pobres asignan a las mujeres las faenas de la cocina, y las mujeres invierten mucho tiempo en cocinar para sus muy extendidas familias, muchas de las cuales pueden llegar a tener más de 20 integrantes. Las fiestas religiosas, por su parte, que desbordan el calendario por su alta frecuencia y ritualismo obligatorio, son ocasiones ideales donde se cocina para multitudes. Del maíz se obtienen cientos de alimentos; de los animales traídos de Europa, se obtiene carne, grasa, leche, huevos, cecinas, morcillas, menudencias y chicharrones. De los animales, se come casi todo: lenguas, sesos, riñones, tripas, e incluso con las patas se hacen gelatinas.

Durante el siglo XX, la predilección por los rituales sociales vinculados a la comida, se conserva en la medida en que Cochabamba no logra o no intenta convertirse en una ciudad moderna capitalista, en donde la instalación de fábricas convierta los campos en tierras industriales, a los campesinos en obreros y a los habitantes rurales en urbanitas que nunca más recuerden el olor del campo. Lo que ocurre es que la hacienda, hasta 1952, sigue siendo la mejor forma de obtener ganancias para las familias acomodadas, y luego de esa fecha, son los minifundios, el rescate de productos, el transporte de mercancías y un amplio mundo de servicios personales y familiares, los que cubren el espacio de la incipiente industrialización local. Por este motivo, la vida no cambia y no se rompe la enorme dependencia de los espacios urbanizados de su *hinterland* campesino. Aunque el centro de la ciudad aparente modernidad, se trata más bien de una sociedad de consumo, no de producción, de los símbolos de la sociedad moderna capitalista. En las casas, y de manera notable en las oficinas públicas y privadas, en las escuelas y la universidad, las tradiciones alimenticias de la vieja ciudad rural se mantienen: los oficinistas no dudan en escaparse a media mañana o a media

tarde para “servirse” platos en locales que, en atención a esta costumbre, cocinan platos de media mañana (o “sajra hora”, la hora del maíz), y a media tarde (los “platos de la tarde”), que, junto con el desayuno, el almuerzo y la cena, constituyen un sistema de por lo menos cinco comidas diarias. Hasta la década de 1980, era frecuente que en las casas cochabambinas la cena se la sirva a las seis de la tarde, cuando todavía hay sol, lo que es un indicador de la tradición agraria de la región: se come temprano porque se duerme temprano. Costumbres importadas, como la hora del té a las cinco (tradición inglesa que, en cambio, goza de enorme popularidad en ciudades como Sucre), no tienen cabida en una región cuyas costumbres alimenticias se basan en los horarios rurales y en las formas de sociabilidad del campo.

En este sentido, no podemos dejar de hablar de la institución paradigmática de la convivialidad cochabambina: la chichería o chingana. Estas chinganas, o “tabernas en las que suele haber canto y baile”, o “restaurantes de mala calidad”, o “tiendas donde se expenden y consumen licores malos y baratos” (como las define el Diccionario de la Real Academia Española), son probablemente los espacios de encuentro social más longevos en la región cochabambina, ya que conservan su estructura básica desde hace varios siglos. Son chinganas donde el producto principal a venderse es la



chicha de maíz fermentado. Allí los campesinos, pero también la gente de las villas, la ciudad capital y sus barrios, suelen ir a reunirse luego de la jornada de trabajo agrícola o urbano. La chicha es el gran lubricante social, ya que la embriaguez que provoca sustituye durante siglos a cualquier otro tipo de diversión: sentarse a beber en compañía de amigos del mismo sexo o del opuesto, es la forma más aceptada de conversar, de transar, de iniciar relaciones amorosas, e inclusive de sacar a flote rencillas y viejas enemistades. El crecimiento urbano de Cochabamba, es, en este sentido, enormemente paradójico: por una parte, las elites liberales de principios del siglo XX intentan terminar con las chicherías, consideradas como centros de perversión y retraso, pero por otra parte, basan sus negocios en la producción de *muko* (pasta de maíz masticada y fermentada necesaria para la fabricación de chicha), y la venta de chicha. La ciudad pavimenta sus calles y erige sus edificios públicos gracias al impuesto a la chicha: una falsa modernidad sustentada en una tradición rural

altamente rentable. La chicha y las chicherías nunca desaparecerán del ámbito urbano: a principios del siglo XXI, continúan siendo los centros neurálgicos de la vida social de los cochabambinos, el máximo símbolo de la cultura popular.

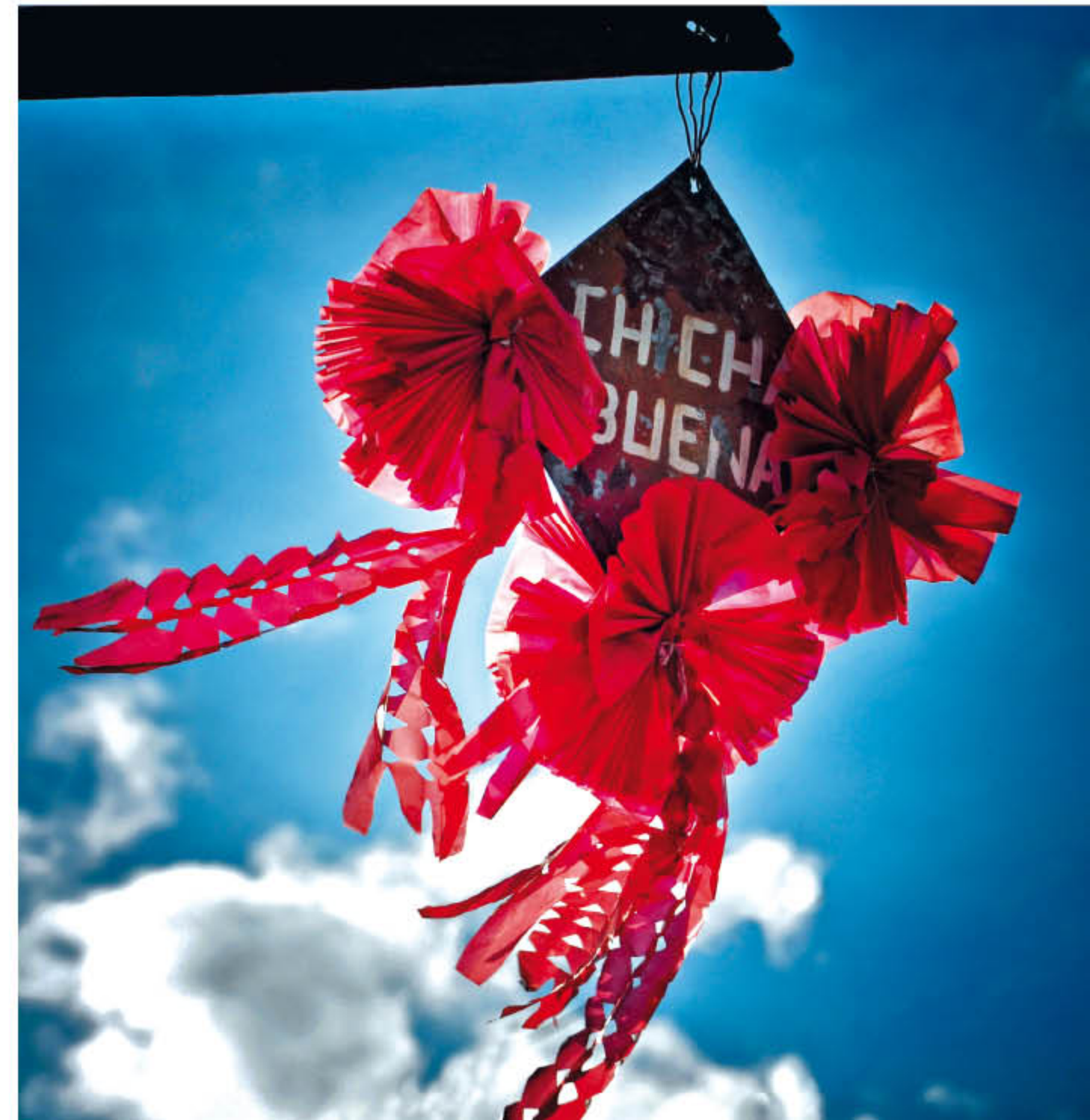
Sin embargo, desde principios del siglo XX las chicherías tienen que enfrentarse a otro tipo de locales de expendio de comida y bebida recién arribados a la ciudad: bares y restaurantes fundados por extranjeros, y con otra bebida alcohólica de mayor prosapia, también traída por los inmigrantes europeos: la cerveza. Estos bares simbolizan la batalla de los intentos modernizadores y urbanizantes contra la ciudad de costumbres rurales. Los mestizos en ascenso, asimismo, a lo largo del siglo XX considerarán que los restaurantes y bares son buenos negocios, y se apropiarán de la idea importada, aunque en ellos ya no se sirva la tradicional chicha; se trata así, de chicherías blanqueadas, modernizadas, refinadas. En realidad, en los bares más tradicionales de la ciudad se va a comer y beber con los amigos, exactamente igual que como se hacía antes con las chinganitas o chicherías. Así que cambian las apariencias, pero las costumbres siguen intactas: el bar es, para las clases mestizas en ascenso, lo mismo que la chichería es para los mestizos campesinos, un lugar de encuentro.

De todo lo expuesto se deduce que una reflexión sobre la importancia de la comida y las bebidas alcohólicas en Cochabamba, no puede dejar de enfocarse en su verdadera función social. No se come solamente por comer, no se bebe por beber. Se come mucho y se toma hasta la embriaguez porque es una manera idiosincrásica de establecer lazos sociales, de ser reconocido por el grupo, de escapar a la angustia de la soledad y el aislamiento social. Esto es así porque en Cochabamba no se enraizó, propiamente, un individualismo al estilo occidental, donde lo que importa es el éxito personal, la moral del sacrificio, la alta competitividad. Si bien estos valores también existen, la tónica general sigue siendo la de la convivialidad, la necesidad de la reunión como ámbito que otorga el sentido a la vida. Comer y beber por tanto, se relacionan con la necesidad de ser reconocidos por los demás, en un entorno vivencial donde el grupo, el gremio, la corporación son fundamentales para definir quién es quién y quiénes son los amigos y quiénes los enemigos. Sin embargo, esta necesidad de reconocimiento social tiene su contracara: los excesos alimentarios pueden ser fuente de enfermedades endémicas y de conflictos interpersonales constantes.

A pesar de esta cultura de coexistencia en torno a la mesa, las relaciones sociales distan de ser idílicas. La explosión demográfica, la acelerada transformación de los barrios tradicionales en zonas comerciales, las presiones laborales, el aumento de los valores consumistas y los rápidos ascensos sociales basados en valores materiales antes que espirituales o educativos, han provocado que muchas tradiciones culinarias de la ciudad se extingan o se transformen aprisa. Ya casi nadie cena en casa; o las cenas han retrasado sus horarios, y las comidas diarias, si bien se han diversificado, también son más inseguras para la salud, ya que la ciudad se ha atestado desde los años 90 de puestos de comida chatarra. Al aumentar las preocupaciones de la vida cotidiana, el tiempo disponible para largas comidas va en disminución, o en todo caso, cede paso a comidas de elaboración apresurada.

Sin embargo, los cochabambinos se dan modos para seguir disfrutando de la comida, aunque esto se vincule con la economía neoliberal y la búsqueda de nichos de mercado. Nuevas recetas aparecen en el seno de empresas familiares que buscan incidir en el mercado gastronómico de manera ventajosa: es una industria artesanal de recetas y nuevos platos que se renueva año con año. Por ejemplo, si en la década de 1970 se creó el célebre *pique macho*, desde la década de 1980 han aparecido nuevos platos y bocadillos, o se han remozado antiguas recetas: es el caso de las

empanadas fritas, que a través de varios emprendimientos ahora pueden ser empanadas rellenas no sólo de queso o de carne como era tradicional, sino también de fricasé, charque, lechón, piña y jamón, dulce de leche o incluso mariscos. Es el caso también de las *planchitas*, unas bandejas donde a precios módicos se encuentran asados, chorizos, plátanos, papas y huevos fritos, chorrellana entre otros ingredientes, y que “puede alimentar y dejar satisfechos hasta a tres personas”. También es el caso de los helados de canela batidos a mano, que ahora se ofertan con sabores de frutas, o de los rellenos de papa. Mención aparte merece el *trancapecho*, sándwich de enorme éxito entre los turistas, ya que se trata de un plato completo (el silpancho cochabambino), que trae arroz, papa sofrita, asado apanado, huevo y ensalada acompañada con locoto, que se sirve al interior de un pan. Toda esta creatividad, disparada en las últimas décadas del siglo XX, ha creado una nueva relación de los cochabambinos con la comida. La economía de mercado así deja su impronta en el quehacer culinario, y la aparición de nuevos preparados impacta a su vez en la cultura popular, y ésta modifica y amplía las costumbres alimenticias, creándose así una nueva identidad.

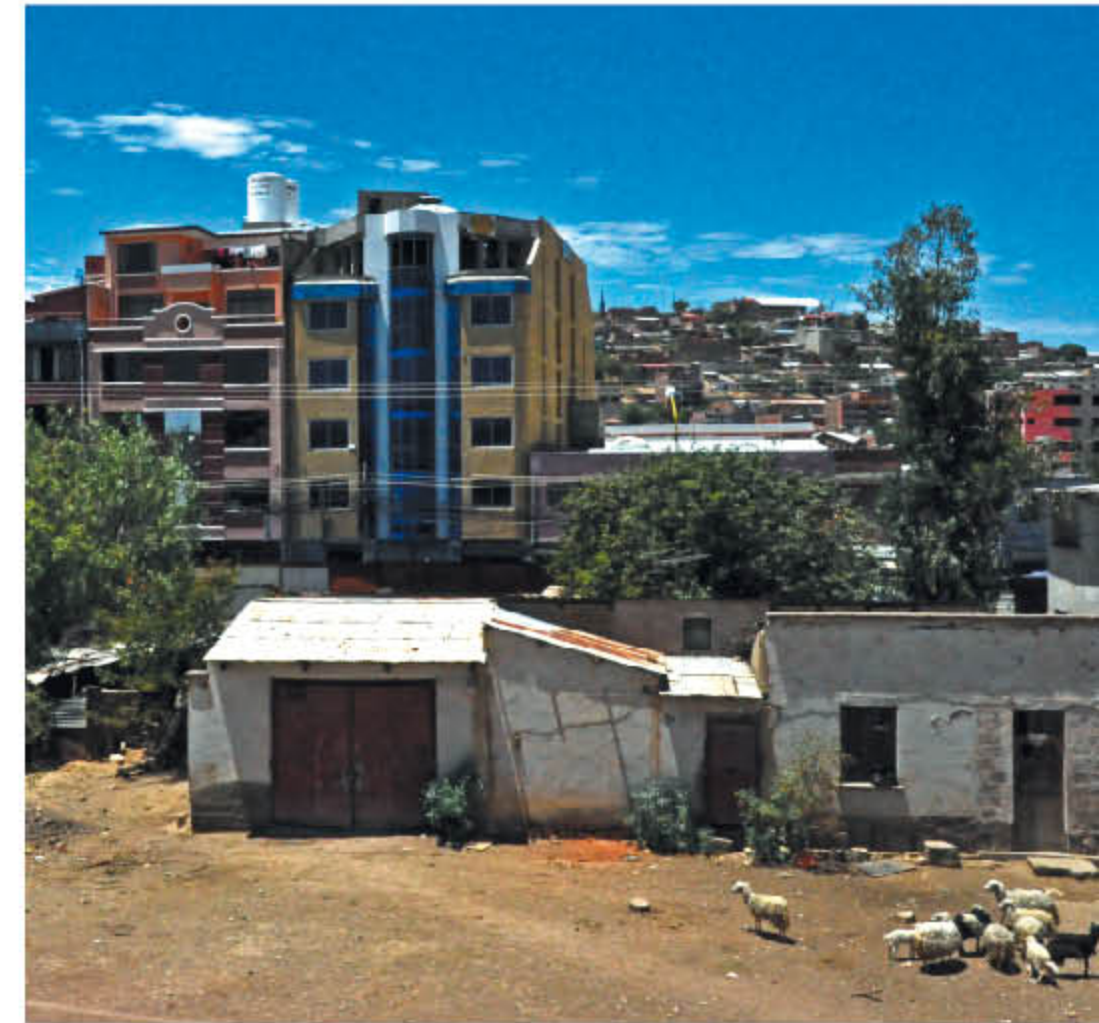


Tradiciones que van, modernidades que vienen. La difícil relación entre patrimonio y desarrollo

Uno de los rasgos más sobresalientes de la personalidad de los cochabambinos es la nostalgia de los tiempos pasados. Sin embargo, estas nostalgias vienen de la mano con el empeño de transformar el entorno porque muchos consideran que las arboledas, los caminos de tierra, las acequias y arroyuelos, las tierras abiertas y sembradas, las viejas casas de adobe y el paisaje natural son señales de retraso, de falta de progreso material y de desarrollo económico. Veamos brevemente el porqué de estas mentalidades antagónicas, que buscan tal vez un equilibrio entre la manutención de las tradiciones y los valores del pasado, con la consecución de los valores de la modernidad capitalista más aguerrida: el culto a la ciudad costumbrista junto a la alabanza de la ciudad de cemento, viaductos y edificios refulgentes.



Durante todo el siglo XIX, Cochabamba era prácticamente una pequeña villa, donde las casas señoriales de los españoles o sus descendientes marcaban una imagen de apacible estabilidad detrás de gruesas paredes de adobe y tejados que los protegían de los meteoros. En las áreas que rodeaban los pequeños poblados, los campesinos quechuas habitaban extrañas cabañas de adobe, que tenían la forma de cúpulas, pequeñas casas de una sola habitación a la que se ingresaba por una sola puerta. Además de las casas, en Cochabamba existía una arquitectura religiosa y otra estatal (iglesias, capillas, cabildo, palacio de gobierno, oficinas públicas) que se constituían en referentes cultos de los estilos arquitectónicos dominantes según las épocas. A lo largo de aquel siglo, sin embargo, el afrancesamiento de las elites, y luego los modelos ingleses y norteamericanos de los nuevos gustos arquitectónicos, empezaron a romper con los esquemas tradicionales de la casona a la usanza española. A fines del siglo XIX, y con la construcción de las quintas de vacaciones en Cala Cala y otras zonas de la campiña, se empieza a contratar a arquitectos extranjeros para que reproduzcan las nuevas tendencias del buen gusto europeo. En el campo desaparecen las casas cupulares, y la gente pobre allí y en las ciudades habita en tiendas redondas, en conventillos, en fin, en donde puede. Es decir que las posibilidades económicas, pero también la sofisticación educativa de ciertos sectores de las elites, implicaba que el gusto por la arquitectura de estilo fuera valorada entre una minoría de pobladores “patricios” de la ciudad. Esto también implicaba un paulatino cambio en las maneras de habitar en las casas y de circular en las calles; por ejemplo, a principios del siglo XX, el tener casas aseadas, con acceso al agua, así como la aparición de los cuartos de baño, se constituía en una marca de distinción de quién era quién, ya que los sectores populares, o los nuevos ricos provenientes de las clases mestizas en ascenso, no daban tanta importancia a estas “sofisticaciones” de la vida moderna.



Así que el surgimiento de un patrimonio arquitectónico en Cochabamba tiene que ver con el poderío económico de la Iglesia, en primer lugar, la que mandaba a construir costosísimos templos, muchos de los cuales perduran hasta hoy, como escenificación de la labor evangelizadora y doctrinera en la región. En segundo lugar, tiene que ver con las elites letradas, las que empiezan a construir casas en la ciudad, en las haciendas o en las quintas de recreo, a imitación de los modelos de la modernidad europea. Mientras tanto, la casa solariega de estilo colonial, se mantiene en las haciendas, y en las ciudades cede paso a nuevas casonas republicanas, con un estilo que mezcla la vieja tradición señorial con los gustos de las nuevas modas occidentales. A principios del siglo XX, la aparición de los chalets, y luego la llegada del modernismo arquitectónico, sea racionalista, funcionalista o



art decó, implica ya una puesta al día en las mentalidades urbanas: Cochabamba empieza a parecer una ciudad moderna, o al menos es lo que sueñan los integrantes de las elites ilustradas.

Será la Revolución Nacional de 1952 la que cambiará las cosas. Las casas de hacienda entrarán en desgracia; en el campo, los campesinos con poder económico (dirigentes, intermediarios, transportistas, comerciantes mayoristas) empezarán a construir sus casas más con los símbolos de la ostentación que con el conocimiento que ciertos miembros de las elites podían tener de la historia de los estilos y las modas arquitectónicas. La ciudad también se transforma con la llegada de los inmigrantes del campo, de pronto decididos a conquistar nuevos horizontes de vida: áreas labrantías que se convierten en villas de los recién llegados, y barrios tradicionales que se transforman no sólo por la edificación de nuevos complejos habitacionales sin estilo, casi espontáneos, sino por el cada vez más intensivo uso de las calles como espacio de vida, de negocios y de mercado. Las nuevas elites, con poder económico pero con escasa educación en las bellas artes y los estilos, dejan su impronta en la ciudad, la que crece ya sin formar parte de los estilos internacionales reinantes - con la excepción de los barrios distinguidos donde los descendientes de los antiguos terratenientes, o los inmigrantes extranjeros fijan sus zonas residenciales - creando así una ciudad espontánea, de gustos cholos, es decir, marcados por sus interpretaciones un tanto extrañas de lo que en Occidente se considera de buen gusto. Esta ciudad de estilos autóctonos, que hace de la arquitectura no la manifestación de los gustos educados, sino un símbolo del progreso material y una ostentación de cara a los otros, será la que domine ya para siempre el paisaje urbano de la cada vez más extendida ciudad.

Toda esta explicación es fundamental para entender cuál es la ambivalente relación de los cochabambinos con lo que podemos llamar el "patrimonio material", pero también con sus típicas valoraciones de lo que debe ser el desarrollo. Por una parte, el patrimonio en Cochabamba debería ser entendido desde una perspectiva doble, dadas sus extraordinarias imbricaciones. Por una parte, el patrimonio natural, donde el paisaje de grandes campos sembrados, arboledas, bosques y bosquecillos, marcó durante siglos a los habitantes de la región. Por otra parte, el patrimonio construido, especialmente el de las elites económicas letradas, ya que el patrimonio de las construcciones indígenas se perdió para siempre ya para fines del siglo XIX.





Respecto al patrimonio natural, probablemente fue la Revolución de 1952 la que le asestó el golpe de muerte. Antes de la Reforma Agraria de 1953, las grandes haciendas funcionaban como instituciones que controlaban, hasta un cierto punto, la permanencia de un paisaje de grandes tierras abiertas, con inmensos campos de cultivo, ya que eran latifundios muy cuidados por los patrones, quienes disponían de todo tipo de empleados y de campesinos colonos que trabajaban para mantener las haciendas y sus campos en perfecto equilibrio. De ahí que los cochabambinos recuerden con nostalgia la rúbrica de las viejas haciendas, que si bien draconianas para el labrador y para el pongo, lograban un cierto equilibrio entre las zonas habitadas y las amplias zonas naturales. Sin embargo, la reforma agraria, al terminar con la clase terrateniente, rompió el jerárquico equilibrio que implicaba el cuidado del entorno natural. Por si fuera poco, las tierras entregadas a los que las trabajan, provocó un paulatino e irreversible proceso de aparición de minifundios, con lo que se quebraba la unidad espacial de los viejos y anchos campos sembrados con sus luminosos horizontes. Pero al pasar las décadas y ya en el último tercio del siglo XX, el minifundio a su vez cedió paso al loteamiento, es decir, la conversión de las ya exiguas tierras agrícolas en barrios espontáneos, donde el pavimento de las calles y el ladrillo y las calaminas de las casas empezaron a arrebatarle al paisaje, metro a metro, su antiguo y bucólico esplendor.

Respecto al patrimonio construido, desarrollemos primero algunas consideraciones. El afán de ascenso social de los nuevos propietarios de lotes, empezaron a considerar que el paisaje natural, que les recordaba sus orígenes campesinos, era una señal de atraso y “salvajismo”. Para las clases en ascenso (casi siempre vinculadas al transporte, al comercio y en generaciones posteriores a los empleos públicos, las profesiones liberales y la empresa privada), era más importante demostrar que se alejaban de las formas retrasadas y empobrecidas del que vive como campesino... pero ellos no: querían vivir como gente de ciudad, y para ello no importaba cambiar los modales a través de un proceso educativos, sino más bien cambiar las apariencias: tener auto, garaje, reja, grandes portones. Cambiar por ejemplo, la construcción de adobe por el ladrillo, considerado también como un símbolo de modernidad y desarrollo. En fin: la idea del desarrollo se basó más en los estereotipos y las apariencias, que en un verdadero cambio de las mentalidades y las conductas. Se trata entonces, de una modernización sin modernidad, la que empezó a dominar el crecimiento urbano, ya que la mayoría de sus pobladores consideraba como un modelo a seguir un tipo de arquitectura de ostentación de poderío económico, antes que la búsqueda de la distinción por el refinamiento de los gustos cultivados. Por cierto, no sólo las clases populares cayeron en este tipo de valoración ostentosa. También las nuevas clases medias en ascenso (matrimonios de jóvenes profesionales, bancarios exitosos, deportistas, pequeños empresarios, artistas y profesores universitarios), empezaron a imitar las postales norteamericanas de los barrios felices, con casas con porche, con fachadas donde abundan las columnas jónicas y frontispicios, frisos y arquitrabes en unas muy dudosas interpretaciones de la belleza clásica, como señal de buen gusto. Por ejemplo, en los años 80 se empezó a hablar de la “narcoarquitectura”, con casas sobrecargadas de molduras de yeso, construidas a través de un escalonamiento de pisos atiborrados de ornamentos que les daban la apariencia de “tortas de matrimonio” en escala monumental. En los años 90, por otra parte, empezaron a proliferar los barrios cerrados, especies de ciudadelas fuertemente custodiadas, en un encerramiento de los peligros que acechaban en la ciudad popular y caótica, una típica tendencia del pensamiento neoliberal, donde el gueto refinado termina convirtiéndose en la utopía realizada de aquellos que

se consideran no sólo exitosos, sino también dueños del buen gusto, aunque en realidad no se trate más que de otra forma de la ostentación y el culto de las apariencias heredado de la sociedad del honor. Entre los sectores populares en cambio, el auge de la construcción de edificios comerciales cambió la cara de La Cancha, el gigantesco distrito convertido en un mercado interminable, y luego, gracias al fenómeno de la emigración hacia Europa y Estados Unidos, convertiría los barrios jóvenes de las zonas populares en un despliegue de casas que querían demostrar el poder económico de sus dueños emigrados, pero con una estética que imitaría los modelos vistos en el Primer Mundo: se trata de las “eurocasas”, una versión ostentosa y hecha para aparentar del ascenso social, y luego de una extraordinaria “arquitectura chola” (o “birlocha” como la llama Humberto Solares), donde el exceso y la recarga expresiva son el verdadero patrón estético local, a contramano de los valores artísticos internacionales.

Otro fenómeno que está cambiando la apariencia y las formas tradicionales de vivir en Cochabamba es el crecimiento vertical de la propiedad. El encarecimiento del suelo a causa de la imparable especulación del mercado inmobiliario, provocó que desde principios del siglo XXI las zonas residenciales de las clases medias de la ciudad se empiecen a cubrir con edificios de departamentos, muchos de los cuales son ostentosos y están destinados no sólo a servir de vivienda, sino a demostrar el poder económico, el ascenso y el refinamiento de sus propietarios. Cochabamba así, de ser una región dominada por espacios abiertos, grandes prados sembrados y arboledas, se convierte en una ciudad donde el horizonte se transforma completamente: por donde se mire, los edificios recortan la naturaleza circundante y la cordillera del Tunari se convierte en una presencia entrecortada, lejana tanto y más cuando los barrios se cubren de cemento.

El patrimonio construido de Cochabamba tiene un destino incierto, en la medida en que continúe la acelerada destrucción de viejas casas con alto valor estilístico e histórico a causa del crecimiento desmesurado de la especulación del suelo y los inmuebles. A su vez, el patrimonio natural, el paisaje de los valles cochabambinos, tampoco corre mejor suerte, mientras continúe la lógica de buscar máximas ganancias a través de la parcelación legal o ilegal de tierras fértiles. A tiempo que el pragmatismo constructivo se extiende por hectáreas y hectáreas de terreno que antes fueron campos labrantios, la vida bucólica de la antigua ciudad se pierde para siempre, y crecen las nostalgias de un pasado sentido como mejor. El equilibrio entre patrimonio y desarrollo, así, no descansa en la conciencia colectiva o en la capacidad de reflexionar sobre qué de lo que se está perdiendo vale la pena conservar, y qué de lo nuevo vale la pena conseguir y qué es mejor evitar. Al contrario, ese equilibrio está roto, ya que prima el espíritu pragmático de la ambición especulativa y los negocios rápidos. Por eso no sólo hacen falta políticas municipales que puedan proyectar al futuro un desarrollo que respete el equilibrio ambiental que durante siglos fue el símbolo admirado de los valles de Cochabamba. En necesario además que los habitantes de la ciudad se concienzien en que el verdadero desarrollo no es arrasar, talar, destruir, demoler, cementar y asfaltar. El desarrollo es, en realidad, el equilibrio entre lo que se conserva para que pueda seguir brindando satisfacción y sentido a las generaciones que vendrán, lo que se recrea y lo que se crea, el equilibrio entre el cuidado justo de lo querido y la planificación de lo que vendrá.





LA NATURALEZA DE COCHABAMBA

Los valles son los regazos tibios y vegetados de la Cordillera, múltipara y fenomenal. Las líneas fatigadas que bajan lentamente por declives, hendiduras, depresiones, cortes, fallas, quebradas, laderas y faldíos, acaban en la amena blandura de las arboledas susurrantes que bordean caminos y grandes sembrados de legumbres y cereales. El azul nocturno de la lejanía que envuelve a las montañas en sus puntiagudos y rocallosos picos, luego de tornarse ceniciento y parduzco en los altiplanos confinados por los pliegues de la Cordillera, siempre celosa de demandas expansivas, asume el verde en todas sus tonalidades: desde las más claras, tiernas y vibrantes hasta las más oscuras, maduras, mustias y renegridas. La verdura cambiante del paisaje suele interrumpirse sin embargo por la repentina aridez de ciertos campos salitrosos, por el agua inmóvil de charcos, estanques, represas, lagunas y sobre todo por el áspero trazo de los ríos cordilleranos que teniendo de costumbre caudal escaso o mezquino, forman con la furia torrencial de sus crecidas vastas playas de pedriscales enlamados. Los caminos brillosos de asfalto o simplemente terrosos viborean en ansias de lejanías y ausentismo por planicies vegetadas que los ocultan o por escampados, cuevas y repechotes que los descubren invadidos del tráfico de los transportes. Por direcciones únicas desde hace muchos años brillan al sol las ferrovías por donde discurren rápidos motorizados con o sin penacho de humo.

El valle es apacible y dulce como un refugio de la tormenta viajera del Andes progenitor supremo.

En los valles late la vida civil de Cochabamba: una capital de gran tablero, trece ciudades menores y cien pueblos de labradores.

Augusto Guzmán, *Cochabamba*, 1972

LOS MESTIZOS DE COCHABAMBA

El resultado de esta mestización se puede ver en los valles de Cochabamba: ya no son indios, son esos que llamamos cholos dedicados a las faenas agrícolas y les llamamos indios por ser el menester al que estos se dedican. La cruce continúa activa y la raza se emblanquece. La vida de los pueblos es como la corriente de los ríos que tienen aportes nuevos [...]. Este producto en distintos grados de mestización, ha dado un componente de trabajadores con muy buenos resultados, que Bolivia debería perseguir.

Estas cruces se encuentran en las ciudades, nutren el componente de los que llamamos artesanos; pero en los valles de Cochabamba cultivan los campos, crecen rápidamente, mientras las ciudades quedan estacionarias en su población. Son e mayor tamaño, recia musculatura, resistentes y fuertes. El mestizaje ha tenido felices resultados ayudado por el clima templado (y) alimentación abundante. Trabajan en la agricultura comenzando como colonos de finca. Mientras los hombres cultivan, las mujeres transforman los productos para comercialarlos, fuera de sus faenas en el hogar hacen negocios en toda forma. Así reúnen un capitalito que sirve para comprar pequeños recintos de tierras que suelen cultivarlos sin abandonar el servicio e las haciendas. Un mayor crecimiento en sus ahorros les permite fabricar chicha, comerciar en las ferias, en la harinería y reventa de alimentos, y así salen del departamento llevando los productos del país; los cochabambinos que han emigrado a otros distritos en busca de trabajo; los que encuentran sus bebidas y alimentos en todas partes.

Este comercio despierta en la raza el espíritu de observación, conocen el mecanismo de los negocios, hacen sus cálculos, prosperan. En este desarrollo son las mujeres las que dirigen generalmente el hogar y los negocios y tienen la caja y disponen del dinero.

Octavio Salamanca, *El socialismo en Bolivia*, 1931



EL TRANSPORTE URBANO

El transporte público urbano colectivo se realizaba exclusivamente por el servicio de tranvías eléctricos que se desplazaban a los cuatro puntos cardinales de la ciudad desde la plaza “14 de Septiembre”, lugar donde se concentraban. [...] Otros medios de locomoción al servicio público, pero de carácter particular, estaban constituidos por carruajes o coches de alquiler tirados por un par de caballos, que solían estacionarse a la espera de pasajeros en el costado Este de la misma Plaza “14 de Septiembre”, aparte de uno que otro “automóvil” (hoy “taxi”) de alquiler, cuya parada, no podía ser sino, asimismo, la indicada plaza, esta vez en su acera Norte.

Jorge E. Urquidí Z., *Anécdotas de un pasado cochabambino*, 1999





LA CIUDAD DE COCHABAMBA, EL 14 DE SEPTIEMBRE DE 1810

Gustavo Rodríguez Ostria

A las 7:30 de la madrugada del 14 de septiembre de 1810 el teniente coronel de la milicia de Cochabamba, Francisco del Rivero, con el apoyo de algunos oficiales y soldados, secundados por el alférez Esteban Arze, que acudió guarnecido por mestizos e indígenas de los valles, tomaron el cuartel de la tropa, situado en la actual esquina de las calles Baptista y General Achá. En la tarde se reunió el Cabildo Abierto, con el concurso del *pueblo*, en la sala del Ayuntamiento, actual despacho del Alcalde Municipal. Se destituyó al gobernador español José González de Prada, nombrándose en su remplazo a del Rivero y se formó un nuevo Cabildo integrado por conspicuos criollos, elegidos entre los ciudadanos de la ciudad; es decir entre aquel pequeño puñado de hombres letrados, de poder y riqueza. El 25 del mismo mes, el Cabildo juró fidelidad a la Junta de Buenos Aires, a la cual se "sometía" en razón de ser la capital del Virreinato del Río de la Plata. El Cabildo, estaba integrado por dos alcaldes ordinarios de primero y segundo voto y doce oficios de regidores, *seis preeminentes* (o relevantes) y los otros *seis regimientos rasos*.



Centro político y económico

A principios del siglo XIX, la actual Cochabamba se llamaba la *Leal y valerosa ciudad de Oropesa del valle de Cochabamba, provincia de Santa Cruz de la Sierra*. Había recibido el reconocimiento de pasar de "Villa" a "Ciudad", gracias a la participación de sus criollos, entre ellos el propio del Rivero, mozos mestizos de los distintos valles e indígenas de algunos pueblos como Capinota, en la represión a la rebelión indígena de febrero y marzo de 1781. La revuelta, coincidiendo con las fiestas del carnaval, se inició en las alturas de Challa y Tapacari, pasado por los valles de Quillacollo y Cliza y extendiéndose hasta Sacabamba. Que indígenas de las "aylllos" y los latifundios de propiedad de españoles y criollos decidieran intentar cercar la población de Cochabamba, aunque no lo lograran, dejó profundas marcas y secuelas en el pensamiento cotidiano y político de los pequeños español y criollo que dominaban Cochabamba, más que cualquier otro acontecimiento social o natural.

Por entonces Cochabamba, fundada dos veces en 1571 y en 1574, era una pequeña población de no más de 20.000 habitantes, enclavada en medio de tres productivos valles, a modo del centro de un trébol. Fungía como un centro de acopio y distribución de productos agrícolas y artesanales a otras latitudes del Virreinato del Río de La Plata. Pertenecía a su esfera de poder desde 1776, cuando Charcas fue segregada del mandato del Perú, con el cual empero mantenía, con su territorio del sur, fuertes redes familiares y económicas. Enviaba granos y telas, compraba algodón en rama y azúcar. En general la participación de Cochabamba en los mercados internos y extra regionales era dinámica, a un nivel no alcanzado en otras zonas del Alto Perú. De este "trajín" se beneficiaban hacendados, campesinos arrendatarios, pero también una masa de conductores arrieros y pequeños comerciantes mestizos e indígenas que llevaban los productos a las regiones más distante, particularmente las mineras, con las cuales la agricultura cochabambina tenían una larga conexión y también dependencia por el comportamiento azaroso y cíclico de las actividades de extracción de mineral y su refinado.

Potosí de la “*enjalma*” colocada en su lomo. Había también galopadas de caballos y el juego de la sortija, en la actual avenida Aroma, que por entonces recibía precisamente el nombre de Pampa de las Carreras. En la festividad abundaban frutas, helados y dulces secos, entre otros apetecibles productos. Todos los sectores sociales concurrían a ella con sus mejores vestimentas, aunque, de acuerdo a las normas de una sociedad dividida en clases sociales y sectores étnicos, cada cual tenía su propio lugar, españoles europeos y criollos en uno, mestizos en otro e indígenas en el suyo.

Otra fiesta importante era el carnaval, con pandillas de sectores populares en la calle y los adinerados en sus casas. Durante esta y otras fiestas, se bebía profusamente chicha en todos los sectores sociales, aunque la calidad era distinta. Los ricos de maíz seleccionado y los mejores *mukeadores*, quienes mascaban el grano y lo ensalivaban antes que fermentar. Eventualmente también tomaban vino, procedente de viñas de la ciudad o de Capinota, y algo de España. La cerveza era desconocida.

Otras fiestas concurridas eran las religiosas. En la Semana Santa, se realizaban procesiones alumbradas por velas. Dominaban los trajes negros, los velos en las mujeres y la música fúnebre y los lamentos. Las campanas callaban. Otra fiesta importante en este calendario era de la 15 de agosto, en honor a la virgen la de Virgen de las Mercedes, el 24 de septiembre, pues era considerada la “*patrona jurada*” de Cochabamba, en gratitud por haberlos salvado de la rebelión indígena de 1781. La noche del 23 los vecinos iluminaban sus puertas y ventanas y al día siguiente concurrían a la iglesia a la misa y sermón. La conmemoración reiteraba que en el mundo de las representaciones, los temores frente a la arremetida indígena de 1781 pervivían en la mentalidad cotidiana de las personas, asociadas además a un valor supremo e indisoluble como era la religión católica.

Existían igualmente múltiples “*alfernagos*”, o celebraciones de santos en los barrios o en las casas. Allí, aparte de los ritos religiosos, bailaban indígenas y mestizos al son de su música y sus instrumentos. Estas melodías, acompañadas de bailes, se oían también en las múltiples chicherías o en los locales de juego de cartas o de billar.

Las fiestas también tenían carácter oficial, por ejemplo la celebración del cumpleaños del Rey o el 15 de agosto, recordatorio de la fundación de la ciudad y de la virgen de la Asunción, la formalidad y el orden se imponían. Era celebrado un *tedium* en la catedral, con participación de autoridades, corporaciones, comunidades religiosas y “*nobleza del pueblo*”, es decir los ricos y encumbrados españoles y criollos. Mestizos e indígenas al no ser considerados ciudadanos no podían participar en los rituales. Luego se realizaba un desfile al son de música marcial.

Las festividades remarcaban en todo caso desigualdades sociales existentes en la ciudad pues cada sector —blancos, mestizos o indígenas—, ocupaba un lugar de la escena, sin que se mezclaran o confundiera. Estas distinciones llegaban al uso del lenguaje, por ejemplo el apelativo de *Don*, estaba reservado solo para españoles y criollos; lo propio ocurría con cierto tipo de bastones que representaban mando y autoridad. Si un indígena o mestizo pretendía usarlo, era castigado.



La población

Estas distancias sociales y étnicas se advertían también en la calidad de la vivienda.

Las casas en el medio del pueblo son de dos altos: bastante grandes, cómodas y sólidas, aunque hechas de adoba crudo, que es el único material de que se fabrican, a excepción de algunas portadas de piedra: todas tienen balcones de madera y están cubiertas de tejas. Las demás son de un solo alto, y entre ellas hay pocas grandes, como que en muchos de los extramuros son pequeños ranchos del mismo material y cubiertas con paja.

En los extramuros, barrio de Kara Kora - hoy la Cancha - por ejemplo, vivían, como se señaló, mestizos e indígenas empobrecidos.

De acuerdo al registro de población hacia 1788, que con seguridad no había cambiado grandemente para 1810, la ciudad, junto a las dos parroquias adyacentes de Itocta y Santa Ana de Calacala, contaba con 22.305 *almas*. De ellas 6.368 eran registrados como españoles (28,54%), 12.980 mestizos (58,19%), 1.600 mulatos (7,17%), 1.182 indios (5,32%) y 175 negros (0,78%). Una minoría blanca, que concentraba poder y riqueza, dentro de una marea multiétnica. Vale la pena hacer notar que los negros, negras y mulatos en general eran esclavos, que podían comprarse y venderse y que se ocupaban del servicio doméstico o trabajos especializados en las casas de españoles y criollos adinerados.

Ahora bien, las categorías étnicas, correspondían a ocupaciones y propiedad de los medios de producción. Los españoles y criollos eran en su mayoría dueños de haciendas en las cercanías de la ciudad o en otras zonas rurales, comerciantes y altos burócratas, trabajaban para ellos en calidad de colonos o arrendatarios, indígenas y mestizos que pagaban en trabajo o dinero el usufructo de una parcela de tierra. Régimen latifundista que perduró hasta el 2 de agosto de 1953, cuando se decretó la Reforma Agraria.

Mestizos y mestizas componían por su parte la mayor parte de la población, como en ninguna otra ciudad o villa de la actual Bolivia. Eran de habla quechua pues muy pocos se expresaban en castellano, desempeñaban variados oficios por cuenta propia. Las mujeres de hilanderas y chicherías, y los varones de plateros, herreros, talabarteros, picapedreros, sastres, “*mañazos*”,



etc., oficios hoy por hoy, muchos de ellos desaparecidos. Aunque legalmente, al no tener “pureza de sangre”, es decir no ser blancos, no podían participar de los ámbitos políticos ni administrativos, los mestizos e indígenas, tenían una importante presencia en la trama “urbana”, pues contaban con capacidad de presionar y disputar con las autoridades locales y defender lo que consideraban sus derechos y costumbres cuando eran vulneradas, como ocurrió en 1730 con los mestizos, en 1781 con los indígenas y luego el 27 de mayo de 1812 con las mujeres mestizas e indígenas.

La religión dominaba la ciudad y la vida de las personas. Ocho conventos y un beaterio, organizaba la vida religiosa de la ciudad y sostenía la profunda fe católica que se advertía entre sus habitantes. La iglesia y el clero ocupaban un lugar central y determinante en todas las esferas de la vida terrenal y celestial; en la vida y en la muerte. Al existir un cementerio municipal, - el primero se creó recién en 1826 - los entierros se celebraban en los conventos e iglesias, de acuerdo a la riqueza del fallecido o fallecida. Cerca del altar los más ricos, más lejos, los más pobres. Tampoco existía el Registro Civil, se creó recién en la República- por lo que únicos documentos legales - de nacimiento, matrimonio o muerte - eran los provistos por la iglesia.



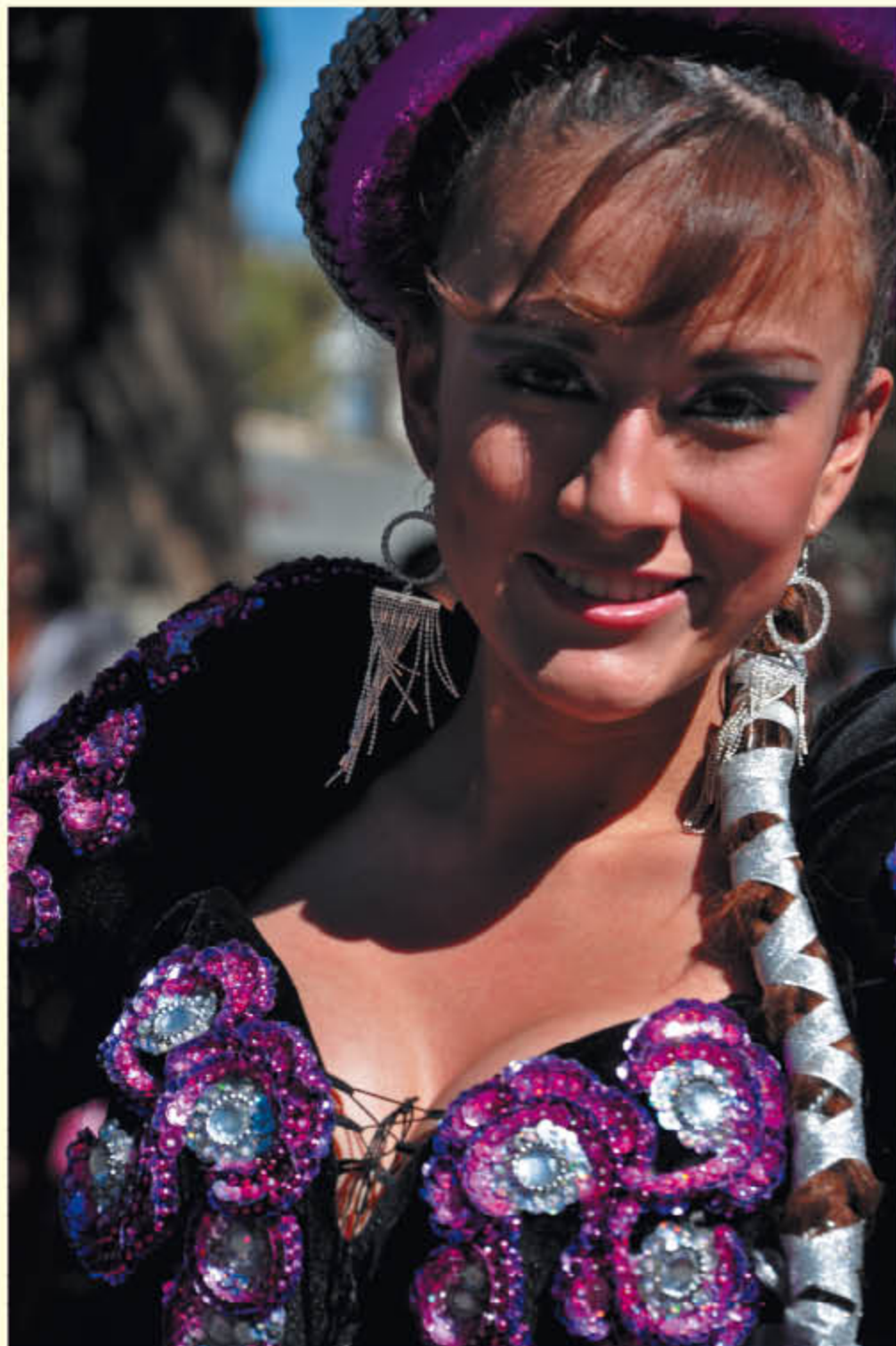
De este modo, sus priores, monjas y sacerdotes que integraban las llamadas “corporaciones” incidían grandemente en la política local y ejercían control y regulación sobre la vida privada; aparte de ser propietarios de latifundios, se mantenían por los diezmos y las contribuciones de los fieles, pero también porque practicaban la usura y controlaban el sistema de crédito.

En suma, en esta pequeña ciudad de población mayoritariamente mestiza, pero dominada por sectores españoles y criollos, con fuerte peso de la religión en sus comportamientos, enclavada en medio de ricos valles productores de cereales y granos, empezó a vivir otra historia a partir de la madrugada del 14 de septiembre de 1810.



ROSTROS DE COCHABAMBA









VISIONES E IMAGINARIOS URBANOS EN COCHABAMBA: LO PREMODERNO, LO MODERNO Y LO POSMODERNO EN SUS COMPLICADOS ENCUENTROS Y DESENCUENTROS

Humberto Solares

No resulta nada fácil encasillar a la ciudad de Cochabamba en algún tipo de clasificación, no se puede decir de ella, que sea un paradigma de ciudad moderna, menos, a estas alturas, de ciudad-jardín; tampoco se puede sugerir que sea una ciudad conservadora de su patrimonio histórico o su medio ambiente; no sería justo tipificarla como una ciudad de informales, pero por otro lado, sería exagerado decir que es una ciudad empresarial. Tal vez, el justo medio, sería reconocer que esta es una ciudad de contrastes y sorpresas.

Este trabajo trata de escudriñar cual es o puede ser la identidad de la ciudad, rescatando la memoria histórica que la pueda explicar. No se trata precisamente de una historia urbana, sino de un recuento de los pensamientos y sentimientos que provocaron las imágenes de la ciudad a diferentes testigos de su realidad en diversas épocas, mostrando como los giros, los requiebros, los no pocos encontronazos, los amores momentáneos y los odios, lamentablemente más permanentes, fueron entremezclando lo pre-moderno (entendido como lo tradicional andino) y lo moderno primero; y lo pre-moderno y lo moderno-posmoderno después, para entregarnos una ciudad única en su originalidad, como el lector podrá comprobar. Naturalmente estas originalidades se inician en los tiempos de la Villa de Oropesa y no cesan hasta el presente.

El devenir de la Villa de Oropesa: el difícil encuentro entre modernos, civilizadores y premodernos mitimaes

Todo comenzó cuando los españoles que llegaron a América a finales del Siglo XV, sin proponérselo, dieron inicio a la titánica tarea de conquistar y ocupar un extenso continente. Ciertamente no era suficiente la formalidad de la derrota militar y el sojuzgamiento político, ideológico y religioso de los pueblos originarios, para hacer sostenible y perdurable en el tiempo esa ocupación, que además, estaba atravesada por los intereses económicos y las ambiciones de riqueza que manifestaban sin rubor los conquistadores. Para ello resultaba indispensable crear un aparato jurídico que diera forma legal a las usurpaciones de tierras y territorios, crear una infraestructura para darle forma física al mensaje cristiano, pero además, organizar el gobierno y el poblamiento hispano del continente americano, de tal forma que las fuentes de riqueza (minas, plantaciones, factorías) dejaran fluir sus preciados frutos con rumbo a la metrópoli española sin interrupciones ni sobresaltos.

Para que todo esto fuera posible, las ciudades y las vías de comunicación se convirtieron en herramientas esenciales para la consolidación del Estado Colonial Español en América. Por ello, la fundación de ciudades acompañó desde muy temprano el avance del imperio hispano en tierras americanas, cubriendo un abanico de funciones: puertos, fuertes militares, ciudades mineras y centros administrativos vinculados al control territorial de regiones consideradas poseedoras de recursos naturales de interés económico. El origen de la Villa de Oropesa, se vincula con el proyecto del Virrey Francisco de Toledo, de hacer viable la explotación del fabuloso Cerro de Potosí, organizando la no menos fabulosa empresa de hacer rentable la explotación minera y enviar el metal a puertos españoles. En este orden, no solo se implementa la mita y la implantación de pueblos reales de indios para facilitar el reclutamiento de aborígenes destinados al laboreo minero,

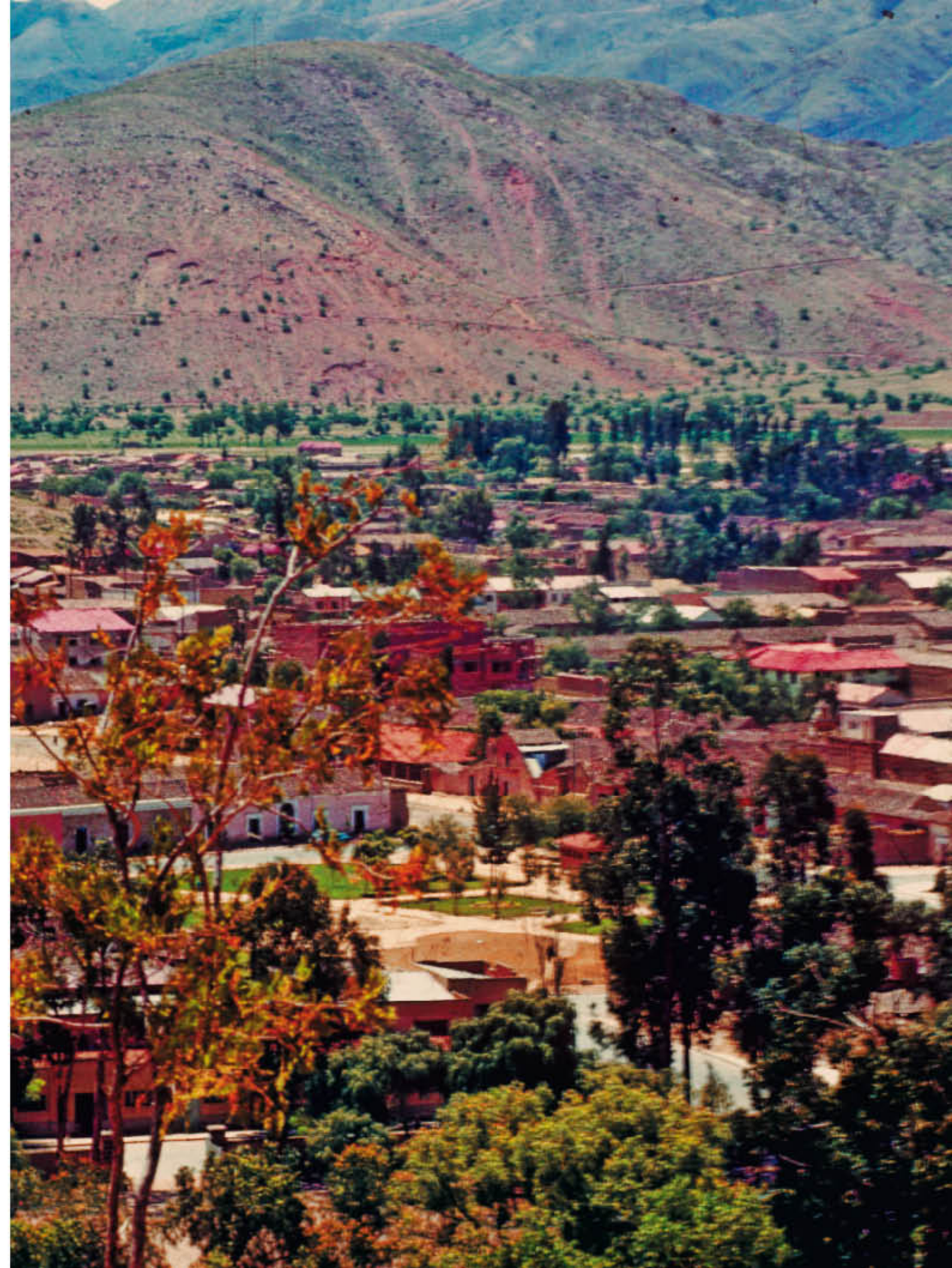
sino la no menos compleja tarea de crear un sistema de suministro de alimentos y vituallas a Potosí, un conglomerado urbano espontáneo que crecía desmesuradamente en medio de un territorio agreste y desprovisto de cualquier capacidad para ofrecer condiciones mínimas de habitabilidad a su numerosa población.

Desde épocas preincaicas, los valles centrales de Cochabamba cobraron fama en el mundo andino, como una suerte de despensas de recursos alimenticios, dadas su excepcionales condiciones climáticas para el cultivo de gramíneas y tubérculos, especialmente el maíz que se ofrecía espontáneo y abundante en el Valle Central y el Valle Bajo. Esta excepcional vocación agrícola, no solo atrajo a diversas etnias provenientes de las tierras altas e incluso desde las costas del Pacífico, sino concitaron la atención del Imperio Incaico, cuya ocupación permitió convertir el Valle de Cochabamba en el “Granero del Inca” para avituallar a los ejércitos del Imperio que así lograron alcanzar territorios tan lejanos como las costas del Pacífico en el Norte de Chile, doblegar a los Charcas y ocupar el Norte argentino. Tales atributos alcanzaron los receptivos oídos españoles, quienes ya hacia 1538 iniciaron la paulatina y no siempre pacífica ocupación de los valles, ocupación que ganó en intensidad, al comprobarse que dichos valles, no solo producían el abundante maíz, base de la dieta nativa, sino que permitían la aclimatación del trigo hispano, numerosas frutas y verduras, pero además, eran tan benignos que permitían la crianza de ganado vacuno, ovino y porcino de la misma procedencia. Es decir, esta despensa era versátil y ofrecía el “pan llevar” de los españoles y las lagunas y mote indígenas, al punto que se ganó el título de “Granero del Alto Perú”.

Estas circunstancias, tan propicias para el desarrollo de una economía agro-exportadora, encontraron finalmente en el auge de la minería potosina, el detonante que hacía falta para su despegue. El comercio de maíz, trigo y otros suministros hicieron de Potosí un mercado confiable y en continua expansión, al punto que los valles cochabambinos se convirtieron rápidamente en los principales proveedores de alimentos para mitayos, empresarios mineros y la variopinta población que fue atraída por la fiebre de riqueza. Tales circunstancias fueron perfectamente asimiladas por el Virrey Toledo, quien dispuso la fundación de la Villa de Oropesa, como un soporte necesario para proteger y garantizar las abundantes cosechas que apuntalaban la viabilidad de la explotación minera.

No existen descripciones conocidas de los primeros tiempos de la Villa de Oropesa, sin embargo, es posible realizar algunas aproximaciones a los imaginarios de sus primeros habitantes, quienes comenzaron a construir la ciudad sobre una planicie conocida como Kanata, sitio de un antiguo villorrio de cuya existencia no se conocen mayores huellas. De acuerdo a Macedonio Urquidí (“Origen de la Noble Villa de Oropesa”, 1949), Kanata significaría, por la bondad de su clima y su bello paisaje, una “tierra del amor y de los amantes”, en tanto “Kjochapampa”, castellanizada como “Cochabamba” haría alusión a la condición ecológica de abundancia de lagunas y cursos de agua (kjochas) en una planicie con suaves pendientes (pampa). Seguramente, los mencionados imaginarios se vincularon con las preocupaciones de estos primeros habitantes, es decir, el quehacer cotidiano y los afanes de levantar y comercializar las abundantes cosechas de maíz y trigo, para lo cual, las aguas del antiguo Río Condorillo, rebautizado como Río Rocha, -se dice por la iniciativa del Capitán Martín de la Rocha de modificar el curso natural de las aguas para irrigar sus tierras y permitir la consolidación de un plano más continuo para la edificación de la flamante villa-, resultaban esenciales. No cabe duda, que la vida urbana era precaria y dominada por preocupaciones agrícolas: el régimen de lluvias, las crecidas del Rocha, las siempre amenazantes sequías y los no pocos conflictos y pleitos por disputas de tierras de labor y retención de yanaconas amenazados con la obligación de la mita.

La modesta villa, cuyo trazado en damero (manzanas y calles ortogonales) era similar a los cientos de ciudades hispanas en América, como ellas, presentaba una estructura interna dominada por una “plaza mayor”, en torno a la cual se erigían los edificios representativos de los poderes terrenales y celestiales que controlaban la paz social dentro de la ciudad: el Cabildo y la Iglesia Mayor o Catedral. Compartían este sitio de honor las pocas casas, algunas de dos pisos, de los notables de la villa: los prósperos encomenderos y comerciantes, pero además, los no menos poderosos altos funcionarios de la Corona, los miembros de alta jerarquía de la milicia, sin olvidar a los jueces, escribanos y administradores de las arcas reales. Podemos imaginar a la plaza mayor o “plaza de armas”, como también se la denominaba, como un espacio cuadrangular, despojado de mayores ornamentos pero enmarcado por las nobles edificaciones antes mencionadas y las casonas

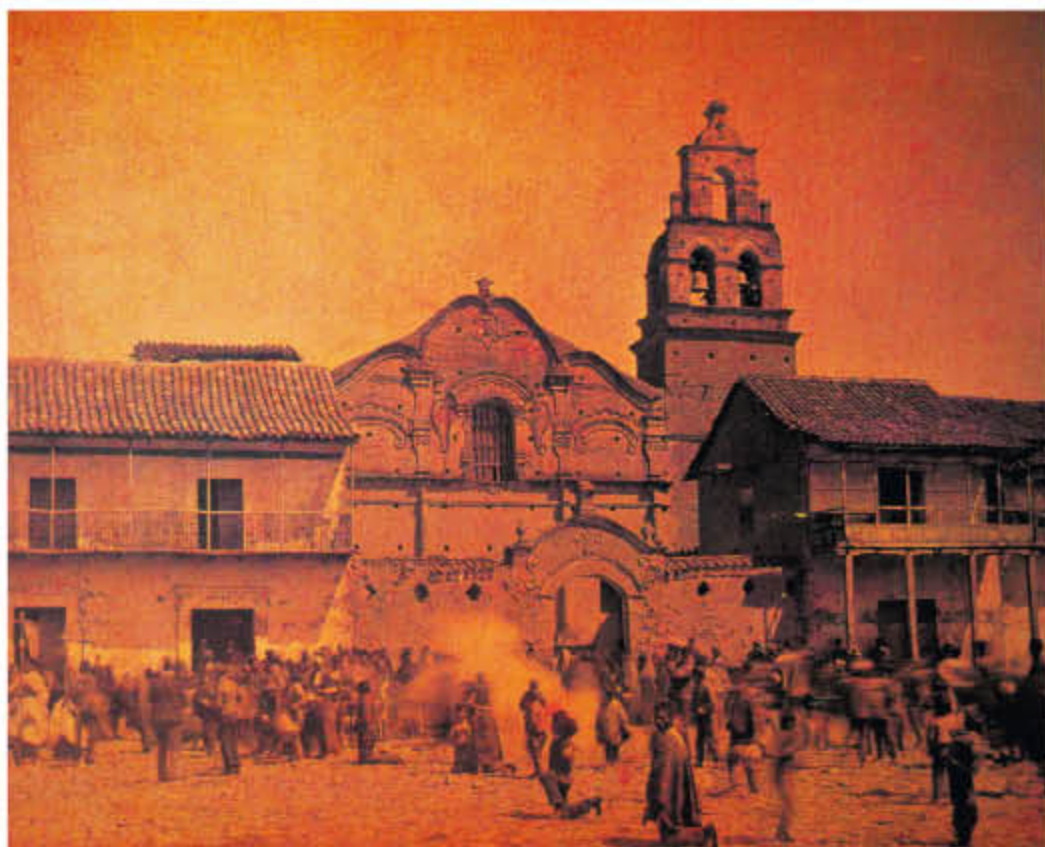


de la elite urbana. Esta explanada, imaginémosla de simple tierra apisonada y salpicada sin mayor orden por uno u otro árbol nativo, estaba apenas ocupada por una modesta fuente de agua, que más adelante sería sustituida por la magnífica fuente que Carlos III obsequió a la ciudad por los servicios prestados por la "muy noble Ciudad de Oropesa" durante los levantamientos indígenas de 1781, y por el símbolo más temible del poder colonial, es decir, la picota que podía ser un modesto tronco convertido en poste de castigo, escarnio y tormento para los infractores del orden establecido.

Sin duda en sus primeros tiempos esta plaza resultó desproporcionada respecto a la modesta dimensión de la villa y a la simplicidad de las edificaciones que la enmarcaban. Del simple campamento fundacional que debió marcar el lugar de la plaza mayor, la villa, algunas décadas más tarde, comenzó a mostrar las características que la distinguirían durante el resto del periodo colonial: una aldea donde la atmósfera rural no dejaba de estar presente en todo momento, donde dificultosa y pausadamente se abrían paso modestas viviendas de adobe, piedra y tejas de barro, siendo la única excepción los templos, que no dejaban de ser igualmente modestos, si se los compara con los similares de Potosí y otras ciudades. Sin embargo, la modestia y precariedad de este sitio, no restaba su valor simbólico y su carácter multifuncional: aquí se desarrollaban solemnes procesiones religiosas con abundancia de devotos y arrepentidos; también, de tarde en tarde, el poder colonial mostraba sus aprestos haciendo desfilar o plantonear a la milicia real, en tanto el infaltable comercio desplegaba sus colores y su bullicio apropiándose del perímetro de este espacio a la manera de las ferias populares que más adelante sería una suerte de emblema identitario de los cochabambinos.







A este espacio central, le seguía, una difusa zona intermedia de casas de bajos, templos de jerarquía menor y abundantes huertos, habitados por chapetones menos favorecidos por la fortuna, funcionarios públicos de cargos modestos, pequeños comerciantes y artesanos. Aquí las calles rectilíneas abandonaban el rigor de las escuadras y se prolongaban en delgados senderos que anunciaban el ingreso al territorio de la periferia, donde lo poco urbano que todavía restaba se diluía entre maizales, huertos y acequias.

Transcurridos algo más de dos siglos después de la fundación de la villa, el Gobernador Intendente Francisco de Viedma, realizó la primera descripción documentada de la ciudad, resaltando en primer lugar, muy de acuerdo con los principios de “orden” de la ideología borbónica, la realidad de una ciudad con calles “trazadas a cordel” con un “ancho de 9 varas”, destacando a continuación los progresos alcanzados por la ahora, formalmente reconocida Ciudad de Oropesa y más tarde Ciudad de Cochabamba, que exhibía calles empedradas en su zona central. Registraba el Gobernador que la ciudad:

tiene dos plazas, la principal y otra llamada de San Sebastián, que se halla en uno de los cantos. En la primera hay una fuente en medio, de regular y abundante agua, costeada por la magnificencia del Señor D. Carlos III, para lo que hizo gracia a este Cabildo de diez mil pesos de sus reales cajas, por real orden de 29 de marzo de 1786 (...) Las casas en el medio del pueblo son de dos altos, bastantes grandes, cómodas y sólidas, aunque hechas de adobe crudo (...) todas tienen balcones de madera y cubiertas de teja. Las demás son de un solo alto y entre ellas hay pocas grandes, como que muchas en los extramuros son pequeños ranchos del mismo material y cubiertas con paja. (Viedma, Descripción Geográfica y Estadística de la Provincia de Santa Cruz de la Sierra, 1969: 34)

Las edificaciones que daban el mayor realce a la ciudad, fuera de la imponente Catedral, eran ocho conventos y un beaterio: Santo Domingo, San Francisco, San Agustín, La Merced, San Juan de Dios, Recoletos Franciscanos, Santa Clara y Carmelitas descalzas.

De acuerdo al primer plano conocido de la ciudad, mandado a levantar por Goyeneche en 1812 para describir su “hazaña bélica” en La Coronilla, muestra el croquis de un asentamiento aldeano, donde la ciudad hispana reconocible, es decir la “ciudad de los letrados”, a pesar de exhibir unas

40 manzanas, sin duda se reducía a no más de una decena de ellas consolidadas bajo ese patrón. Las restantes se debatían entre adquirir aires urbanos o seguir inmersas en el ámbito rural. Más allá, hacia el Sur, a pesar de que la mirada de Viedma apenas se detiene en este detalle, emergía la “ciudad mestiza” de barrios populares y la campiña donde minoritarios fragmentos hispanos –las casas-quinta- parecían navegar en medio de maizales.

Observemos la vitalidad de la ciudad mestiza, que se movía al ritmo frenético de barrios como Kjara-Kjota (hoy Caracota), un antiguo caserío indígena absorbido por la actividad ferial, la Carbonería o el barrio donde se expendía carbón de leña, situado entre Khasa Pata y el Ticti; el barrio de la Mañacería, es decir la propia Khasa Pata, situado en la parte Sureste a los pies de la colina de San Sebastián, lugar de faena del ganado que alimentaba a la villa a cargo de reconocidos indios mañazos o carniceros; la Curtiduría o barrio de los zapateros, zona populosa que se situaba en torno a la actual Plaza Jerónimo de Osorio, donde además existían numerosas curtiembres y peleterías; San Antonio, lugar de buena chicha y fiestas populares, más adelante asiento ferial, se vinculaba con Caracota y la Plaza de San Sebastián a través de la famosa Pampa de las Carreras (hoy Avenida Aroma), donde existían varias factorías de jabones, por lo que el sitio también era conocido como la Jabonería.

La campiña periférica exhibía sitios notables como Cjala Cjala (hoy Cala Cala) una comarca pintoresca cubierta de bosques de ceibos, jacarandás, molles, sauces y otras especies nativas, asiento de huertos y fincas, sitio de recreo de familias hidalga mucho antes de la emergencia de la República. La Chayma, al Norte de Cala Cala era otra zona con atributos similares a la anterior y famosa por su kjochas. También era notoria la presencia de Jaya Huayco (hoy Jayhuayco) poblado indígena en las proximidades de la Tamborada, lugar de tierras muy fértiles o maycas, fruto de los desbordes anuales del río Rocha; Lajma, asiento de pequeños talleres de alfarería y cerámica;





Sarikyo Pampa (hoy Sarco) lugar de rancheríos, exuberantes maizales y huertos; Tjupuraya (hoy Tupuraya) comarca cubierta de bosques; en fin, Alba Rancho, Chavez Rancho y otros, eran sitios de maizales sin fin, sin olvidar a Mayorazgo, asiento de la mayor hacienda dentro de la circunscripción de El Cercado y la no menos famosa Recoleta, comarca con muchos huertos de árboles frutales, al igual que El Rosal, Portales, Aranjuez, Miraflores, etc.

Ciudad monacal que recuerda fervores que llegan hasta el cielo, tal vez, pero en su raíz íntima persiste la vitalidad del alma popular andina, persistencia que hizo decir a Viedma, reconociendo la fragilidad del espacio hispano letrado consolidado luego de dos siglos de vida urbana, que “entre la gente vulgar no se habla otro idioma que el quichua, y aun entre las mujeres decentes hay muchas que no saben explicarse en castellano” admitiendo al mismo tiempo, no sin bochorno, “la mucha pasión o vicio por la chicha” consumo al que se destinaban, para horror del Gobernador Intendente, nada menos que 200.000 fanegadas de maíz anuales para surtir “este asqueroso brebaje” (Obra citada: 46-47). Frases certeras que muestran mejor, como la antigua Villa de Oropesa elevada al rango de ciudad, ostentaba delicadas complejidades y difíciles equilibrios, siendo sin duda la cuestión más espinosa, la difícil coexistencia entre la ciudad de los letrados hispano-criollos protagonistas de fervores religiosos y la aldea irreverente de los quechuistas y toma chichas, que sin embargo trabajaban duramente para que los primeros se sintieran y vivieran como gentes civilizadas.

En todo caso, la aspiraciones de los primeros modernistas que deseaban difundir la civilización judeo-cristiana a diestra y siniestra, se tropieza con los testarudos habitantes mestizos de la Villa de Oropesa que no se incomodan reclamándose creyentes de la fe católica y por dar vivas al rey de España, pero todo ello, a condición de no renunciar a su tutuma de chicha ni privarse de la Pachamama y sus valores ancestrales.



Visiones e imaginarios de la ciudad republicana: los giros tolerantes e intolerantes de premodernos vallunos y modernos occidentales

Los factores que modelaron el devenir de la ciudad republicana a lo largo del siglo XIX, se refieren esencialmente a las consecuencias que arrojó sobre la región y su economía, el declivio paulatino pero irreversible de la minería potosina. Hacia la segunda mitad del siglo XVIII, las esplendorosas cosechas y los succulentos negocios del maíz y el trigo eran ya simples recuerdos de tiempos pasados. Los grandes hacendados, pese a los esfuerzos del Gobernador Intendente Viedma para orientar la agricultura de los valles hacia mercados alternativos y conectar los llanos de Moxos con la economía local, optaron por incursionar en negocios más seguros y cómodos, como su concurrencia asidua a los remates para la recaudación de los diezmos y alcabalas eclesiásticas, adhiriéndose paulatinamente a la opción del rentismo y la especulación. Rápidamente cambiaron su residencia en las casas de hacienda por otras más cómodas en la ciudad, confiando a capataces el manejo de sus heredades rurales.

La frondosa población de yanaconas, útil en los tiempos del auge de los cereales, se convirtió en una pesada carga de bocas inútiles que fueron expulsadas de las haciendas, sin embargo, se les dejó la opción de alquilar las tierras de los márgenes de estas a cambio de pagos en moneda, en obligaciones laborales en el resto de la hacienda e incluso obligaciones de tipo doméstico. Así, surgen los arrenderos, pero también se refuerza el estrato de indios sin tierra. Sus necesidades monetarias los obligan a incursionar en las zonas urbanas y hacerse del control paulatino de los mercados urbanos. Las consecuencias de estos actos fueron profundas, por una parte, las haciendas, desde la primera mitad del S.XVIII fueron gradualmente perdiendo el control de la producción agrícola y de su influencia sobre los mercados locales, pero por otra, ello significó a largo plazo, el desplazamiento de la economía hacendal por la parcelaria y la formación de un potente mercado interno regional.

Bajo este conjunto de estímulos, particularmente los valles centrales de Cochabamba, se convirtieron en una suerte de paraísos fiscales por la vía de la fácil evasión de impuestos y el tránsito expedito de la condición de indio tributario a mestizo reciclado como comerciante de feria o un amplio abanico de opciones ocupacionales que ofertaba el floreciente desarrollo artesanal. Estos flamantes mestizos eran incluso capaces de defender esta condición con las armas en la mano como lo hiciera Alejo Calatayud en 1730. Augusto Guzmán sugiere que este campesino despojado de la tierra pero





no excluido de obligaciones tributarias y otras exacciones, se convierte en el "valluno", es decir, el indio forastero o el ex yanacona que al ser expulsado de la hacienda se introdujo en la feria y que de agricultor de origen adoptó las artes del comerciante o las habilidades del artesano. Guzmán anota que el valluno podía ser, además de agricultor, comerciante, artesano y muchos otros oficios: "vaquero, carpintero, albañil, cohetero, ollerero, tejedor, canastero, sombrerero, pellonero, ojotero". También la valluna tenía mil oficios, y detalla su vestimenta: "es generalmente agricultora, comerciante, arriera, cohetera, alfarera, cigarrera, carnicera o chichera. En su vestido es más chola que india. Usa jubón adornado con encajes o cintillos, manta de fleco en vez de reboso y el típico sombrero blanco de copa alta y ala tiesa" (Guzmán, Cochabamba, 1972: 146-147).

Bajo este horizonte de reacomodo usurario de la economía hacendal y de emergencia de estratos sociales que paulatinamente abandonan su condición de agricultores sometidos al yugo del patrón, se inicia un proceso de florecimiento de las ferias campesinas como las de Cliza, Punata, Tarata, Arani, Quillacollo, pero tomando como referencia el pulso ferial de la ciudad de Cochabamba, que de centro administrativo y sede de los poderes estatales que mantiene la paz social en la región, también asume el papel de gran mercado para la circulación y consumo de la producción campesina y artesanal. Estos son los antecedentes que nos permitirán comprender mejor la dinámica urbana que se inicia al despuntar la República.

Los testimonios existentes de los primeros años republicanos coinciden en señalar el carácter industrial de una ciudad que ha hecho de sus ventajas comparativas (su bondadoso clima, la laboriosidad de sus habitantes y la fertilidad de sus suelos) el eje de su desarrollo económico. Un testimonio de 1830 de un ciudadano anónimo de ese tiempo, que se identifica como "el Aldeano" autor del "Bosquejo del estado en que se halla la riqueza nacional de Bolivia con sus resultados presentados al examen de la Nación por un Aldeano hijo de ella, Año 1830" al referirse a Cochabamba sostenía que la región es muy fértil, y que la industria está más adelantada que en otros lugares. El

Aldeano también menciona la importancia del comercio para la región, y la manufactura de telares. Alfarería, fábricas de lozas y vidrios, paños, encajes y ponchos, son algunas de las industrias locales que reseña el Aldeano, aunque, según él, el comercio de la región ya no es floreciente para la época, por lo que muchos cochabambinos prefieren emigrar hacia otros lugares.

El paisaje económico y social que traza “el Aldeano” no deja dudas sobre el estado de postración en que encontraba Cochabamba después de sostener el peso principal de una larga guerra que si bien culminó con la fundación de la República, no por ello despejó la crisis de su actividad productiva. Pero no solo fue la guerra, sino también la pérdida de las plazas comerciales a donde acudía, por ejemplo, la floreciente industria de paños, lencería y barracanes, además de manufacturas en cuero, cerámica, losa, etc., que cobraron fama a fines de la Colonia, en lugares tan distantes como el puerto de Buenos Aires y las costas del Pacífico, que desde fines del siglo XVIII e inicios del XIX, se vieron perjudicadas por los textiles de algodón ingleses y los calicós azules que desde la India, traía a tierras americanas la poderosa flota británica.

De acuerdo a un notable estudio realizado por Carlos Lavayén y José Gordillo (Población y Estructura Urbana de la Ciudad de Cochabamba (1826-1831), 1991), se muestra a la ciudad rodeada de campiñas e incluso tierras de labor en el interior de la misma. Utilizando como referencia el Censo de 1826 y el Padrón de Predios de 1831, se evidencia que existían asentamientos indígenas en zonas urbanas como Collpapampa y Caracota en el Sur de la ciudad. Respecto a la industria artesanal que llamó la atención de “El Aldeano”, la misma se conformaba por unidades de explotación familiar, que por orden de importancia cuantitativa estaba compuesta por tejedores, sastres, zapateros, plateros y curtidores. Un rubro no menos importante era la actividad comercial seguida por los servicios personales como el empleo doméstico y el régimen de las “criadas”. También destacaban las profesiones liberales, concentrada sobre todo en el ramo de los abogados, los médicos y los arquitectos, no siendo menos importante como ocupación la desarrollada por las órdenes religiosas, los sacerdotes y los capellanes. Sin embargo las dos mayores fuentes de ocupación de los habitantes urbanos en 1826 fueron los ramos de “actividades domésticas” y “tejedores”, siendo notoria la prevalencia de las ocupaciones en tareas artesanales respecto a otras como las comerciales y las ofertadas por las profesiones liberales.

Estas apreciaciones permiten afirmar que las elites regionales se habían establecido dentro de la ciudad, no necesariamente en calidad de administradores de los emprendimientos productivos, sino en calidad de rentistas acomodados que mantenían frondosas servidumbres dentro de la mejor usanza de la sociedad tradicional. En contraposición resaltaba la realidad de unos trabajadores independientes, que pese a haber tenido que soportar las penurias de la guerra, preservaban la categoría y consideración de mestizos alcanzada durante la Colonia y como tales se hacían cargo de hacer marchar la economía de la ciudad. En todo caso, como se verá más adelante, las barreras de castas impuesto por el régimen colonial derrocado, se habían debilitado a un grado tal, que los valores, gustos y costumbres del mundo andino aparecieron momentáneamente como valores universales.

Cochabamba de los primeros años republicanos, era sin duda, una ciudad de mestizos cuya economía giraba en torno a la producción artesanal orientada tanto a la exportación (textiles) como para satisfacer a la demanda local (confección de ropa, calzados). Era un mundo plebeyo con una enorme vitalidad, en el que mestizos y cholos formaban verdaderas muchedumbres e inundaban los caminos provinciales alegrando las fiestas populares y dinamizaban la economía regional. Por otra parte, insertos en la economía y la sociedad hacendal, eran capaces de debilitar y destruir los viejos preconceptos de castas, lo que generaba una temprana expansión de pequeños propietarios o campesinos parcelarios, conocidos como “piqueiros”, y el crecimiento de la producción mercantil simple, y a partir de ello, de la organización de un sistema de abastecimiento a la ciudad por pequeños productores que llenaban con sus mercancías agrícolas las ferias de Cochabamba, Quillacollo, Sacaba y el Valle Alto.



En fin, ésta es la Cochabamba que encontrará Alcides Dessalines d'Orbigny hacia 1830. Al respecto el insigne visitante, un científico naturalista francés que recorría la América Meridional por encargo del Museo de Historia Natural de París, recogía impresiones de una ciudad ordenada, con cursos de agua y jardines, poblada por casas de un solo piso, con hermosas calles de nueve metros de ancho, muchas de ellas empedradas. D'Orbigny señala que la ciudad tenía dos plazas, y en la plaza principal sauces recién plantados, cuatro iglesias, el cabildo y al centro, una fuente de agua. El viajero se asombra de la limpieza de la ciudad gracias a la vigilancia de la policía. También menciona los paseos al “bonito caserio” de Calacala y a otros lugares del valle. Para él, se trataba de una hermosa campiña, similar a la de Francia.

Las impresiones de d'Orbigny a cerca de la ciudad, con calles geométricamente ordenadas y vistas que le recordaban a su país de origen, en verdad, no diferirían demasiado a aquella visión, más parca, ofrecida por Viedma. Sin embargo, no dejaba de causar curiosidad la presencia de los extensos maizales que parecían asediar a la ciudad, sobre todo, si comprobamos que en la época en que el ilustre viajero arriba a la ciudad, Potosí se ha convertido en un modesto mercado para los cereales de Cochabamba. Todo esto se debía, según el viajero, a la “pasión del pueblo por la chicha”. Se la consumía en la comida o para refrescarse, en las fiestas religiosas, y se solía beber durante varios días. Aunque la chicha hacía emborracharse, pocas veces se peleaban entre ellos. Así que los grandes cambios no se producen en la esfera física de la ciudad —de hecho Viedma podría afirmar que desde esta perspectiva nada había cambiado—, sino en la esfera de la ideología y los imaginarios urbanos, que en estos primeros años republicanos, sin duda dieron rienda suelta a la transgresión de las normas que impuso por siglos el pesado y hermético poder colonial. Para más de uno, “el asqueroso brebaje” de la chicha tenía sabor de libertad. En este orden chicha y quechua iban de la mano para romper el viejo esquema de castas que protegía a la “ciudad letrada” o española y anatemizaba a “la ciudad iletrada” de la plebe, siempre peligrosa. Lo que contempla d'Orbigny es la momentánea ruptura de las compuertas y las barreras normativas que separaban estas dos espacios. La Cochabamba que contempló d'Orbigny es aquella invadida por la cultura ecléctica de los vallunos, a tal punto que los criollos que se reclamaban herederos del antiguo régimen se sintieron más cómodos y extrovertidos retornando a la cuna de la cultura inca. Se puede



afirmar que el idioma quechua y la chicha eran símbolos culturales de una hegemonía popular sui géneris que dominaba por doquier. Sin embargo, lo que subsistía del idioma de Cervantes daba forma a lo normativo y a la delicada y formal separación de los estratos de propietarios de bienes, fortunas, abolengos y usos de poder, de los restantes dueños de su fuerza de trabajo y de las ingeniosas formas de incursionar en el mundillo urbano popular de las transacciones feriales. No obstante, en este primer momento republicano, que se extiende hasta la década de 1870, por lo menos, las barreras sutiles entre letrados e iletrados se fracturaban con frecuencia a la hora de las celebraciones y fiestas cívicas, religiosas y familiares, e incluso de las tertulias de la vida diaria en el seno familiar o en la relación que se produce en el espacio público.

¿Qué impresión se desprende de este singular paisaje social que expone d'Orbigny? Sin duda, la presencia de una sociedad abierta, aparentemente liberada de las cargas culturales coloniales, una suerte de paraíso de interculturalidad y tolerancia. Sin embargo, sería ingenuo pensar que las contradicciones entre clases sociales y las distancias entre ricos y pobres se habían acortado. La sociedad que contempla nuestro cronista emerge de una larga crisis, cuyos orígenes se remontan a la extinción del mercado potosino y que se agudiza a inicios del siglo XIX con graves sequías y con la Guerra de la Independencia, como ya se mencionó. No se debe olvidar que Cochabamba sufrió, con particular intensidad, las angustias de los saqueos, las represiones, las carestías, la pérdida de vidas y las sangrías económicas.

Es posible inferir que d'Orbigny realiza el registro de una élite diezmada en sus mejores representantes. Los que quedan, pese a conservar su patrimonio más o menos intacto, no logran todavía alcanzar la distinción y el nivel cultural que hace que una clase social dominante sea reconocida como tal. Sus hábitos de vida, sus valores culturales y sus despliegues materiales no se diferenciaban sustancialmente de los similares que ostentan las clases populares. El idioma quechua y el 'áureo licor' eran los valores universales de esta formación social, valores que colocaban en un mismo rasero a quienes se reclamaban caballeros hidalgos o a quienes se reconocían como mestizos vallunos e, incluso, indios arrenderos, artesanos y otros estratos subalternos, que, a la hora de la celebración pública y el rito religioso, compartían los mismos espacios, los mismos placeres y los mismos hábitos. Esta práctica se extendía a la esfera de la vida privada y la cotidianidad, donde la mesa criolla, la mestiza y la del artesano o el agricultor pobre se adornaba con las 'machu jarras', se hacía irresistible con los sabores que brindan los frutos de la tierra, cobraba sentido con el dulce idioma de los incas y se llenaba de vida con las tonadas del alma popular (Solares: Sociedad, Ciudad y Espacio Público en Cochabamba -1825-1960-, 2011, inédito).

La situación descrita por d'Orbigny respecto a la ciudad y su cuerpo social, probablemente variará en matices pero no en esencia a lo largo de varias décadas. De alguna forma, la puesta en escena de los imaginarios modernistas que, sin duda hasta ese momento se entretrejan con los valores populares, se inician, no necesariamente a partir de una paulatina separación de estos idearios respecto a la pesada tradición, sino diríamos, más abruptamente, por la vía del desastre. La aguda sequía que se inicia desde fines de 1877 y que se prolonga a lo largo de 1878, causando hambruna y mucha mortandad, es rematada por una epidemia, probablemente de cólera que se abate sobre la ciudad y la campiña con inusitada violencia, incrementando casi geométricamente las defunciones y el volumen de población afectada de una u otra manera. Hacia 1880, cuando la ciudad comienza a recuperar su ritmo normal, se inicia la tradicional búsqueda de culpables. El Cuerpo Médico de Cochabamba apunta certeramente a las precarias condiciones higiénicas de la ciudad, en especial a la condición de las vías públicas, la mayoría sin ningún tipo de pavimento y susceptibles de convertirse en torrentes de agua pluviales en época lluviosa, la ausencia total de servicios básicos, sobre todo redes de agua potable y alcantarillado; pero además, la permanencia de focos infecciosos en el interior de la ciudad, como la temible acequia de aguas servidas conocida como "Serpiente Negra" y los centenares de chicherías que se emplazan en el interior del radio urbano con su infaltable crianza de chanchos y la eliminación de residuos fermentados proveniente de la elaboración de la chicha que se acostumbraba arrojar a la vía pública.

El municipio presionado por la opinión pública, pero al mismo tiempo imposibilitado financieramente para encarar obras de magnitud en materia de obras sanitarias (redes de agua, pluviales y alcantarillado), embovedado de la "Serpiente Negra" o pavimentación (empedrado) masivo de las calles de la ciudad, no encuentra una salida más cómoda que identificar y poner en la picota a un chivo expiatorio: las chicherías. A partir de 1882 se pone en marcha una política municipal de desalojo de las chicherías del centro de la ciudad y la penalización a la proximidad de las chicherías

al radio de prohibición mediante patentes anuales diferenciadas (las más próximas a la plaza de armas pagan las patentes más elevadas y las alejadas las patentes más bajas). Sin proponérselo, el ente municipal, de pronto percibe que el régimen de patentes le reporta ingresos elevados que por primera vez desde la creación de esta institución le permiten autonomía económica respecto a las siempre desfallecientes arcas nacionales. De esta forma, la alcaldía orienta sus excedentes hacia la realización de obras públicas, práctica que rápidamente se convierte en un sistema eficaz de financiamiento de la modernidad urbana, que se prolongará, por lo menos, hasta la primera mitad del siglo XX.

La descripción que hacía de la ciudad Luis Felipe Guzmán en 1889, encuentra a la ciudad inmersa en este proceso, sin embargo, una vez más muy poco parece haber cambiado en la esfera de la realidad física, salvo más espacios públicos y mayor población. Guzmán observa calles rectas y estrechas, casas de adobe de dos pisos, aunque el agua es escasa y mal aprovechada. La ciudad se componía por cinco parroquias, tres urbanas y dos suburbanas. En la plaza, un palacio para las oficinas públicas, uno para la policía y otro de la municipalidad. La ciudad tiene muchas arboledas, un paseo llamado la Alameda, que hasta poco tiempo antes poseía una portada imponente. Teatro, bazar, iglesias, conventos, un "suntuoso hospital", tres cementerios y un matadero. Esta detallada descripción de la ciudad, muestra que en lo esencial, el paisaje urbano del tiempo de Viedma permanecía intacto, solo se había sustituido el antiguo Cabildo por un "palacio de bello aspecto" que contenía el aparato político, administrativo, jurídico, municipal y represivo del nuevo Estado. Se habían añadido las galerías perimetrales a la, ahora denominada, Plaza 14 de Septiembre, se habían incrementado las casas de dos plantas en la zona central; se habían añadido plazas y paseos, de los cuales los más representativos eran la Plaza Colon y la Alameda. Algunos edificios religiosos habían dado paso a equipamientos urbanos, y por lo menos, en el caso del Teatro Achá, la remodelación y adaptación del antiguo templo de San Agustín, había pretendido mostrar la magnificencia del gusto republicano, y plasmar un espacio adecuado donde la nobleza criolla pudiera desplegar sus galas. La Plaza de Armas también había recibido un ropaje renovado de gusto neoclásico con un obelisco que simboliza los valores cívicos y libertarios que la sociedad oligárquica se



permitía. No obstante, estas innovaciones eran superficiales, y en lo esencial, el escenario urbano que organizó la villa colonial, se mantenía sin mayores variantes.

Sin embargo, una vez más, estos modestos avances de modernidad urbana, no guardan simetría con las transformaciones el cuerpo social. La ciudad abierta y tolerante que encontró d'Orbigny hacia 1830 ha cedido paso a una irresistible recomposición de roles y jerarquías, donde las antiguas normas segregativas coloniales han sido retomadas por los modernistas fuertemente inmersos en su misión civilizatoria. Sitios públicos como la Plaza de Armas dejan atrás su carácter multifuncional y se convierten en espacios cívicos, sitios de paseo y distinción. La chicha y su mundillo plebeyo son expulsados por severas disposiciones municipales hacia el Sur de la Pampa de las Carreras rebautizada como Avenida Aroma y convertida en una suerte de frontera que separa rigidamente la ciudad criolla de la aldea de artesanos, chicheras y feriantes. Las meriendas de sabrosos chicharrones, mote, papas, llajuas que disfrutó/sufrió d'Orbigny, a estas alturas no dejarían de ser actos de escándalo y reprensión pública. La plaza y sus alrededores reciben otro tipo de empresas, más a tono con los novísimos gustos modernos: filiales de casas importadoras de La Paz, almacenes con escaparates novedosos, sedes bancarias, casas de importación de efectos de ultramar, casas de moda, finas zapaterías, en fin negocios propios del capitalismo mercantil moderno, que convierten el viejo centro del poder colonial en un renovado centro comercial moderno o por lo menos proclive a recrear aires de modernidad. A tono con estos nuevos tiempos, los gentlemen de la Lajta ostentan otros valores y practican finas competencias de distinción. Ciertamente la vida social ha dado un vuelco definitivo: las tutumas y los excesos culinarios han sido sustituidos por la visitas de etiqueta, es decir, la antiguas convivencias han cedido paso a las finas ironías recubiertas de estricta urbanidad. El lector perspicaz, sin embargo, podrá ver entre líneas, que en realidad los giros idiomáticos populares (ututuy, comadritay, guaguitay, palomitay...) permanecen pero cuidadosamente enmarcados entre signos de distinción como corresponde a finos caballeros y damas impregnadas de modernidad. Los compadres y las comadres ya no disfrutaban de las meriendas que contempló d'Orbigny. Ahora con fineza se clavan miradas que parecen alfileres y se disfruta de la admiración y la envidia que despierta el despliegue de las últimas modas importadas directamente desde París o Londres. Sin embargo debajo de tan finas vestimentas todavía los comportamientos muestran profundas raíces de lo popular-mestizo, todavía los barnices no terminan de proveer la cultura que deseaba ostentar una verdadera elite.

Los premodernos andinos reconocidos o satanizados, son actores de primera línea en este teatro urbano, pues nunca se fracturará el visible o invisible cordón que los vincula, tutumas y humeantes pucheros mediante, con el mundo de los modernos pro-Occidente, que a pesar de todo lo que pudieran hacer, no encontrarán jamás un sustituto importado a las gollorías que ofrece el terruño.



Los giros de la modernidad en la primera mitad del siglo XX

Al concluir el siglo XIX, el nuevo siglo fue recibido con muestras de moderado entusiasmo. Cochabamba apenas se recuperaba del golpe económico que significó la pérdida del litoral, porque con ello se cortó el próspero comercio de arrieros que la región mantenía con los puertos bolivianos del Pacífico y el Sur peruano. En realidad este era un momento penoso, pues el flujo de mercaderías chilenas, incluyendo harinas de trigo, manufacturas de cuero y otras hacia La Paz y Oruro, ahogaba la producción cochabambina imposibilitada de competir con empresas industriales modernas. La década final del siglo XIX había estado marcada por frecuentes quiebras de haciendas, remates de tierras agrícolas, desbalances bancarios, deudas en mora e incluso cierres de empresas comerciales, que agobiaron a la elite local, por tanto, no había o había muy pocos motivos para celebrar.

Sin embargo, en contrapartida, y a pesar de la sañuda persecución a las chicherías, la economía del maíz y la chicha no parecieron dar signos de recesión. En realidad la cuestión de donde se situaban las chicherías dentro de la ciudad era una referencia poco significativa, si de todas maneras la producción de chicha llegaba a la mesa de la gran masa de consumidores urbanos. El circuito: pequeña parcela maicera-producción de harina-producción de muko-producción de chicha-expendio del licor, es decir la totalidad del circuito económico, estaba en manos de clanes familiares de vallunos clicéños, tarateños, punateños, quillacolleños e innumerables operadores en el propio Cercado que concurrían en igualdad de condiciones al gran mercado de comercialización y consumo de chicha en que se había convertido la capital departamental e incluso las capitales provinciales, sin descontar las populosas ferias campesinas. Estos circuitos que conectaban la economía campesina de piqueros con elaboradores de harina, muko y chicha y comercializadores/comercializadoras del licor, se convirtió en el eje del mercado interno regional de consumo del maíz producido localmente, con capacidad incluso para desarrollar tentáculos que alcanzaban a los asentos mineros orureños y paceños e incluso a las ciudades de La Paz, Oruro y otros centros urbanos menores en el Altiplano. Se trataba de una economía pre-capitalista de cientos, tal vez millares de unidades familiares domésticas, que al desarrollarse en los márgenes de la economía mercantil capitalista, era inmune a sus crisis.



Con este antecedente que define la realidad de una enrarecida atmósfera, llena de temores y miedos a un futuro económicamente incierto, las celebraciones del despuntar del siglo XX no llegan a avizorar el hecho de que finalmente Cochabamba estaba cruzando el umbral de un nuevo periodo, donde las fiebres modernistas y los sueños de vivir al ritmo de los nuevos tiempos serían, de alguna manera satisfechos, gracias a las grandes recaudaciones que arrojaban las patentes que el Municipio cobraba a las chicherías desde 1882. Siguiendo esta pauta, la Prefectura y el propio Estado, no se quedarían atrás, gravando con esmero impuestos a la producción de harina de maíz, al quintal de muko, a la botella de chicha en su afán de cubrir los infaltables huecos en sus presupuestos regionales o nacionales.

Bajo esta dinámica la ciudad, a lo largo de las primeras cinco décadas del siglo XX, hará realidad su deseo de ingresar a la era de la sociedad industrial capitalista, aunque no sea sino accediendo a retazos y fragmentos de ella, pues las elites que la impulsan nunca estarán dispuestas a deshacerse de sus residuos feudales ni de sus miradas señoriales.

De todas formas, la Cochabamba que describe Federico Blanco (Diccionario Geográfico: Departamento de Cochabamba), al finalizar el siglo XIX, a pesar de su minuciosidad y riguroso orden, no se diferencia sustancialmente de la ciudad que contempla Luis Felipe Guzmán en 1889. Sin embargo, a la sombra de estas aparentes inmovilidades el cuerpo social de la ciudad se segmenta y la estructura física de la misma se fragmenta. La irrupción de la modernidad como ideología estatal y apropiada para sí por las elites, separa los cuerpos y refuncionaliza los espacios: el centro urbano inclusivo de otros tiempos cede paso al espacio cívico y al centro comercial, algunos ya se refieren a este ámbito urbano central como "la city" o la verdadera ciudad; la antigua campiña, un sitio privilegiado de vocación agrícola, experimenta un proceso de irresistible conversión en espacio de recreo y lugar de vacaciones veraniegas que anuncian su destrucción posterior por la vía de la urbanización; el sur, se convierte en una suerte de depósito abigarrado de chicherías, talleres artesanales y comercio popular, algunos la denominan "campamento" y otras expresiones con sentido peyorativo para remarcar su condición de "no-ciudad". En la misma forma, los festejos cívicos, las celebraciones religiosas, incluso los carnavales muestran su lado ritual o simbólico apegado a los nuevos valores de Occidente y su lado popular, donde lo andino no solo no termina de extirparse, sino continuamente recrea maneras de resistir y persistir.

Naturalmente los recursos disponibles para encarar las tareas del desarrollo urbano proveídos por las inagotables recaudaciones que rinden los impuestos al maíz y la chicha, se orientan exclusivamente a materializar el modelo de ciudad occidental, a revestir el viejo campanario con

los signos y las novedades de la modernidad. De esta manera partir de la primera década del siglo XX se inicia un proceso sostenido de realización de proyectos y obras públicas que van a convertir el abstracto modernismo en objeto palpable. Si bien los primeros avances tecnológicos, tal vez se inician con la conexión de la capital departamental y otras localidades a la red telegráfica nacional en la década de 1890, es la irrupción de la energía eléctrica, un 14 de Septiembre de 1908, la que marca definitivamente el inicio de esta transformación, gracias al emprendimiento de la Empresa de Luz y Fuerza Eléctrica Cochabamba, la primera empresa moderna de la ciudad. Otro emprendimiento de ELFEC fue el Ferrocarril del Valle que vinculó todo el sistema ferial de los valles, al unir Vinto y Quillacollo con Cochabamba y el Valle Alto, hasta Arani, con una vía férrea servida por trenes eléctricos, que inició servicios en 1910 y que hacia 1920, ya se reconocía como la más importante del país por el volumen de pasajeros y carga que transportaba anualmente, muy por encima del desempeño de la red nacional de ferrocarriles y de las redes ferroviarias con los puertos del Pacífico. En la misma forma ELFEC, adquirió los derechos para la instalación de un servicio de tranvías urbanos que unía el centro de la ciudad con las campiñas de Cala Cala y Queru Queru, el servicio se inició en 1912-13, convirtiéndose en el primero que ofertaba una forma de transporte público masivo, cuyo uso continuado se prolongó hasta fines de la década de 1940, cuando la empresa agobiada por deudas y la falta de renovación del material rodante, suspendió definitivamente sus operaciones. Otras obras como la renovación y ampliación de la red de agua potable, la implementación de las primeras redes de aguas pluviales y el servicio de alcantarillado sanitario, que vendrán a sustituir la obsoleta infraestructura colonial, se desarrollan en la década de 1920. Finalmente, las obras de pavimentación del centro de la ciudad se inician a partir de 1938.

Todos estos emprendimientos, fueron dejando irremediamente en las brumas del pasado las imágenes y los imaginarios de ciudad que nos describieron Viedma y d'Orbigny. La energía eléctrica, los teléfonos, la radio, los tranvías, incrementaron los vuelos imaginativos modernistas, cambiaron los hábitos de vida, aproximaron los estándares de vida urbana de los países industriales a la otrora beatífica Cochabamba. Los ruidosos tranvías, automotores, motocicletas, las estrepitosas músicas gravadas en vinilos y reproducidas por radios y fonógrafos, la locura del biógrafo y luego



del cine, trastocaron el viejo orden colonial que regía la relación de padres e hijos, pero también los hábitos urbanos.

Maria Robinson Wright (Bolivia el camino central de Suramérica, 1907), al describir Cochabamba, nos dejó el testimonio de una sociedad, donde sus miembros distinguidos eran definitivamente ciudadanos modernos más próximos a sus pares europeos que se sienten a sus anchas en medio de los ruidosos automóviles que circulan por las estrechas calles de la ciudad desde 1904-05. Sin embargo ello no impide que la tradición asome su faz de diversas maneras:

Cochabamba ofrece una apariencia de mucho más movimiento cuando llegan las cargas, estos productos de las granjas y bosques del interior, y no es raro que estas caravanas interrumpen el tráfico de una calle. Grandes casas importadoras y exportadoras reciben comúnmente los productos y dirigen su embarque. Las provincias vecinas no solo abastecen el mercado con los más importantes productos alimenticios y medicinales, sino que de sus colinas se saca el mármol, la piedra, la arcilla, la al, la arena y otros materiales que se usan en la construcción de los edificios más modernos de la ciudad (Obra citada, 1907:280).

La dinámica interna de la ciudad, no es la de las fábricas que reciben materias primas esenciales, sino la de los arrieros, los descendientes de aquellos que transportaban las harinas de trigo y maíz a Potosí en el siglo XVII, que todavía prestan servicios esenciales para el abastecimiento de la ciudad a inicios del siglo XX. En términos todavía más agudos, el testimonio del Príncipe Luis de Orleans y Braganza, que probablemente visitó Cochabamba hacia 1900, permite vislumbrar la contraposición entre la ciudad que se moderniza y la tradición que no se amilana. Los marcados contrastes de la ciudad causan primero el desagrado y luego el asombro del aristocrático viajero: multitudes de piqueros y arrenderos que se dirigen a la feria cargando sus productos y sus animales; banderitas blancas que anuncian la infaltable chicha, que como a buen europeo, no le causa ninguna gracia; la plaza bien iluminada, la retreta, las y los jóvenes bien trajeados, los solemnes edificios religiosos, las casonas con sus artísticos balcones; en fin una radiografía del mundo andino que sostiene la economía de la ciudad y hace posible el despliegue de sus aspiraciones modernistas.

En fin, descripciones diversas se van sucediendo en los siguientes años. Una descripción de la ciudad en 1910 que celebra el primer centenario de la gesta libertaria del 14 de Septiembre, no aporta nuevos elementos de juicio con relación a las anteriores, sin embargo, de ella se desprende un párrafo casi profético del rumbo que tomara la ciudad en los años posteriores:



Los alrededores de la ciudad son muy amenos por las quintas en las se mantiene una perpetua primavera. Las campiñas de Las Cuadras, Muyurina, Recoleta, Cala Cala, etc., son tan vistosas y de ambiente tan puro, que es de asegurar que una vez establecidos los tranvías, serán preferidos por los habitantes que conservarán en la ciudad solo sus casas de negocios (El Ferrocarril, 14 de Septiembre de 1910).

No obstante, todavía faltaba un ingrediente esencial para acabar de convertir la aldea en ciudad moderna. Un cronista perceptivo interpretaba el sentir general respecto a esta carencia:

Cochabamba ha progresado materialmente, pero ¡ay! social, política y administrativamente, quizá ha retrocedido. Ese pueblo febril, apasionado, lleno de hermosas cualidades, tiene que desperdiciarse de viejos prejuicios heredados de la intolerancia ibérica e ingresar de frente por la ancha vía del progreso, y para ello, es necesario un mayor acercamiento al mundo moderno, mediante el mayor comercio de ideas y la terminación de la línea ferrocarrilera Oruro-Cochabamba (José M. Sierra: "Cochabamba y su progreso material", El Ferrocarril, 23 de agosto de 1912).

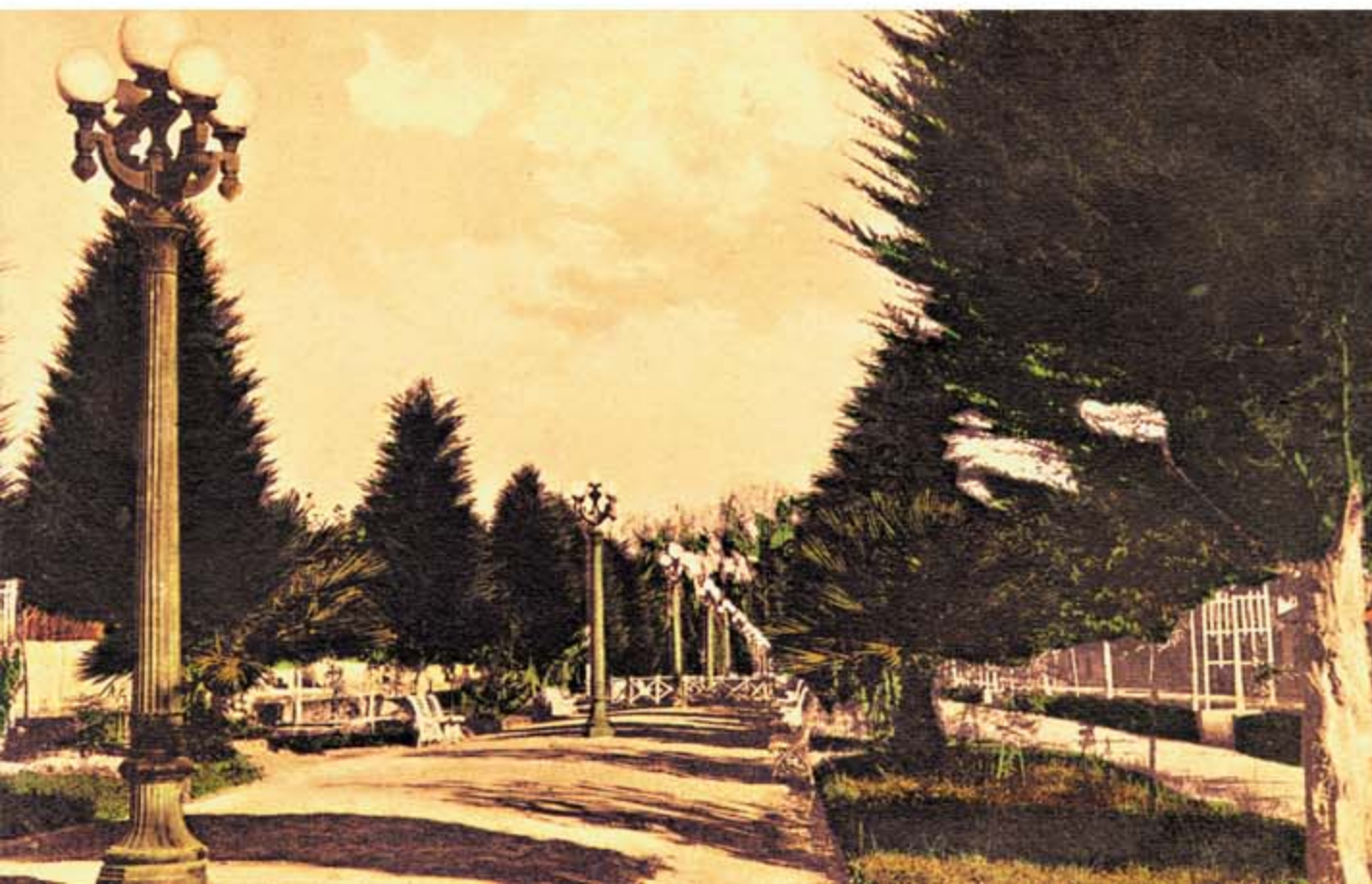
Finalmente en julio de 1917, llegó el ansiado tren a Cochabamba. El ramal Oruro-Cochabamba estaba terminado y el esperado monstruo de acero y vapor, portador del "cuerno de la abundancia" parecía anunciar el inicio de una nueva era. Este fue el sentido que tomaron las celebraciones y la fastuosa "Fiesta del Progreso". La llegada del tren causó un gran revuelo, dando rienda suelta a una euforia sin parangón, donde los deseos reprimidos del autor se mezclan con estallidos de imaginarios modernistas, que por momentos, tratan de doblegar los aturdidos pero no revocados prejuicios coloniales de la santurrón sociedad conservadora, que sin duda siente con estremecimiento como se quebranta la secular paz de los conventos en tanto vuelan desbocados los automóviles y las berlinas en una mescolanza de rugidos de motores y relinchos de caballos. En medio de este tropel, unos sienten que la ciudad se ha convertido en un barrio parisino, londinense o porteño, otros no atinan a como lucir sus galas en medio de semejante desenfreno, pero tienen tiempo para reprimir los excesos de los jóvenes del campanario y los visitantes, seguramente hijos de la encumbrada elite paceña que arribó junto con el presidente Ismael Montes y su cortejo en ese primer histórico tren, y que enseñan a los primeros prácticos modernistas "non santas" para horror de los severos jefes del hogar que comienzan a entender que también la vieja dictadura patriarcal

se resquebraja y va cediendo paso a los nuevos tiempos. Sin duda “la ciudad de las heroínas” experimentó una fiebre de cuarenta grados.

El significado del tren adquiere ribetes simbólicos, sus nubes de vapor anuncian la próxima industrialización y la puesta en marcha de la misión civilizatoria, que amenaza a quienes la ignoren con no formar parte de la Nación. Sin embargo, el desafío que representa la llegada del tren para reflotar la dinámica productiva de las haciendas sufre un tropiezo que se juzga insuperable: la oportunidad para recuperar los antiguos mercados de granos pasa por la modernización de los latifundios gamonales, es decir, la conversión de los viejos feudos en empresas agrarias capitalistas, incluida la conversión de los colonos arrenderos en un proletariado rural. La transformación de los “feudernos” (feudales y modernos), como sugiere Adrián Waldmann al referirse a la oligarquía cruceña (El hábitus cambia, 2008), en auténticos empresarios capitalistas. Solo a Simón I. Patiño se le ocurre la idea extravagante de organizar Pairumani como un modelo de empresa moderna, los demás prefieren la vía colonial y segura de exprimir a sus pongos para extraer rentas en moneda y especies.

Pasados los aspavientos, ya nada volvió a ser lo que era: la revolución tecnológica sustituyó las cabalgaduras por los automotores y los tranvías, la luz eléctrica propuso la novedad de la vida nocturna, la radio y el cine convirtieron en voces e imágenes los imaginarios de progreso. Todo ello junto, terminó subvirtiendo la rutina de los ajeteos peatonales. El ritmo urbano modificó sus diapasones, de pronto y sin mayor prevención la aldea dejó de ser lo que era: las relaciones entre vivienda-trabajo-recreo-comercio-abastecimiento, es decir, las antiguas territorialidades urbanas que marcaban los ritos repetitivos de la vida cotidiana se trastocaron, ya nada “está a la mano”, las relaciones lineales y simples comienzan a extinguirse. Un viejo cochabambino rememorando tiempos idos reclamaba: “la ciudad dejó de pasar por debajo de mi balcón, ahora todo es difícil y para todo es necesario desplazarse” (Solares, obra citada, 1990: 142).

Los tranvías primeros y los vehículos motorizados inmediatamente después convierten los viajes a la campiña y el ritual de despedida a “los viajeros”, que se iban “allá lejos”, a Santa Ana de Cala Cala, al Rosal, a la Chaima, desde el antiguo portal de la plaza Colón; en viajes cortos, rápidos y rutinarios. Ahora la campiña se la ve con otros ojos, el vocablo “ciudad-jardín” revolotea por doquier, de espacio agrícola ocupado por huertos, casas-quinta y piquerías, cada vez más, se convierte en espacio lúdico e incluso a partir de la década de 1930, en residencia de comerciantes



acomodados y hacendados, que buscan “aires frescos” cansados de convivir y lidiar con sus inquilinos. La tenencia de un automóvil o la rutina de los tranvías, permite esta alternativa. En los años siguientes, el pronóstico de que la campiña del Norte y el Este se convertirían en la “monarquía absoluta del placer” no resultó muy certera. Si bien es cierto que Cala Cala y Queru Queru se convirtieron en sitios de veraneo y de alegres excursiones, desde 1930 en adelante, se ofertaban las quintas y huertos como los espacios apropiados para la novísima “ciudad jardín” que emergía casi espontáneamente.

Pero observemos mejor la dinámica de estas alegres excursiones que ya estaban ampliamente extendidas hacia 1900:

A las 12 del día cruzaban por la plazuela del Regocijo en Cala Cala, multitud de paseantes en coches y a caballo. Uno de los grupos tomó la dirección de Tirani y el camino de Taquiña el otro. El primero lo constituían las familias Rodríguez, Soruco, Chinchilla, Cabrera, Pacieri, Gumucio, Decker y numerosa juventud del sexo feo. El segundo estaba formado de las familias Kommer, Rivas, Guzmán Achá, Paz, Antezana y Blanco, acompañadas de más de 20 jóvenes relacionadas con ellas por los vínculos de la amistad. Horas felices hemos pasado entre estos risueños paisajes que se extienden al pie de la cordillera (...) Notas apacibles arrancadas de argentinas gargantas, diálogos con narraciones de ese poema que cantan todos los corazones, cielos de oro y azul en los cerebros soñadores: he aquí lo que hemos visto en Taquiña y en Tirani (El Heraldo, 30 de abril de 1900).

Escenas bucólicas que nos llegan de la pluma de románticos cronistas. Ya han quedado muy atrás los abigarrados maizales que causaron la admiración de d'Orbigny, ahora la bella campiña es telón de fondo de asiduas reuniones sociales, de veladas musicales y de no pocos requiebros amorosos que terminan en matrimonio. Sin embargo, la idea de una idílica campiña convertida en paradisiaco lugar de veraneo de la elite local, no tardaría en desmoronarse luego de unas pocas décadas de transcurrido el siglo XX. Razones más pragmáticas comenzaron a ver la campiña como una excelente oportunidad para transformar el vergel en “ciudad jardín”, y de paso, hacerse de un buen circulante.

La ciudad en los términos descritos transcurrió sin mayores variantes hasta la guerra del Chaco (1932-1935), que al margen de otros efectos de naturaleza política y social, transformó en “ciudadanos” a los migrantes campesinos, o dicho de otro modo, amplió el horizonte cerrado de la hacienda y el sitio rural donde permanecían los colonos y agricultores, quienes finalizada la contienda, comenzaron



a sentirse atraídos por la ciudad, que la consideraban fuente de nuevas oportunidades para volver a iniciar su existencia. Un cronista (Miguel Mercado) al reseñar estos hechos afirmaba: “a raíz de la guerra del Chaco (donde una gran mayoría del campesinado cayó prisionero), pudo asimilar nuevas costumbres y adquirir en cierto modo un mejor confort en sus costumbres primitivas, tanto en habitaciones, vestuario y alimentación, como en sus propias diversiones. El mayor porcentaje de hombres que fueron a la guerra, no volvieron a empuñar el arado con el mismo interés y decisión que antes” reconociendo que la escuela rural también aceleró esta transformación de la ideología campesina. (El Imparcial, 25 de abril de 1944). Ciertamente que en las trincheras del Chaco, no solo germinaron las ideas que conducirían al país hacia la Revolución Nacional de 1952, sino también las nuevas aspiraciones de comenzar una nueva vida en las ciudades. El mismo cronista nos alerta sobre la incidencia de otros factores, todavía más poderosos: la inflación de la moneda después de la guerra, implicó que los dueños de fortunas prefirieran comprar tierras para garantizar sus riquezas. Eso provocó el alza del precio de lotes urbanos y fundos rústicos. Se comenzaron a construir edificios, y a contratar albañiles, no sólo de la ciudad, sino del campo. Por este motivo, “Los salarios comenzaron a subir en crescendo hasta hace poco... Los campos fueron despoblados de sus mejores elementos. La vida rural perdió a sus elementos jóvenes que se vinieron hacia la ciudad alucinados por mejores condiciones de vida. Así progresó Cochabamba en forma material y demográfica desde 1937” (El Imparcial, número citado).

La devaluación de la moneda y una corrida de mineros, comerciantes y gentes de clase media diversa que llegaron Cochabamba, billetes en mano para comprar propiedades, aunaron fuerzas con los negociantes de inmuebles locales, logrando sobrepasar el volumen de la demanda de lotes y casas, respecto a lo que se creía, una abundante oferta. Con ello provocan un irreversible incremento del valor de los inmuebles. Ahora las tierras de la campiña ya no se miden por su rendimiento agrícola, sino por el volumen de lotes y casas urbanas que podrían contener. A ello siguió una fiebre de construcción totalmente inédita en la ciudad, al punto que, un cronista alertaba sobre la contradicción que se producía entre “la parte vieja de la ciudad” (más adelante se la denominaría despectivamente casco viejo) que no podría modificarse pese al empeño de las autoridades y la falta de planificación de las zonas circundantes, especialmente hacia el Norte, rematando esta percepción con una dura sentencia: “En Cochabamba, se hace todo lo contrario de lo que se hace en todas partes, primero se construyen los edificios, para recién trazar las calles” (“La Urbanización de Cochabamba”, El País, 4 de julio de 1937).

Hacia fines de la década de 1940, la ciudad se extiende sin contar con luz eléctrica, pavimento ni agua potable suficiente. Cochabamba pierde su carácter provinciano, señalan cronistas de la época: “hoy en este pequeño lapso todo ha cambiado [...] Los huertos, los jardines y los patios soleados van desapareciendo, porque hay que dar paso al comercio y a la industria que requiere cuanto espacio sea posible para dar cabida a los almacenes y a las pequeñas fábricas. La población está desplazándose hacia los alrededores en busca de aire puro y de sol, de donde resulta que inclusive empleados de reducido emolumento van haciendo economías para comprar reducidos terrenos donde lentamente van construyendo su casa” (“El Progreso Cochabambino”, editorial de El País, n° 3289, 17/05/1949).

Los miles de propietarios de tierras y los cientos de acaparadores de las mismas, que se hicieron de propiedades grandes, medianas y pequeñas en los años finales de la década de 1930, en los años 40, demandaban a la Alcaldía por la fijación de rasantes y la apertura de calles, en zonas que ni remotamente se pensaron como urbanizables. Los más impacientes obraron por su cuenta y así comenzaron a surgir nuevas vías públicas, sin orden ni concierto, en un contexto de auténtico caos urbanístico. El “Plan de la Ciudad”, la “Planificación de Cochabamba” fueron términos que ganaron la palestra de la discusión pública. La presión social fue suficientemente poderosa como para obligar a una administración municipal conservadora y cuyas miras urbanísticas no superaban la visión de los agrimensores y topógrafos municipales, a debatir y encarar la tarea de elaborar y poner en marcha un plan urbano, es decir, el Plano Regulador de la Ciudad de Cochabamba, cuyos avatares sobrepasan el alcance de este ensayo.

Lo cierto es que las percepciones, evocaciones e imaginarios de ciudad moderna, cubiertos de nubes de idealismo y romanticismo que encendieron la imaginación de la inteligencia valluna en las “Fiesta del Progreso” de 1917, terminaron en la década de 1940 y se decantaron en el impecable y aséptico discurso de los técnicos que comenzaron a describir la ciudad como un “organismo” cuya vitalidad depende del buen funcionamiento de sus partes, esto es de las “funciones” (comerciales, administrativas, residenciales, industriales, recreativas, etc.) que cada parte debe desempeñar con eficiencia. El centro de la ciudad o “casco viejo” debía adoptar una imagen urbana de monobloques rodeados de jardines, dentro del estricto molde que dictan los cánones del urbanismo europeo recién horneados en los Congresos de Arquitectura Moderna liderados por el genio Le Corbusier. Los barrios tradicionales del Noreste y Noroeste y de las otras zonas que todavía no rebasan el río Rocha, fueron rebautizadas como “unidades residenciales”. La campiña fue retaceada, primero en los planos, luego en la realidad, para erigir nuevos los barrios modernos. Bajo esta cirugía, el antiguo sentido de la ciudad tradicional compacta, plurifuncional y si se quiere intercultural, es sustituido por un modelo que se autocalifica como más pulcro y ordenado, pero su orden se apoya en su carácter social y espacialmente segregativo, en la interconexión de los distritos urbanos unifuncionales y en la conversión en áreas verdes de los residuos dispersos que dejan las grandes operaciones de fraccionamiento de tierras. En buenas cuentas la visión urbanística que se propone, muestra, ya no el imaginario utópico, sino el modelo real, físicamente proyectable de ciudad-moderna, pero con el pequeño detalle de que no solo se ordenan los objetos urbanos (las calles, los barrios, la circulación, los sitios de actividad, etc.), sino se profundizan las distancias entre las clases y estratos sociales: para las elites se asignan las novísimas zonas residenciales de la campiña, en tanto los artesanos, los obreros y las clases medias pobres que habitan los “barrios obreros”, deben lidiar con las carencias y la aridez de la zona Sur.

Una vez más, a contrapelo de la aparente marcha triunfal del modernismo que encuentra en las innovaciones tecnológicas y en la planificación de la ciudad, su referente concreto y palpable; los premodernos andinos elucubran la manera de acomodarse a las nuevas reglas del juego, manteniendo plenamente su identidad.

La marcha sostenida hacia la metropolización

Las euforias modernistas de la primera mitad del siglo XX, finalmente quedaron plasmadas en un documento de valor técnico, mensurable y hasta susceptible de ser sujeto de operaciones financieras. Ahora el modernismo se llamaba “desarrollo urbano” y sus proyecciones se traducían en “obras de interés público”. A nombre de esa modernidad revestida de razón técnica, se abrían calles, avenidas, plazas y parques, se fijaban rasantes y se trazaban los lineamientos a los que se deberían regir las nuevas zonas urbanizables. Se impusieron pesados y detallados códigos de construcción y urbanización, y por lo menos en términos teóricos, el caos urbano de la década de 1930 y 40, había sido eficientemente superado.

Sin embargo, la realidad no conoce de razones técnicas ni de envolturas teóricas protectoras. Toda obra humana que no se molesta en aproximarse correctamente a ella, sufre las consecuencias. Este fue el caso del Plano Regulador, que tempranamente descubrió que algunos detalles se le habían pasado por alto. Un detalle, por cierto nada pequeño, fue que el contexto señorial en el que se pensó aplicar el flamante plan, correspondía al momento de agonía final de la sociedad oligárquica; luego el primer imprevisto fue la emergencia de la Revolución Nacional de 1952. La primera improvisación fue “amoldar” el discurso y los contenidos del plan a los nuevos tiempos de cambio. Si bien esta operación no demandó mayores claudicaciones, pues los nuevos gobernantes, representantes de los estratos sociales de la clase media emergente, no se sintieron incómodos al hacer suyas las miradas modernistas de la antigua oligarquía.

Sin embargo, un segundo detalle, la escalada de reivindicaciones sociales de los estratos populares, que trajo consigo la Revolución de Abril, implicaba desafíos que sobrepasaron la capacidad de “negociación” del plan. La reivindicación del “techo propio”, la rápida conversión de los “sindicatos de inquilinos” en militantes movimientos en favor de la expropiación de los grandes fundos urbanos, la agresividad de avezados loteadores que se reclamaban miembros esforzados del partido gobernante, el avance de la urbanización echando al canasto las flamantes normas de urbanismo, el imperio de la especulación de tierras con fuertes raíces en las estructuras del nuevo poder nacional y regional vigente, configuran factores, entre otros, que tempranamente atropellan las previsiones y visiones del Plano Regulador. Nuevamente, “la ciudad planificada” crece, se amplía, se arma de tentáculos, invade zonas de alta productividad agrícola, trepa laderas, en medio del mayor desorden imaginable. Los habitantes urbanos que vivían aterrorizados por una inminente “invasión de la indiada” que nunca se produjo, en realidad vivieron un asalto diferente: el campo no llegó a la ciudad para cobrar viejas deudas de explotación y masacres, sino para integrarse a ella, para acomodarse en ella barrios de campesinos y mineros que solo pensaban en una nueva vida gozando de los beneficios de la urbanización.

Una descripción de Cochabamba “desde un avión”, escrita en 1952, muestra la imagen de una ciudad consolidada y en plena expansión, que finalmente ha dejado de persistir en la vieja vocación cerealera para encarar su desarrollo, y diversificar sus opciones dentro de las proyecciones de la nueva política de Estado que trata de arrancar a Bolivia de su condición de país minero, abriendo vínculos con el Oriente y fortaleciendo la alternativa de los hidrocarburos. Se puede pensar en este momento en una ciudad que se convertirá en soporte de un nuevo aparato productivo que enlazará la alternativa industrial aprovechando la centralidad geográfica de los valles, con las potencialidades de la red ferial del mercado interno regional y las nuevas proyecciones del desarrollo nacional. El imaginario urbano comienza a perfilar una contradicción que permanecerá hasta el presente: por un lado, el ideario modernista soportado por la planificación urbana a ultranza, que piensa la ciudad con la visión occidental de amplias avenidas, paseos, parques, grandes equipamientos, es decir, la urbe desplegando arquitectura moderna por doquier. Por otro lado, la visión pragmática de ciudad, aquella que organiza el espacio urbano con otra forma de racionalidad, aquella que



emerge de los recovecos de la informalidad, que sin abandonar sus raíces andinas concentradas en torno al sentido espacial y multifuncional de “la Cancha”, adopta un marco más urbano, mediante la creativa disposición de galpones, casetas y kioscos que sustituyen a la antigua “llantucha” campesina. Raudamente el antiguo espacio ferial campesino se convierte en espacio diversificado, donde es posible encontrar todo y más, de lo que puede ofertar el “centro comercial” moderno. Sin duda, ya en los años 50, comienzan a cobrar fisonomía y a competir entre sí, las dos formas de organizar la ciudad: la alternativa moderna-occidental y la alternativa andina que a su modo también intenta renovarse.

Hacia mediados de la década de 1960, los tonos de optimismo respecto al progreso de la ciudad tienden a agotarse. A más de diez años de la Revolución Nacional, la transformada ciudad, cuyo producto está lejos de ser un modelo de modernidad occidental, se aproxima más a la realidad de un híbrido, una suerte de mezcla entre moderno-antiguo y andino, y en este contexto, ciertamente exhibe más carencias que necesidades satisfechas. Ahora las nuevas percepciones asumen tintes más sombríos, ya que se duda del progreso de la ciudad. La editorial de un periódico de 1965, sostiene que sólo hay algunas zonas de la ciudad que cuentan con “confortables y modernos edificios”, mientras que el resto de la ciudad “más parece una gran aldea que una metrópoli moderna [...] ¡Qué vivo testimonio de nuestro subdesarrollo! Fuera de los contados barrios residenciales circunscritos al Norte y en alguna medida al Este y al Oeste, el atraso y la miseria son patéticos. Profusión de viviendas ruinosas, sin agua, luz eléctrica ni alcantarillado [...] y pensar que cincuenta años no han sido suficientes para modernizar la ciudad cuyas principales calles tienen cubierto de asfalto escasamente 10 cuadras, a lo sumo, a la redonda de la histórica Plaza de Armas”, dice la prensa. Se describe una ciudad con espacios verdes descuidados, mal alcantarillado, poca agua, calles cubiertas de polvo en vez de asfalto. El problema surge, dice la prensa, por el malgasto de los recursos públicos en ajeteos políticos y clientelas, en vez de obras.



Paralelamente a la frustración de Cochabamba para acceder, dentro del Plan de Desarrollo Decenal del país (el primero en su género) a la categoría de "polo central de desarrollo" en vez del modesto y hasta ofensivo rol de "polo de servicios" o tránsito entre la pujante economía de Santa Cruz y el industrioso Altiplano, el discurso modernista tiende a exhibir sus flaquezas. Los espacios destinados a equipamientos productivos y el eje industrial Quillacollo- Cochabamba se lotean y urbanizan sin mayores reparos. Las legiones de obreros ocupados en la gran industria de alimentos se convierten en los "informales" que inundan calles y plazas y materializan su miseria bajo la forma de cinturones urbanos de pobreza o "barrios marginales" que se asemejan a verdaderas colmenas humanas prendidas a escarpadas colinas.

La modernidad, carente de una base económica que la fortalezca como ideología dominante del nuevo orden social emergente de la Revolución de 1952, no llega a democratizarse, ni experimenta una evolución en sentido de socializarse y hacer de esta aspiración una reivindicación coherente y hasta un plan de acción concreto en pro del desarrollo urbano que tradujera las aspiraciones populares en hechos concretos. El aire popular que se permitía el discurso modernizante, era apenas una "cortina de humo", una concesión a los "tiempos de cambio", un membrete que escondía un fuerte apego a homologar la ciudad con el poder económico, político y social de la clase gobernante, y reducir "la aldea" al concepto de atraso, de incultura, de pobreza y marginación, contempladas con fatalismo y filosófica resignación.

Los "nuevos ricos" no se plantearon nunca modernizar la aldea de donde surgieron, sino "escalar" posiciones sociales, y una de ellas, la de mayor efecto y prestigio era: "irse a vivir a la zona Norte", que ya no era vista como la ciudad de los otros, sino como el novedoso universo hacia donde se proyectaban sus propias aspiraciones. Los barrios residenciales que debían convertirse en espacios de exclusividad social de las elites extinguidas, se volvieron mestizos, a tal punto que la arquitectura residencial se vuelve ecléctica, siguiendo las pautas del cuerpo social que la promovía. Por ello, la imagen urbana resultante, combinaba con naturalidad el chalet con la popular "media agua" y las "casitas funcionales" de los primeros planes habitacionales, en una suerte de democracia sui generis que todavía hoy se puede observar.

En los años 70, la realidad de una expansión urbana desordenada y fuera del control municipal, había creado una situación extremadamente compleja, no solo porque el Plano Regulador de la ciudad

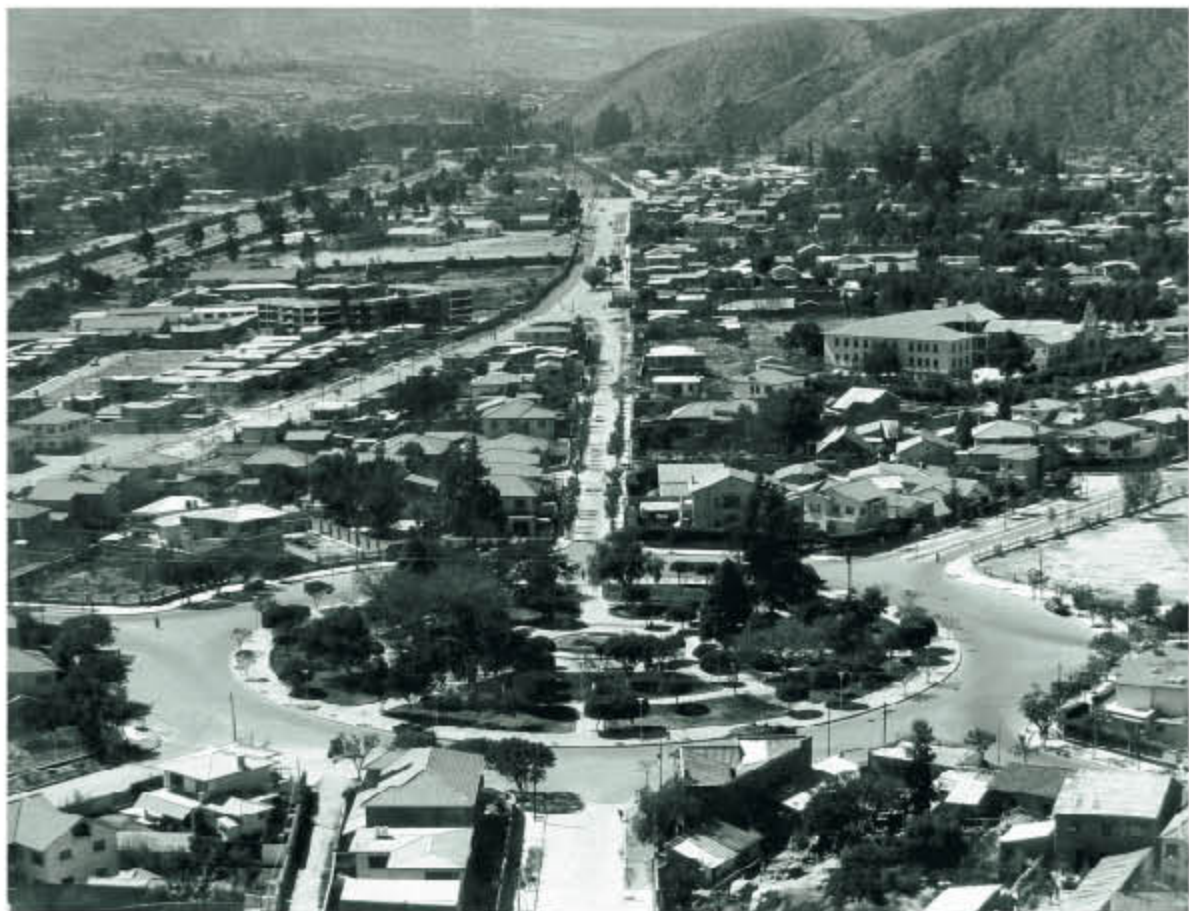
a estas alturas era una simple pieza decorativa, sino por el cariz social que había tomado este proceso. No se trataba solo de la avaricia de los especuladores y loteadores de tierras, sino de la habilidad de éstos para revestir sus operaciones ilegales con gruesos mantos de "interés social", incluso movilizando masas de ciudadanos reclamando "la insensibilidad municipal" por negarse a aprobar y sancionar flagrantes violaciones a las normas urbanísticas. Arturo Urquidí, uno de los más insignes rectores de la UMSS, reflexionaba que "el crecimiento de la ciudad de Cochabamba no tiene pues una base vital de actividad productiva. Por el contrario se trata de un crecimiento hipertrofiado, ficticio e insustancial, a semejanza de la materia adiposa en el orden biológico" (Urquidí: "El crecimiento de la ciudad de Cochabamba no tiene base productiva" en Temas de la Reforma Agraria, 1973). Certera observación sobre una ciudad que habiendo perdido su base productiva se convierte en "panteón de elefantes" y produce "tejido adiposo" decantado bajo la forma de urbanizaciones sin fin, no para albergar laboriosa fuerza de trabajo industrial, sino innumerable "terciaristas" que solo hacen circular la riqueza, pero no la producen ni siquiera en mínima proporción.

La contradicción esencial que contenía la estructura urbana era la permanencia intacta de la vieja estructura



colonial, que hacía de la plaza de armas el centro gravitacional del núcleo urbano. Esta centralidad, pese a las enormes transformaciones-distorsiones que experimenta la ciudad, mantiene su vigencia. Ello trae consigo simultáneamente la acción de dos procesos de signo opuesto: por una parte, la acción de fuerzas centripetas (la aglomeración y sobreposición de funciones urbanas no residenciales) en un escaso perímetro (el casco viejo), donde como otrora, dan cobijo a los poderes del Estado y la Iglesia, pero también a la banca, las empresas privadas diversas, las oficinas profesionales y un sinfín de medianas y pequeñas actividades de servicios diversos y comercio al por mayor y menor, todo ello en medio de un aprovechamiento especulativo de cada metro cuadrado disponible. Ciertamente las viejas casonas solo se demuelen "in extremis" cuando su vetustez va en desmedro de su capacidad de renta, entonces el terreno se convierte en estacionamiento en espera de una futura inversión para edificar una torre de funciones múltiples pero todas ellas calculadas para arrojar rentas máximas.

Por otro lado, la acción de fuerzas centrífugas, que operan bajo un modelo de función residencial horizontal y disperso. A partir de los años 60, el imaginario de casa propia es la vivienda aislada en medio de un generoso lote ajardinado, lo que arroja las bajas densidades que preocupaban a JUNCO; la lógica mercantil de este proceso, es que una antigua hacienda que se urbaniza valoriza las tierras no urbanizadas que quedan en su entorno, las mismas que al poco tiempo ingresan a la dinámica de convertirse en lotes de un tejido urbano insaciable en su afán de devorar las antiguas maicas y las mejores tierras de cultivo. Lo peor, si bien las nuevas urbanizaciones relativamente cercanas al casco viejo reciben los beneficios de la infraestructura básica y los servicios urbanos; es la extensa periferia, sin esperanza de recibir ningún servicio público, la que invade áreas municipales, escala serranías abruptas, engulle áreas agrícolas, y rápidamente toma la fisonomía de un gigantesco campamento minero de habitaciones en hilera, hechas de barro y techos de calamina, largadas de la mano de Dios y condenadas a depender de aguateros especuladores y resolver por sí mismas otras necesidades básicas.



Bajo esta dinámica expansiva de características horizontales y con gran despilfarro de tierra agrícola transformada en suelo urbano, la urbanización rebasa los generosos límites del radio urbano de los años 60, que desde la óptica de los planificadores contendría cómodamente hasta medio millón de habitantes hacia fines del siglo XX. Sin embargo, cuando se inician los desbordes en los años 70, la ciudad no alcanza ni a la mitad de esa predicción. En realidad lo que los técnicos no pueden evitar es la aguda mercantilización del suelo urbano, al extremo de que el negocio del siglo en Cochabamba, consiste en “hacer crecer la ciudad” comprando predios suburbanos baratos en sitios inaccesibles e incluso no aptos para la urbanización, que se convierten en “tierras de engorde” a la espera de que la urbanización se aproxime o que alguna infraestructura básica favorezca la zona, para luego fraccionarlas y revenderlas con ganancias que cuadruplican o más la inversión inicial.

De esta manera, la ciudad pierde su forma concéntrica y compacta original, se deforma, se alarga, crece tentacularmente, el tejido urbano avanza linealmente y se “traga” otros municipios. De esta forma, sin planificación previa y pasando por alto todo tipo de normativa, se materializa la conurbación que luego se rebautiza como “región urbana” primero y luego como “Región Metropolitana de Cochabamba”.

A fines del siglo XX, Cochabamba, exceptuando la persistencia del modelo colonial concéntrico, con la plaza 14 de Septiembre como una especie de centro gravitatorio de un cuerpo adiposo y sin forma definida, ya es irreconocible respecto a cualquier descripción que se hizo de ella antes de la década de 1970. Es decir, no solo ha saturado todo el espacio urbano que le concedió el Plano Regulador de 1949 (elevado a rango de ley en 1961), sino incluso ha consumido gran parte del espacio generoso que le propuso el Plan Director de 1980. La ciudad literalmente se ha desparamado a lo largo del Valle Central definiendo ejes de conurbación con Quillacollo-Vinto-Sipe Sipe, Sacaba-Colomi, Tiquipaya y Valle Hermoso-Santa Vera Cruz, con tendencia a seguir expandiéndose hacia la Angostura y más.

El resultado está muy lejos de la ciudad planificada e industrial rodeada de centros satélites donde residiría una laboriosa clase trabajadora que sugería el primer Plan de la Ciudad y su Región de Influencia Inmediata. El centro urbano no ha logrado completar la renovación urbana, que como la mayor aspiración modernista, quedó plasmada en el Plan Vial del Casco Viejo de los años 50. En efecto hacia mediados de los 80, la silueta urbana del centro histórico, que gira en torno a la Plaza 14 de Septiembre, todavía estaba dominada por las viejas casonas, muy deterioradas, fraccionadas y desfiguradas, es cierto, pero que definían una persistente escala uniforme solo alterada por unos pocos edificios que superaban los 10 pisos y que habían sido edificadas durante el boom de la construcción de los años 70. Sin embargo, a partir de los años 90, zonas tan tradicionales como El Prado fueron severamente modificadas en su imagen y proporción, por elevadas torres y un nuevo lenguaje arquitectónico contenedor de los nuevos valores de la modernidad de este fin de siglo. Los ensanches de las avenidas Heroína y Ayacucho, también estimulan, aunque con cierta parsimonia, la materialización de espacios dominados por grandes edificios de renta y comercio, introduciendo así en el centro urbano una estructura lineal que modifica en forma irreversible el aspecto aldeano, reduciendo el patrimonio urbano que teóricamente se debía conservar, a la Plaza de Armas y a unas pocas manzanas que la rodean, a la manera de un último islote del pasado cuya capacidad de resistencia a la marea modernista y sus deformaciones es cada vez más débil.

A todo esto se agregan los impactos exógenos de la globalización de la economía, que de una u otra manera alcanzan a la llajta modificando sus patrones de vida urbana e incluso incidiendo en una significativa modificación de su estructura urbana. Se trata no solo de las consecuencias que trae consigo el neoliberalismo económico que intenta expandir por doquier la economía de mercado con sus secuelas de relocalización de la fuerza de trabajo minera, el crecimiento acelerado de la informalidad urbana, la intensificación de las migraciones internas y las presiones demográficas cada vez más agudas sobre el ya escaso suelo urbano; sino todo ese proceso de grandes innovaciones tecnológicas en el campo de las comunicaciones y la información con la introducción de las computadoras personales, los celulares, el internet, el facebook, el twitter, las tabletas digitales y otras muchas innovaciones, que sin duda cambian los hábitos de vida laborales y privados, pero también cambian los imaginarios que unos y otros podrían tener sobre su ciudad.

Probablemente un primer impacto de este proceso, es la relatividad del perímetro urbano, cuando se pone en tela de juicio la idea de que la frontera de la urbanización es el límite de los procesos urbanos. En realidad, gracias a la telefonía móvil, cotidianamente tienen lugar exitosas interacciones



a distancia y miles de procesos de microcoordinación entre agentes económicos, estudiantes, amigos o simples familiares. Hora tras hora, día y noche los diálogos se entablan, de tal manera que ya no es necesaria la expansión de la ciudad para que extensos territorios y asentamientos humanos alejados de la conurbación puedan desarrollar funciones y vivir de acuerdo a los pulsos y ritmos que les impone la urbe cochabambina. Bajo esta premisa, se podría demostrar, sin mucha dificultad, que el área metropolitana de Cochabamba no sólo se expande con el crecimiento directo de su borde urbano, sino que va incorporando un número importante de localidades y ciudades intermedias, dentro de una región metropolitana más extensa. De esta forma se puede inferir que los centros urbanos menores sobre el eje Cochabamba-Oruro, sobre el eje Cochabamba-Sacaba-Colomi-Chapare, así como la creciente población urbana del Valle Alto, la del eje Cochabamba-Santibañez y otras, ya se comportan como componentes del área metropolitana, aun cuando estén físicamente dispersas, puesto que, no solo gracias a la optimización de la interconexión vial que posibilita viajes cotidianos dentro de tiempos tolerables a zonas anteriormente consideradas como alejadas; sino porque tales localidades también pueden interactuar virtualmente a través del popular "móvil" y la proliferación de "puntos" Viva y Entel, con los cuales se puede gestionar todo tipo de asuntos e intereses cotidianos sin necesidad de desplazamientos físicos. A este fenómeno los teóricos de la urbanización han comenzado a denominar, la configuración metropolitana de archipiélagos de islas urbanas interconectadas por tecnologías de información y comunicación, que es lo que realmente ocurre con la Región Metropolitana de Cochabamba, que no se reduce a la existencia física de los ejes conurbanos, sino también al desarrollo de una masa de millones de mensajes y diálogos digitales que se entrecruzan vinculando los extremos de esta enorme aglomeración en tiempo real y en forma cada vez más eficiente.

Sin embargo este complejo de un cuerpo metropolitano más o menos cohesionado y un nutrido archipiélago de islotes urbanos menores, está muy lejos de configurar una totalidad homogénea y armónica. En ella se ponen de manifiesto nuevos conflictos, nuevos roces entre la pre-modernidad que siempre encuentra las maneras de acomodarse a cuanto innovación se le ponga al frente y la modernidad-posmodernidad que no ahorra esfuerzos en construir su propia imagen de ciudad y sus propios imaginarios acordes con las innovaciones que propone el siglo XXI.

Innovaciones tan profundas o más que las actuales, como las que significaron la irrupción de la energía eléctrica, los tranvías, el tren, el ferrocarril del valle, los automotores, la radio, el cine, etc., tuvieron un fuerte impacto en la estricta moral colonial tanto en el seno de la familia como en la vida pública. Empuñando este arsenal, las elites urbanas, desde la segunda mitad del siglo XIX comenzaron a recuperar el espacio público como espacio representativo del poder de las elites. Sin embargo, no se puede hablar de un retorno a los tiempos de Viedma y menos de una ruptura absoluta, de una segmentación social y cultural secante entre dichas elites urbanas de comerciantes y gamonales totalmente empapados de los comportamientos y las modas importadas de la Europa industrial; y los vallunos aferrados a los gustos de la exquisita comida cochabambina, a las machujarras y al quechuañol, esto último, como la máxima concesión que se podía hacer al sector moderno hispanohablante.

En el fondo, la rigidez se los prohombres de estricto sombrero, levita y bastón, que gustan exhibirse degustando "Tea at five o'clock" o el café parisino bien cargado, participar del juego de billar en el Club Social o echarse un docto discurso lleno de citas sobre los grandes pensadores de Occidente; pasado el ritual público que cotidianamente les provee un buen barniz de distinción, retornan a la privacidad de la vida familiar, donde emerge una personalidad diferente y más auténtica, que no tiene reparos en retomar el dulce idioma de los incas para dirigirse a su basta servidumbre y a no pocos ahijados e hijos naturales de estirpe quechua. Se permite degustar de una buena chicha, se queja de las incomodidades del frac, critica a sus pares distinguidos y ordena una típica comida criolla bien sazónada y con una cuidadosamente preparada llajua bien provista de quilquiña y molida en batán. Obviamente que aquí, no se puede hablar de una ruptura con la identidad que proporciona el terruño y menos con una negación de las raíces. Simplemente se puede constatar un jocoso desdoblamiento que combina la exhibición del barniz "moderno" que esconde el alma popular apenas reprimida. Una suerte de juego de roles entre la modernidad civilizatoria de Occidente y la pre-modernidad andina que es inmune a todos los asedios de la primera. Es posible arriesgar la afirmación de que por aquí anida la verdadera identidad del cochabambino citadino de los tiempos de transformación de la antigua aldea colonial en ciudad moderna.





Sin embargo, los impactos de la nueva ola modernizante que trae consigo la globalización, no tanto en su esfera económica, como en su matriz cultural, no guardan relación con lo anteriormente relatado. Ahora dichos impactos traen consigo situaciones más explícitas de fragmentación urbana y segmentación social. La combinación del avance del neoliberalismo, promoviendo la liquidación del Estado benefactor e imponiendo el retorno a la economía de mercado, con el progreso de las nuevas tecnologías penetrando hasta lo más recóndito de las vidas cotidianas de la gente, han permitido recrear una ideología de modernidad-posmodernidad donde se entreteje el liberalismo como modo de vida con las modas internacionales que propagan los canales digitales de información y comunicación, reproduciendo imaginarios culturales, ahora sí, ajenos a las raíces del terruño.

En consecuencia, la ciudad conurbada se segmenta cuando los sectores de clase media/alta construyen un referente material que los represente, donde viven como en una burbuja, mientras anatemizan los viejos lugares de encuentro, como la Cancha, imaginada como un sitio peligroso. ¿Cómo, en concreto, se recrea esta nueva condición urbana? El recorrido histórico que hemos realizado, nos permite establecer que los momentos de avance de lo popular como un valor universalmente aceptado, o en el peor de los casos, tolerado por el grueso de la ciudadanía, por una parte, y por otra, los avances de los imaginarios aristocratizantes como reacción a los primeros; se corresponden con similares momentos de desplazamiento del poder estatal y regional en favor de las llamadas clases populares o con momentos de avance de las reconstituidas elites que tienen el poder de neutralizar a los primeros e imponer sus propios valores sobre el conjunto urbano. En este orden podríamos anotar que el desgaste del neoliberalismo y la bancarrota de su política de librecambio, abren paso en 2005 a un gobierno inédito: un representante de los pueblos andinos originarios ocupa la silla presidencial, accediendo en forma democrática un poderoso movimiento popular a la cima del poder.

La estructura urbana de la ciudad y la conurbación, finalmente han logrado la ruptura del viejo modelo monocéntrico, en favor de un modelo policéntrico, una vez más no planificado. Por una parte, la emergencia de un centro comercial y empresarial que se reclama pos-moderno, donde no se asoma la informalidad ni se entiende otro idioma que no sea el español, que deja ver, en torno al perímetro conformado por las avenidas Libertador, América, Pando y el Bulevar, incluyendo el espacio que le corresponde al Cine Center, lo mejor que en términos de arquitectura se permite la ciudad; y por otro, el viejo baluarte popular de la Cancha en las antipodas de los valores que inspiran al primero, pero que a su manera se permite recrear algunas libertades modernistas y hasta posmodernistas, pero todas ellas embadurnadas de raíces andinas.

Esta ruptura no es solo formal, sino además funcional. Por primera vez en la historia de la ciudad, un núcleo urbano importante de la misma puede prescindir de la Cancha,

puede reclamarse autónomo respecto al resto de la ciudad en relación a la satisfacción de sus necesidades de abastecimiento, el acceso a las fuentes de trabajo, a satisfacer sus necesidades de consumo de todo tipo, incluso a satisfacer sus necesidades recreacionales dentro de una amplia variedad de opciones. Es posible vivir en las urbanizaciones cerradas y los barrios articulados al nuevo centro de la Recoleta, ignorando por completo al desvencijado casco viejo y a la peligrosa zona Sur, algo inimaginable hace pocas décadas atrás.

La Cancha y el mundo de informalidad que allí se representa, no se han quedado de manos cruzadas. Han afianzado su dominio sobre la parte Sur de la Avenida San Martín, han rebasado la vieja barrera entre ciudad y campamento que delimitaba la Avenida Aroma, han consolidado su vínculo con otros baluartes menores como los mercados 25 y 27 de Mayo y sitios afines, al punto de que la latente aspiración de relocalizar estos venerables mercados en otro sitio menos evidente, a nombre de la modernidad de antaño, se ha desmoronado con la edificación de un nuevo edificio en el sitio tradicional. En cierta forma la nueva frontera entre el mundo urbano, todavía apegado a la tradición y sus viejas prácticas y el mundo urbano emergente de los llamados ciudadanos globales que se conectan mejor, en términos virtuales e incluso reales con los grandes centros internacionales de la vida posmoderna, que con los parajes indeseables de la ciudad de los otros, los pre-modernos andinos; si bien no tiene la explicites que definía en otros tiempos la mencionada Avenida Aroma, tiene sus hitos simbólicos: uno de ellos sin duda la Plaza de las Banderas, otro, tal vez el Cine Center.

Esta estructura física de la naciente metrópoli no es arbitraria de ninguna manera. Ella expresa la innegable emergencia de una elite regional moderna y vinculada, de una u otra forma, a la economía global. Es decir, que ha desarrollado la capacidad de ruptura respecto al tradicional modelo de acumulación que se nutre de la relación desigual campo-ciudad, para adherirse a procesos de acumulación de capital transfronterizos. Sin embargo, en el inmenso mar de la informalidad se agitan las olas, es decir, se visualizan situaciones imprevistas como la emergencia de una nueva elite que trata de saltar de las formas feriales de comercialización de mercancías baratas hacia nuevas modalidades modernas de expansión comercial. Se podría adelantar la hipótesis de que “la aristocracia” del comerciantado de la zona Sur desea disputarle a las elites del Norte la capacidad de materializar la nueva estética de la globalización y proponer a su manera un otro nuevo centro con las mismas ofertas de exclusividad y marca pero más apegado a la sensibilidad y a las maneras de los usuarios quechua-mestizos. Un indicador preciso de estas nuevas emergencias, es la proliferación casi epidémica, de edificios de diseño posmoderno y galerías comerciales lujosas en sitios próximos al comercio ferial como el final Sur de calle Esteban Arze y alrededores. Realmente estas son singularidades que desafían las finas argumentaciones de los teóricos del urbanismo en tiempos de globalización.

Para concluir, se puede trazar un esbozo de las nuevas lógicas espaciales que caracterizan la construcción social de la metrópoli que ejercitan los cochabambinos en la actualidad: los espacios conurbados han abandonado en gran medida su antigua fisonomía aldeana y combinan en infinitas alternativas, las maneras formales e informales de reproducir su economía. La Cancha ya no es el faro que orienta a la gran masa de consumidores urbanos, ahora estos, aunque todavía en forma incipiente, se dividen entre consumidores de los gustos globales que se encuentran en los supermercados y shoppings y los clasemedios conservadores y otros estratos de menores recursos, que siguen frecuentando los centros de abasto tradicionales. La plaza 14 de Septiembre y alrededores, tiende a convertirse en recinto de actividades comerciales de cuño conservador en contraposición con la emergente Recoleta y otros sitios de las zonas Norte, Este y Oeste donde se concentra la clase empresarial emprendedora y postmoderna. Todavía en un nuevo contraste con lo anterior, emerge un comerciantado, hasta hace poco informal, que ha adoptado, a su manera, ropajes posmodernos y erige un nuevo centro sui generis en la zona Sur, es decir, la feria de estilo persa que trajo consigo la Revolución Nacional ahora se acomoda a los gustos posmodernos. Esta es la fascinante dinámica de la metrópoli cochabambina, donde los llajtamasis no dejan de hacer de las suyas en forma creativa.

Modernos-posmodernos y premodernos andinos parecen separar sus cuerpos, al mismo tiempo que fragmentan y segmentan la urbe, pero la historia de la llajta nos muestra que esta tendencia no puede ser duradera, a todos nos toca trabajar para que unos y otros se reencuentren, se vuelvan a dar la mano y celebren como antaño, con buena chicha, buenos mote y buenos chicharrones regados de abundante llajua y quilquiña.





CAMBIOS EN COCHABAMBA

Cochabamba se halla en el momento más interesante de su evolución definitiva hacia las normas de una ciudad moderna. Las directivas generales proyectadas por un hábil urbanista extranjero y eficazmente secundadas y puestas en práctica por jóvenes arquitectos y urbanistas cochabambinos, plantean la apertura y el ensanche de nuevas avenidas y plazas, como las de Baptista, Villazón, Perú, Patiño, etc., que están en ejecución dentro de los limitados recursos disponibles. Se plantean asimismo la urbanización y regularización de poblaciones de las campiñas próximas, como Calacala, Queruqueru, Alalay, Jayhuaycu, La Chimba, el Aéreo Puerto, la Ciudad Universitaria etc. Con la incorporación de estas poblaciones al radio urbano con trazados que corresponden a la función social de cada barrio cabe esperar que la "gran Cochabamba", -la "Jatun Bolivia"- de los próximos diez años, será una hermosa ciudad de más de 300.000 habitantes, donde el hombre goce el bien de la dicha y la paz, como dice nuestro himno.

Casto Rojas, Antes que el olvido... lo olvide, [1945] 1969

CAMBIOS EN COCHABAMBA

Añorados tiempos en los cuales Cochabamba se reducía al ámbito de lo que hoy constituye el “caso viejo”; de calles trazadas en estricto tablero de ajedrez, clásico estilo de las ciudades coloniales españolas de América Latina y que, sin embargo, rompiendo su propia geometría, se expandía hacia sus alrededores prácticamente sin solución de continuidad por huertos y campiñas en una especie de desborde de vitalidad. Sobresalían en excelencia y belleza entre sus parajes, los de Cala Cala y Queru Queru, al Norte; Muyurina al Este y Sarco al Oeste; sin que dejen de tener sus propios las zonas de Las Cuadras y Alalay, al Sud-Este y Sud respectivamente; así como las de la Colina de San Sebastián (“Coronilla”) y la Chimba al Sud-Oeste; y, más al Sud, la Tamborada y Pucara, matizadas por sus sementeras de trigo.

Jorge E. Urquidí Z., *Anécdotas de un pasado cochabambino*, 1999



LA HIJA DEL PUEBLO

Es la columna vertebral de la economía casera del departamento. La razón de su vida se encuentra en la práctica del comercio menudo y la industria de entre casa. Inunda los mercados, las calles, los campos deportivos, los trenes, las flotas, para proporcionar a la humanidad cochabambina, chicha, api, refrescos, chicharrón, buñuelos, picantes y esa furiosa empanada con el sugestivo nombre bilingüe de puka-capá.

Tiene más actividad que la hormiga para llevar a los orureños las verduras que les falta [...]

Es señora respetable como elemento humano de trabajo porque lo cumple casi las veinte y cuatro horas de la jornada. Parece una autómatas. Mientras lo practica refleja la idea de que no tiene vivienda, ni hogar o no se acuerda de ellos, pues dormita, come y hace vida social en su "puesto".

Le gusta sentarse en el suelo, traficar en el suelo, comer en el suelo, atender su negocio en el suelo. Es la figura dominante dentro del matrimonio, porque tiene una independencia económica originada en su propio esfuerzo

Armando Montenegro, 1965





RECORRIDO DEL CARNAVAL EN COCHABAMBA, 1825 - 2012

Gustavo Rodríguez Ostría

No es posible establecer desde cuando se celebra el carnaval en Cochabamba. Es seguro que para fines del siglo XVIII ya existía ya festividad, por entonces denominada "*carnevolendas*". Los orígenes de la fiesta se remontan en Europa hasta los festejos griegos a Dionisio o las festividades romanas de Saturnalia, en honor al dios Saturno. Fue durante la Edad Media europea que alcanzó su esplendor. En América Latina fue introducido por los españoles tras la conquista, pero sufrió transformaciones al mezclarse con las tradiciones indígenas agrícolas.

El carnaval popular

En los años 40s del Siglo XIX, a poco más de veinte años de lograda la independencia de España, en la pequeña ciudad de Cochabamba todavía predominaba el carnaval colonial, fuertemente enraizado en tradiciones agrarias y religiosas de origen medieval europeo y las costumbres campesinas e indígenas. La calle era el lugar predilecto de los sectores plebeyos y populares. En ella tocaban y danzaban *bailecitos de la tierra*. Las danzas de procedencia peruana como *moza mala* de origen negro y gestos eróticos y la *zamacueca*, baile de pareja suelta, precursora de la cueca, también eran muy requeridas.

En febrero de 1847, un periódico local, describió el jolgorio que llamó "*el carnaval de aldea*". Durante la festividad, los cochabambinos, principalmente del sector popular, ganaban las calles con inusitada alegría "ostentando toda la gala de vestidos rústicos, trayendo flores y frutas en la cabeza, y danzando al son de un tamboril y una flauta de pastores"; ambos instrumentos imprescindibles para ejecutar candentes ritmos. Guitarra y *pinkillo* eran también convocados para expresarse en los *bailecitos* andinos.

Las máscaras y los disfrazados eran de uso frecuente, como lo fueron en el carnaval medieval europeo. El ilustrativo relato continúa describiendo las características de la multicolor fiesta popular:

Las caretas son sencillas: consisten en colorinas de almidón encarnados en las caras de los hijos de carnaval. [...] Esta nueva especie de máscaras tiene otro disfraz, que consiste en vestidos blancos de especial fabricación, erizados de sacos de inmensa capacidad. Estos sacos van llenos de agua de colonia o de lavanda, de cohetillos montados en balitas de cazar avestruces [...] y de huevos llenos de almidón y aguas olorosas.

La máscara y el disfraz servían para ocultar, para evadir y estar a salvo de miradas indiscretas y acusadoras. Los "*señoritos*" de clase alta podían así cometer desmanes y desenfrenos -típicos de las celebraciones del carnaval- gozando del anonimato. Los plebeyos cochabambinos, en este caso los sastres, se (re)presentaban como si fuesen otros y adquirirían un nivel social que normalmente no es el suyo, y aproximarse a los poderosos, a los ricos hacendados y comerciantes, sin ser reconocidos.

Era la plebe indígena o mestiza la que ocupaba y tomaba las calles durante el carnaval imponiendo su música, sus bailes y sus vestimentas. Mientras tanto ¿a qué jugaban los sectores más ricos y poderosos de la ciudad? Nuestro anónimo cronista señala al respecto que no participaba de las fiestas callejeras y no establecía nexos con la *plebe*. Bailaban y se divertían encerrados en la seguridad de sus amplias mansiones:



El carnaval urbano [...] hoy no sale al público; saca apenas las narices de la ventana. Su festín es allá dentro de casa: la hora del banquete es la hora del estallido; antes de terminar la comida se levanta de golpe y como por encanto la comitiva, rompe la música y entonase un coro al divino Baco. Empieza la danza en una rueda entremezclada de hombres y mujeres, asidos todos por las manos y se entable desde luego un comercio recíproco de cantares al son de una guitarra que jira en torno de la rueda convidando a cada uno de los bardos improvisados.

Sólo el martes tomaba el carnaval carácter de “dominio público”, aunque sigue muy discreto. “Nada de bailes ni de canto, todo eso se deja a las ruedas muy populares”. La elite cochabambina se entretenía nuevamente en sus casas en un juego y contrajuego de ataques y contra ataques con agua, talco y perfumes entre varones y mujeres. No existían bailes de máscaras en sus grandes salones, pues recién aparecerán años más tarde.



En pos de un carnaval señorial

Se dibujaban dos carnavales contrapuestos. En el popular, la celebración se hacía en las calles y en los sectores dominantes de blancos y criollos, en sus enconpetados hogares. Los orígenes del proceso modernizador y de separación social que emprendían los sectores dominantes urbanos se encuentran bien descritos por el prestigioso médico Julio Rodríguez. En 1877, escribió criticando a las manifestaciones festivas populares: “Nuestros abuelos pasaban el carnaval [...], con las grotescas escenas de una plebe que cantaba y bailaba en la calle, embriagada de placer, de lucro y desvergüenza [...]”.

Acabado lo popular, la aristocracia recién iniciaba por la noche su carnaval:

Reunidos en pequeñas tertulias de familia donde se bailaba la majestuosos contradanza, el elegante minué, se pintaban las caras con un poco de almidón perfumado; derramábase confites; se tomaba chocolate; se agitaban en un momento más al compás del “londú”, del “chambé”, del “gato mis mis” y del “aylumbé”, dándose de la noche el ósculo de paz para ir a descansar.

El *Gato mis mis* era una danza procedente del norte argentino y el *londú*, de origen africano asentada en un agitado zapateo, que probablemente fue importada del Perú.

Pero a mediados del siglo XIX, “la plebe... se retiró a divertirse al campo”. El repliegue abrió el espacio festivo a los sectores tradicionales y acaudalados.

Las calles vacías en los días de carnaval atrajeron el ardor de nuestros padres, que, apuestos mancebos, entonces se lanzaron a guerrear con cascarnes de huevos y cohetillos. Armaban de día descomunales batallas con las señoras, que desde sus ventanas defendía obstinadamente sus fuertes. Los bailes de la noche cambiaron de carácter: abolido el chocolate dio paso a los exquisitos vinos y el succulento ponche; [...] el minué y el “londú”, se transformaron en las brillantes cuadrillas y vertiginosas polkas.

La *cuadrilla*, baile de origen francés muy difundido a mediados del siglo XIX y la *polka*, tradicional y aristocrático danza europea, vibraban en los sofisticados salones de fiesta. Ambas se bailaban al compás de una orquesta o un piano. A las tres de la madrugada se servía un *ombigú*, delicada palabra francesa que aludía un conjunto de platos fríos y calientes.

Que las *cuadrillas* y *polkas*, reemplazaran a las danzas de origen latinoamericano que predominaban décadas atrás, confirma la admiración por la cultura europea (francesa en particular) prevaleciente en los salones de la aristocracia latifundista cochabambina. En aquellos años ésta aspiraba a ser moderno y culto, lo que significaba incorporarse a la tecnología y las costumbres extranjeras, incluyendo las carnavaleras.





En 1876 se dio otro paso importante para regular el carnaval y cortar la presencia de los sectores populares de artesanos mestizos y laboreros indígenas. El baile de máscaras en el Teatro Achá (y más tarde el del Club Social) quedó bajo el control de una comisión municipal, regulándose el ingreso. La máscara, como dijimos, permitía a la plebe escapar de su situación social desventajosa y aspirar, por un momento, a confundirse con la “gente bien”. La medida municipal tendía a cortar este “peligro” creando un espacio cerrado capaz de garantizar que el anonimato discurriera entre quienes era o se consideraban socialmente iguales evitando mezclas no deseadas.

El nuevo carnaval de los sectores dominantes cochabambinos segregaba y excluía por raza y apellido. Las calles también fueron ocupadas por los sectores dominantes criollos, que bailaban en ellas, a la par que ofrecían sus amplias casas de tres patios. Era costumbre aceptada ingresar en ellas libremente y recibir una grata acogida, que se iniciaba con un bautizo de agua. Los anfitriones invitaban bebidas como el *guarapo* e incluso fina *chicha* elaborada para la ocasión con maíz seleccionado. No faltaba tampoco comida, principalmente el *puchero* de cordero, aderezado con frutas de la temporada.

Mientras tanto el antiguo carnaval de raíz plebeya quedaba paulatinamente confinado a la periferia más pobre y alejada de la ciudad. En los barrios populares e indígenas, como Las Cuadras, Kara Kota, Jiahuyco o Cala Cala, artesanos, comerciantes y campesinos continuaban bailando *cuecas* y *bailecitos* con el mismo gusto y desenfreno de antes. *Challaban* la festividad regándola con *chicha*.

El corso de flores y la imagen europea

La transformación del carnaval en la ciudad continuó en las décadas siguientes. En los años 80 del siglo XIX, quizá por la experiencia traumática de la derrota en la guerra con Chile (1879-1884), la elite cochabambina se tornó más “ilustrada” y extranjerizante. Todo pasado plebeyo y toda manifestación popular e indígena, fuese festiva, culinaria o musical, le pesaba. La rechazaba pues le atribuía la derrota bélica y su frustración de no ser Bolivia una nación disciplinada, moderna y “civilizada”. En ese modelo de sociedad, el carnaval, con su derecho a la alegría y sus largos feriados,

simplemente no ingresaba bien. Era necesario regularlo y cohibirlo aún más. En ese espíritu “El Herald”, matutino cochabambino, sugirió en 1887 trasladar el carnaval al 6 de agosto. Otro matutino, denominado La Unión, que se presentaba como “órgano de la juventud” sostuvo que “es tiempo de que nos preocupemos de enseñar al pueblo a conocer y respetar las glorias pasadas [...] El carnaval no recuerda nada”.

El planteamiento no encontró acogida, demostrando que el carnaval tenía devotos y devotas. Sin embargo otras mentes, decidieron introducir cambios que conservaran la fiesta pero que, al mismo tiempo, la modernizaran y regularan; es decir que la aproximaran al modelo cultural más valorado en aquellos tiempos: el europeo.

Se resolvió por tanto mantener la vigencia del carnaval pero se lo oficializó y reguló. En otras palabras, la ciudad podía divertirse en *carnevalendas*, pero con ciertos límites y ornamentos aceptados. Fue precisamente que ese mismo año de 1887 que un ciudadano alemán, Adolfo Schultze, vecindado en la ciudad de Cochabamba, introdujo por primera vez una *entrada* carnavalesca a la usanza europea, la que “tiene que hacer época” vaticinó correctamente la prensa local. El modelo que se tomó fue el del carnaval de Venecia (Italia) y el que se realizaba en Colonia, Mainz y Dusseldorf (Alemania).

Un matutino local, narró para la posteridad ese singular y febril momento:

El desfile organizado por Schultze el Cochabambino partió desde la Pampa de Carreras (hoy Plaza de San Sebastián y Aroma), convirtió la calle San Juan de Dios (actualmente Esteban Arze) en el Corso romano, hasta el Capitolio cochabambino (la plaza 14 de Septiembre), de donde bifurcaba por las nuevas vías Rippeta y Babuino, vulgo Comercio (hoy calle Nataniel Aguirre) y su paralela (Esteban Arze, actualmente).¹

La comitiva hacía sorprendente variedad de disfraces, con lujo y gracia. Una partida de cosacos batía la marcha de su Majestad Imperial Adolfo I), acompañado del Príncipe consorte heredero presunto de la corona, del Field Mariscal Gainsborg, y de todos los miembros del Gabinete Humorístico. Distinguíase una góndola chinesca como las de Cantón, con marineros vestidos a la británica. Caballeros en asno, Baco, Vulcano y otros dioses del Olimpo; el temible espectro de Calcuta con su guadaña, un señor pacheño disfrazado de Intendente Municipal, el propietario del Club ‘Colón’ con su careta natural; un cirujano mayor con S sobre su título escrito al dorso, varios jóvenes de polizones y corsé, de lustre en la frente, de cejas, bigotes y mejillas químicas, definitivamente vestidos con calzones varoniles, etcétera, etcétera. [...] Dispersa la mascarada por todos los salones, se dedicó a ejercicios coreográficos.²

Disfrazados “con lujo y gracia”, los jóvenes de la elite que han ganado las calles, por primera vez en muchos años, festejaron la ocurrencia. En 1898 en el *corso* participaron por primera vez los carros alegóricos, lo que le otorgó un tono majestuoso muy distinto al anterior desorden de la plebe o al aburrido encierro en los salones de baile de los sectores adinerados.

En 1898, se dio un paso más al consolidarse, con auspicio municipal, el ‘*Corso de Flores*’. En 1904 un nuevo personaje se agregó a la fiesta: los niños y niñas que pudieron acompañar a los mayores en el Corso. Los protagonistas de la nueva fiesta fueron nuevamente los sectores de la elite; son ellos los que vivían y se regocijaban celebrando con el *dios Momo*. El “*bajo pueblo*”, en cambio, como veremos más adelante, simplemente observaba las rondas carnalescas en la Plaza 14 de Septiembre; de protagonista y actor fue transformado en espectador. La “*entrada*” del carnaval se había convertido en una fiesta familiar, desactivada de toda peligrosidad lúdica o de subversión plebeya.

En las calles el juego y las batallas con agua tenía un peligroso protagonista que sobrevivía desde tiempos lejanos: *los cascarnes de huevo*. Más de uno había perdido un ojo por el desgraciado impacto de un mal proyectil. Durante los meses previos en los hogares o los locales de comida se reunían afanosamente los blancos óvalos, que luego se llenaban con agua perfumada; aunque en muchos casos el contenido no era tan grato. En los días del carnaval algunas familias se ganaban unos centavos, vendiéndolos en las esquinas y



las calles. Las “guerras de cascarones” entre varones y “fémimas” ocupaban el centro de atención “civilizada”. El Municipio capitalino tratando de precautelar al público dispuso a principios del siglo XX que: “se prohíbe el juego de cascarones el domingo de Carnaval, más no los de ramos, ramilletes, perfumes y otros. En los demás días se podrá arrojar cascarones, pero no con aguas teñidas, cuyos vendedores quedan comprendidos en la sanción respectiva”. Los espacios públicos eran vigilados y regulados por los escasos gendarmes para evitar transgresiones, aunque estas, como siempre se daban modos para aflorar. La ordenanza en verdad no se cumplía, tampoco aquella que rezaba que solamente se podía mojar a quienes participan en el juego. Como siempre, las normas estaban hechas para ser burladas.

EL carnaval y la libertad femenina

A principios del siglo XX, Cochabamba era todavía una aldea grande, de apenas 30.000 habitantes, con vías empedradas, que carece de luz eléctrica y alcantarillado, pero su regocijo “se verifica como en las poblaciones más adelantadas”, se vanagloriaba El Heraldó. El acto central de carnaval acaecía por la tarde el domingo con el *Corso de Flores*. Su recorrido se iniciaba en la Plaza Colón, al norte de la ciudad, y culminaba en la Plaza Principal. El domingo de carnaval por la tarde, hombres y mujeres, daban vueltas en carruajes muy adornados, jalados por engalanados caballos y en medio de nubes multicolores de flores y mixturas.



Cada sexo por su lado y en sentido opuesto. Así podían mirarse. Esta iniciativa marcó el debut de las mujeres en el jolgorio carnavalesco que se armaba en las calles. El Corso generó espacios para la ruptura y el desafío a las “buenas costumbres”, pues se conformó como un lugar para el enamoramiento de la juventud. Mientras los carruajes daban vueltas, no eran las palabras las que allí mandan. Se imponía una “gimnasia de miradas” que producía una verdadera “cacería de corazones” gracias a “las serpentinatas enlazadoras q’ vienen y van; q’ atan y rompen”, aseguraba un periódico local.

Si los hombres elegían el *Rey del Carnaval*, a la par, las mujeres coronaban a su propia *Reina* y ellas establecían esos días un poder compartido con los varones. El lunes en las calles y mansiones del centro urbano, hombre y mujeres se trababan en un alegre combate. Por un bando, el “*Príncipe y sus huestes*” y, por otro, “*la Princesa y sus belicosas damas*” que se “atreían” a desafiarlos. Jarrones y baldes de agua y los temidos cascarones iban y venía por los aires. El martes, si el desafío todavía quedó pendiente, se repetía el chispeante choque. Por las noches en los salones de las amplias casas del centro dominaban las fiestas de máscaras. El *miércoles de ceniza*, las familias se desplazaban a sus haciendas a gozar de un día de campo, donde podían darse la licencia de bailar una *cueca* o un *bailecito* y saborear la chicha; goces excluidos de sus salones citadinos.

A las mujeres de clase alta, cotidianamente relegadas, las *mascaradas* les permitían evadir momentáneamente su ostracismo familiar y tomar, gracias al anonimato, la iniciativa en el galanteo. En las mascaradas en el Club Social (fundado en 1890) y las que se celebran en casas particulares, la cotidianidad se rompía y el orden simbólico se quebraba. Las mujeres protagonizaban una pequeña trasgresión (las del sector popular no necesitaban de este artificio, pues participaba desde muy atrás en las fiestas). Transitoria ruptura de las relaciones jerárquicas de género, que les permitía liberarse de su secular reclusión. Gracias a las máscaras, podían tomar la decisión y “*atreverse*” a mirar sin rubor. Incluso las más osadas jugar, a veces, fuertes bromas al otro sexo y expresarse un lenguaje considerado provocativo, reservado en tiempos normales para los varones. Sin duda eran las mujeres quienes esperaban con más ansias la llamada del *Dios Momo*, pues les consentía, en un fugaz momento de utopía igualitaria, tener una presencia activa y un protagonismo, que les era negado en otros órdenes de la vida social.



La reclusión de la festividad popular

Podemos concluir por tanto que a fines del siglo XIX el carnaval cochabambino se había afirmado como “una fiesta de la aristocracia”. Los minoritarios sectores dominantes que lo monopolizan impusieron su ritmo, su tiempo y sus expresiones culturales. Los mayoritarios sectores plebeyos, entre tanto, quedaron excluidos porque no contaban con los recursos económicos necesarios para solventar el elevado costo del nuevo carnaval: Elaborados trajes, serpentinas o sofisticadas bebidas sólo estaban al alcance de los bolsillos.

Paralelamente arreciaba en el país un alocución cargada de disciplina, moralismo y orden, que al condenar el goce de la fiesta y exaltar el trabajo, buscaba que el carnaval abarcara menos días. Precisamente, el año de 1905 el Gobierno Nacional estableció que feriados de carnaval abarcaban tres días, de lunes a miércoles. Ocurría que en algunas localidades rurales de Cochabamba, e incluso, durante buena parte del siglo XIX, en la propia ciudad, el carnaval se prolongaba por una semana.

Estas transformaciones en las costumbres parecían totalmente necesarias para acompañar la esperada modernización de la ciudad de Cochabamba. Aunque no había crecido mucho en población, contaba con más servicios urbanos. El censo de 1900 registró a escasos 21.886 habitantes, que se incrementaban a 36.222 si se incorpora en el recuento a San Joaquín de Itocta y a Santa Ana de Cala Cala. Años más tarde se instaló la luz eléctrica y el tranvía. Con su nuevo rostro, Cochabamba se sentía próxima al progreso y la “civilización”, la que no podía, ser empeñada por las manifestaciones “irrespetuosas” del Carnaval, de ahí que el Consejo Municipal se empeñó en transformarlo a la moda europea.

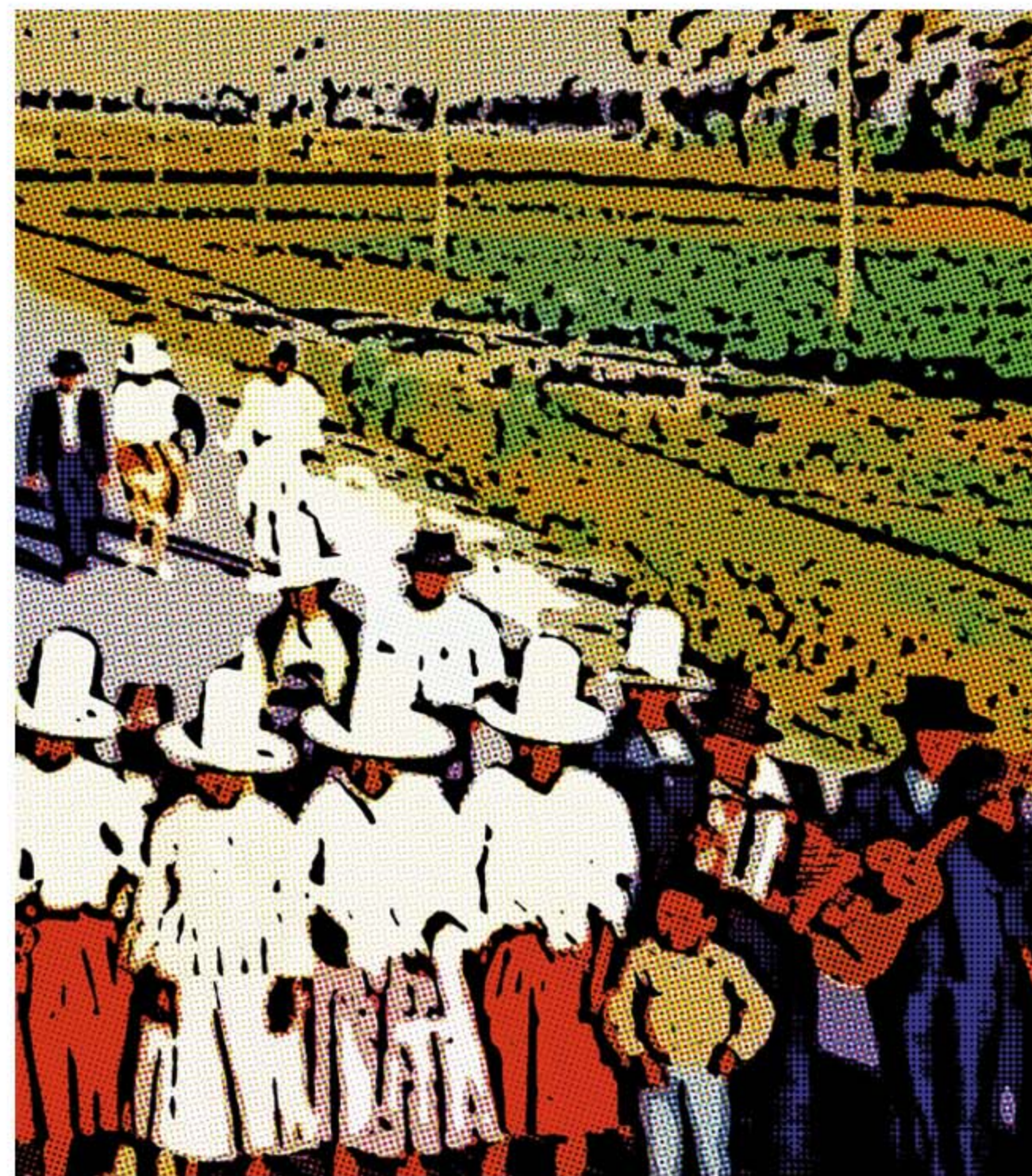
A principios del siglo XX la música popular ya no se escuchaba en el centro “urbano”. Tampoco se veían los “magníficos disfraces” de los danzantes plebeyos que en tiempos pasados alegraban multicolores las calles de la ciudad. “El pueblo”, advertía un periódico local, “no se exhibe ya en esas bulliciosas y abigarradas ruedas (comparsas) entonando esos picantes carnavalitos al son de bien tocadas guitarras, charangos, acordeones y quenás”. Ausentes las “rondas” también fue desapareciendo la costumbre de pedir *guarapo* y unas *chichurrias* (chicha) en las casas “en la hora reglamentaria del yantar” (comer).

Sin embargo la verdad era que los artesanos, los pequeños comerciantes y en fin quienes eran llamados del “bajo pueblo”, no la habían olvidado para nada; solamente que no hallaban cómo manifestarla a su tradicional modo en el centro citadino o en los locales encopetados. Debieron por tanto, refugiarse en las campiñas aledañas. Allí, cuando en la ciudad ya se apagaban los ruidos del carnaval, la fiesta recién comenzaba el *miércoles de ceniza* y duraba toda una bulliciosa semana. Emergían manifestaciones culturales “plebeyas”. Sin complejos ni censuras, el pueblo danzaba y bebía “al son de su [...] música y su picaresca rima”, “celebrando a sus dioses”.

En suma, los espacios festivos habían terminado por dividirse en la ciudad de Cochabamba generando dos escenarios desiguales: uno, el centro urbano en torno a la Plaza de Armas, para los sectores tradicionales y dominantes; el otro, en las afueras, para las masas plebeyas de mestizos e indígenas.

Fiesta en la posguerra

Durante las tres primeras décadas del siglo XX se observaron muy pocas modificaciones a la representación carnavalesca creada a fines del siglo precedente, cuando perdió su expresión lúdica, transgresora y revoltosa que lo caracterizaba antaño.





El *Corso de las Flores*, los juegos con agua y cascarnes y las fiestas de máscaras animadas de música europea, continuarán dominando la festividad, la que incluso se tornará más timorata que antes. En 1922, se limitó el consumo de bebidas alcohólicas, lo que permitió, dice la prensa local, que el Príncipe del Carnaval "César Augusto I", pudiera encabezar el baile de máscaras en el Club Social "en un ambiente en extremo culto" al que concurrió "una selecta y numerosa concurrencia". En el *Corso*, participan como siempre las ordenadas y bien disfrazadas comparsas pertenecientes a sectores acomodados, en carros alegóricos; aunque no faltaban acompañantes disfrazados que hacían el recorrido a pie. La mayor novedad de aquellos años fue la introducción de automóviles, que sustituyeron paulatinamente a las carrozas jaladas por caballos. También la cerveza, "la rubia que nunca engaña" - considerada otro símbolo de la modernidad europea fue imponiéndose, desplazando en los sectores acomodados a la *chicha* y el *guarapo*. La cerveza, que anteriormente se importaba de Europa y luego de Chile, era considerada una bebida "cult", en oposición a la *chicha*, asumida como de *pueblo*. Para satisfacer esta nueva demanda, desde fines del siglo XIX, la ciudad contaba con dos plantas de cerveza. La Colón de capitales locales y la Taquiña, impulsada por inversionistas alemanes.

El desgarrador conflicto bélico entre Bolivia y Paraguay entre 1932 y 1935, condujo a la emergencia de nuevas sensibilidades y proyectos revolucionarios. En otras palabras el carnaval en la ciudad de Cochabamba no afrontaría grandes cambios en los próximos años y siguió moviéndose bajo los mismos moldes que se habían establecido al concluir el siglo XIX. La gran novedad de aquellos años fueron los globos de látex para al agua. Por su alto costo no pudieron sustituir de inmediato a los cascarnes de huevo, pero entre los sectores pudientes se consideraba moderno usar esas bombitas extranjeras y no depender de la voluntad de gallinas y de las *silpancheras* que los guardaban celosamente en unas vasijas conocidas como *witus*.

Pero esta novedad no fue suficiente para insuflar nuevos ánimos al carnaval. La fuerza de la festividad estaba decayendo, a la par que la economía de la región enfrentaba una recesión. Además otra guerra, esta vez en Europa, entre 1939 y 1945, introdujo una crisis económica, que afectó los bolsillos y redujo las explosiones de alegría. Sin duda, la festividad quedó perturbada también

porque desde 1945, el *Miércoles de Ceniza* ya no fue feriado; aunque siempre existían modos para burlar y no cumplir la norma oficial.

El *Corso de Flores* aún subsistía como centro de la presentación y celebración festiva. Comenzaba como siempre en la Avenida Ballivián. Continuaba por la 25 de Mayo, doblaba por la Bolívar para rematar en la Plaza Principal. Pero su atractivo iba decayendo, se lamentaba la prensa local, pues carecía del ingenio y el "derroche lujoso de otros tiempos". El carnaval fue politizándose, recuperando en algo la función satírica e irreverente que tuvo en sus orígenes. Aparecían presentaciones que se burlaban de los partidos gobernantes o se lamentaban de la crisis económica.

En 1950 se contrastaba con lo que ocurría un par de décadas atrás, cuando:

El público tenía la oportunidad de observar varias decenas de carros alegóricos y numerosas comparsas de disfrazados. Todo aquello, a la fecha aparentemente ha desaparecido y la tradicional fiesta se ha reducido a un *Corso de Flores* con la participación de contados carros alegóricos y 2 o 3 comparsas.

Aquel daño de 1950, el Primer Premio de la entrada carnavalera tuvo que ser declarado desierto por la escasa originalidad de los concursantes. En el *Corso*, como desde la primera vez que se organizó, continuaban como protagonistas el "núcleo selecto de jóvenes y señoritas de la sociedad". De vez en cuando, sin que su presencia fuera masiva, ingresaban "pandillas" de campesinos acompañados su propio grupo de música entonando alegres bailecitos y *huayños*. Trascurrido el *Corso*, principalmente el lunes, las calles del centro citadino eran ganadas por las *comparsas* acompañadas de bandas. En las zonas populares, las *pandillas* de danzantes hacían de las suyas.

Gran parte del baile y la alegría se habían desplazado sin embargo a locales cerrados tanto públicos como privados. Allí también existían diferencias sociales y clasistas. El sábado por la noche en el Club Social se reunían de etiqueta. Su *matinée* del domingo era imperdible para la juventud de alta sociedad. Por su parte el Teatro Achá, El Cortijo, la Confitería Adán se llenaban de danzantes de clase media, gratamente animados por orquestas que levantaba el ánimo de las parejas al ritmo del Jazz o las *sambas* brasileñas. Por ahí se colaba algún *bailecito*. Sus vocalistas, gratificaban al público con tangos, sones caribeños y, aunque con menor frecuencias, *taquiraris* orientales.

Los tonos populares, en cambio, se escuchaban profusamente en la zona periurbanas del Sur y del Norte y en los mercados como *La Cancha*. Eran verdaderamente imperdibles para acompañar la *challa* del martes celebrada con derroche de alegría, serpentinas, cohetillos y *puchero*. En aquel momento los discos de vinil traducían los tonos de la *cueca* y los *huayños* procedentes de los antiguos gramófonos o de las modernas radios estereofónicas. A veces la máquina callaba y la fiesta seguía cadenciosa con los acordes del charango, la guitarra, el acordeón o el armonio a pedal.



Carnaval en la frontera de Cala Cala

La dicotomía entre el carnaval popular y el señorial del centro citadino, alcanzaba mayores ribetes en Cala Cala, campiña al norte de la ciudad. De acuerdo con la tradición se conoce que fue en 1896, cuando se inventó un día más de diversión: el *Domingo de Tentación* que se celebraría desde entonces, y por muchos años, en Cala Cala. Florido y bello lugar todavía rural.

Desde fines del siglo XIX “Era costumbre de las clases populares ir a Cala Cala con objeto de despedir el Carnaval”, el que aún mantenía vivos los colores, sabores y música de las antiguas *carnestolendas* cochabambinas. Un rasgo de ésta celebración era que conserva su carácter típicamente plebeyo. Se había convertido en una suerte un *alter ego*, un otro yo, del carnaval más ordenado y ritualizado que ocurría la ciudad. Se puede sospechar incluso que fue creado precisamente para escapar de la rutina europea y moderna que se imponía en la ciudad sobre las costumbres ancestrales.

La *cacharpaya*, se iniciaba con la entrada el jueves por la tarde, la que partía de Quero Quero rumbo a la Recoleta, el Estadium, Mayorazgo y zonas aledañas. Se lucían los *tinkus* en los “que cada comparsa demostraba su capacidad y habilidad para el canto y baile al compás de acordeones y charangos”. Engalanadas por abundantes serpentinas y mixtura, que adornaban a las comparsas de disfrazados, que danzaba al son de música popular: *bailecitos*, *huayños* y *cuecas*. Cada vez que se encontraban, las comparsas protagonizan reñidas contiendas con agua. Frecuentemente los disfrazados, que acompañaban el alegre séquito, representaban con sorna a personalidades de la política, las finanzas o la cultura. El juego con agua no faltaba para nada. La torratera, que cruzaba en las inmediaciones de la Plaza y donde fluían las aguas de la vertiente de La Chaima, servía de obligada piscina.

El día domingo, el último de la festividad, la fiesta rebozaba de gente y de gozo. Las y los danzantes de aquellos gloriosos años aún no olvidan los sones típicos del Río de Janeiro o del Club Social. O quizá haber obtenido el premio a la mejor pareja en el baile de la *cueca*. Los choclos, las humintas y la chicha eran afanosamente consumidas por las familias bajo el amparo de los árboles frutales, tendidos despreocupados en el verde *chiji*.

Nacionalismo y carnaval

La insurrección del 9 de abril de 1952, rompió antiguas convenciones e introdujo una nueva concepción de la nación, basada en el reconocimiento de los valores culturales mestizos y populares. De inmediato su influjo no llegó al carnaval de Cochabamba que siguió desenvolviéndose como una fiesta ajustada a las manifestaciones culturales de las elites. Estas sin embargo acusaron el impacto de la supresión de sus privilegios de clase terrateniente, arrastrado consigo la fastuosidad de carnaval. Además, y como vimos, la fiesta del *Dios Momo* ya estaba desgastada, por lo que el nuevo contexto post revolucionario pudo acelerar que la festividad se desarrollara en escenarios mucho más modestos que en años precedentes.

Un primer cambio fue que desde 1953 el *Corso de las Flores* dejó su ritual de vueltas en la Plaza principal y se trasladó al Prado. Se dice que la permuta obedeció al temor del partido de gobierno, el MNR, a que la rancia juventud opositora utilizara la oportunidad para atacar la Prefectura. Los adornados carruajes, por su parte, fueron remplazados por el baile de comparsas, las más importantes de ellas fundadas en los años 40s. Animaban la entrada *Jets*, *Always* o *Caribes* en parejas, sencillamente ataviadas, en comparación con los años precedentes, aunque siempre, hombres y mujeres, engalanados de entusiasmo al ritmo de las alegres y bulliciosas bandas de “*latapukus*” (sopladores de lata en quechua, en alusión a sus instrumentos de viento). Las comparsas, por la movilidad que permitían al cuerpo, preferían la música brasileña y la cruceña de *taquiraris*, la que había sido introducida en la festividad local en la década anterior por estudiantes universitarios oriundos de Santa Cruz, que formaron su propia comparsa.

Otro cambio importante, fue la consolidación del *Corso Infantil*, celebrado en la mañana del Domingo de Carnaval. Hasta entonces niños y niñas, podían acompañar a sus mayores en los



carruajes. Pero ahora disponían de un espacio propio para adentrarse tempranamente en los rituales de la festividad. Eran frecuentes, acorde al nacionalismo reinante, niñas rubias vestidas de *cholitas* y niños de pálida tez de campesinos.

El entusiasmo de las comparsas no fue suficiente para devolver al Carnaval su anterior presencia. La crisis de la economía regional cortaba el entusiasmo. De “muy discreto” fue calificado en 1962. “Decepcionó al numeroso público”, sentenció en 1964 otro matutino local, Prensa Libre. Al año siguiente fue más lejos: “De un buen tiempo a esta parte el carnaval cochabambino se encuentra de capa caída, reduciéndose a un abundante juego con agua”. En 1965, para darle un empujón, la Cámara Junior promovió la elección de la *Reina del Carnaval*. Sin embargo la antigua festividad iba apagándose.

La ciudad se ampliaba. Los 100.000 habitantes de 1950 se habían duplicado para 1970. Ese año Radio San Rafael y la Alcaldía del Cercado organizaron el primer festival de *Taquipayanakus* - contrapunteo en quechua y castellano de coplas *picantes* entre comparsas - en el estadio Félix Capriles el *Sábado de Tentación*. La celebración trasladaba la picardía campesina, aunque la confinaba dentro la mole de cemento, a los ojos de una ciudad que perdía día a día sus ya escasos rasgos rurales a medida que la mancha urbana crecía y su población aumentaba. El nuevo festival venía a establecerse como una suerte de cierre y despedida del Carnaval. Remplazaba a la festividad que en décadas precedentes se realizaba en Cala Cala, que había decaído hasta reducirse a un juego con barro y agua teñida, distante de la alegría y el colorido popular de antaño.

La renovación del carnaval

Con el carnaval en crisis fue necesario intentar salvarlo. En 1974, se creó el *Corso de Corsos* gracias a la iniciativa de la tradicional y (re)conocida *Radio Centro*. Uno de sus principales organizadores admitiría al respecto: “Todo nació por la motivación de darle vida al Carnaval. Éramos jóvenes y organizamos la entrada con unas cuantas agrupaciones, éramos muy pocos, pero había mucho entusiasmo”. *Jets y Always*, tradicionales comparsas estuvieron en primera fila. Al año siguiente se plegaron los soldados de las distintas guarniciones militares del Departamento, lo que le proporcionó al nuevo *Corso* una masa segura de entusiastas participantes.

El mismo 1975, sin embargo el carnaval enfrentó un golpe que lo hizo tambalear. La dictadura militar del Coronel Hugo Banzer, convencida que el placer y la alegría eran contrarias al “orden y el progreso”, suprimió desde ese año los feriados del lunes y el martes. La población disgustada se dio modos de resistir la decisión. Tres años más tarde, cuando el ciclo militar concluía, se restituyó el feriado del martes de *Challa*. Desde 1979, también el lunes se recuperó para la fiesta. El carnaval había vencido a las fuerzas autoritarias. Sin embargo la victoria era pírrica. El carnaval cochabambino, en contraste de lo que ocurría en Oruro, con su mezcla de religiosidad y fiesta ancestral o en Santa Cruz, con su colorido y ritmo moderno, carecía de alma e identidad. Por muchas décadas, sin mucha originalidad y recursos, había intentado el equivocado camino de pretender ser un duplicado de Europa o el Brasil.

Para fines de los años 70s, la juventud de clase media de ambos sexos, que acudía masivamente a las universidades, empezó a buscar una nueva plataforma cultural que le permitiera participar en la construcción de una nación mestiza. Era tiempos de exaltación del discurso político nacionalista revolucionario, de la música folklórica y del retorno a las calles, no para luchar contra la dictadura, sino para darle un nuevo contenido a las fiestas de carnaval. Seguramente muchos y muchas de quienes protagonizaron este vuelco eran nietos o nietas, de quienes a fines del siglo XIX bregaron por expulsar de la ciudad, que pretendían construir como un sofisticado centro urbano, la música, la danza y la vestimenta plebeya e indígena. Las elites en lugar de continuar recriminando el crecimiento de los desfiles y festejos populares, decidieron participar en ellos.

La presencia nuevos danzantes fue coincidente con la irrupción de la economía de mercado y el desmantelamiento del estatismo que se produjo desde 1985 lo que da la impresión que fuera producto del Neoliberalismo; en verdad fue resultado de las transformaciones operadas desde 1952 que apelaban al mestizaje y la unidad cultural como soporte de una nación concebida como homogénea y, al menos aparentemente, carente de fisuras étnicas o regionales.





Herederos, quizá sin saberlo, de esa tradición, los *caporales* de San Simón, bailaron por primera vez en el *Corso de Corsos* de 1979. Si su debut fue modesto, a partir de allí la historia empezó a cambiar. Si bien la creación de la figura del caporal, se remonta a principios de la década de los 70s en los sectores populares de las barriadas de La Paz; fue en Cochabamba donde ganó presencia y patentó su identidad ligada inicialmente a la clase media universitaria, para luego difundirse a todos los sectores sociales.

El fenómeno del *caporal*, con su nueva estética del cuerpo y el movimiento, supuso la definitiva irrupción carnavalera de las mujeres. Sensuales, pudieron expresar en la danza, la libertad de sus cuerpos. A fines del siglo XIX o inicios del XX, solamente las mujeres más osadas aprovechaban del anonimato de la máscara para atreverse a desafiar los códigos mojigatos. *Las caporales* en cambio bailan con el rostro descubierto. No se restringen solamente a la libertad de ver, quieren también ser vistas.

Los *caporales* fueron la punta de lanza de la *folklorización* del carnaval cochabambino. Para principios de los años 80s, la policromía y la música nacional, plebeya e indígena habían ganado presencia activa, reconocimiento oficial y protagonismo callejero que nunca antes habían alcanzado durante el carnaval. Agrupa ahora una diversidad. Cientos de danzantes y danzarinas - Morenos, Kullaguas, Llameras, etc - con sus trajes de vivos y variados colores, sus sones disímiles y su vistosa coreografía, tomaron el ritmo de la fiesta. Se sumaron los conscriptos de las guarniciones militares, que cada año cambian de disfraz y de carros alegóricos con originalidad, grupos campesinos de las localidades vecinas, comparsas que visten a la manera de los años 70s, danzantes de otros departamentos o disfrazados individuales que caricaturizan la situación económica o se ríen, en sentido carnavalero, de políticos famosos.

La consolidación y transformación del carnaval implicó otras modificaciones. Fue rebautizado como *Carnaval de la Concordia*, para expresar la voluntad de unidad nacional y regional. Sus

límites temporales se extendieron. Aunque oficialmente no se movieron los feriados del lunes y martes, la sociedad civil fue ocupando y recuperando más y más tiempo para el ocio y la parranda. Nacieron las *precarnavales* y los *convites*, que se realizan dos o tres semanas antes del *Corso*. El *Jueves Comadres* y el *de Compadres* es ya una tradición. Y pese a que el *Corso de Corsos* se trasladó al *Sábado de Tentación*, la fiesta también se prorrogó, de modo que el festejo dura casi una semana.

Y aunque las comparsas ya no *saltan* por las calles los lunes y martes como ocurría todavía hace unos 20 años; otras coloridas actividades llenan el calendario carnavalero: la *fiesta de la Ambrosia* en la zona de *La Maica*; *La feria del Puchero*, del *Acordeón* y la *Concertina* o del *Confite*, de los *Taquipayanakus* o el imperdible *martes de Challa*, al infaltable son de *morenadas* y *sayas*. Aunque el *Corso* actualmente agrupa participantes de toda la ciudad (y el Departamento y otras latitudes), la extensión de la mancha urbana que enmarca a una población que ya sobrepasa los 600.000 habitantes, obligó a desconcentrar la festividad hacia la zona Sur y la Norte, las que celebran su propia *entrada*; aunque en una escala más pequeña que el *Corso de Corsos* pero igual de bulliciosa, concurrida y diversa.



ROSTROS DE COCHABAMBA





ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

- iii y iv
- Fotografías de Rafael Balderrama
- vi. Fuente de las Tres Gracias, fotografía de Mauricio Sánchez Patzy
 2. Bailarina de cueca, fotografía de M. Sánchez Patzy
 4. Cochabamba, fotografía de Herbert Kirchhoff, 1949
 5. La influencia inca en Cochabamba, collage digital de M. Sánchez Patzy
 6. Diablos y jovenes, fotografía de M. Sánchez Patzy
 7. Grafiti de Cochabamba, autor desconocido
 8. Mujeres con banderas, fotografía de M. Sánchez Patzy
 9. Madre e hija vestidas de cochalas, fotografía de M. Sánchez Patzy
 10. Ritual andino en la ciudad, fotografía de M. Sánchez Patzy
 11. Caporalas, fotografía de M. Sánchez Patzy
 12. El toba volador, fotografía de M. Sánchez Patzy
 14. Estudiantes del colegio Sucre, 1910 (archivo particular)
 15. Posters en La Caucha, fotografía de M. Sánchez Patzy
 16. Cholas zapateadoras, fotografía de M. Sánchez Patzy
 17. Anuncios de huayño-cumbia, fotografía de M. Sánchez Patzy
 18. Maizal, fotografía de M. Sánchez Patzy
 19. Jarras de chicha y tutuma, fotografía de M. Sánchez Patzy
 20. Charque, plato típico, fotografía de M. Sánchez Patzy
 21. Mote, quesillo y llajwa, fotografía de M. Sánchez Patzy
 23. Pendón de chichería, fotografía de M. Sánchez Patzy
 24. Casona, fotografía de M. Sánchez Patzy
 25. Tradición y modernidad, fotografía de M. Sánchez Patzy
 26. Calle de Cochabamba, (1910). Fotografía de Rodolfo Torrico Zamudio
 27. Arquitectura mestiza cochabambina, fotografía de M. Sánchez Patzy
 28. Edificios, fotografía de M. Sánchez Patzy
 29. Barrios jóvenes, fotografía de M. Sánchez Patzy
 30. El ceibo, óleo de José García Mesa, 1903
 33. Reina cholita, fotografía de M. Sánchez Patzy
 35. Micro, fotografía de M. Sánchez Patzy
 36. Relieve de Pietro Piraino sobre la batalla del 27 de mayo de 1810
 36. Cabildo abierto, óleo de Juan Manuel Blanes
 38. Casas campesinas de Cochabamba en 1830, según d'Orbigny
 39. Mapa de Cochabamba en la década de 1810
 40. Cochabamba (fragmento), óleo de Manuel Ugarte, 1864
 41. Ilustración de Edmund Temple, 1830
 42. Transporte de chicha, Ilustración de Melchor María Mercado, hacia 1850
 43. Vírgenes y ángeles, fotografía y arte digital de M. Sánchez Patzy
 - 44 - 49
- Fotografías de M. Sánchez Patzy
50. Ruina incaica de Cochabamba, arte digital de M. Sánchez Patzy
 53. Vista de Cochabamba en la década de 1940 (colección particular)
 54. Ilustración que muestra a un grupo de mukeadores en el siglo XIX
 55. Pueblo de Cochabamba, siglo XIX (colección Casona de Santibáñez)
 - 56 y 57
- Feria valluna, óleo de José Castro, 1972
58. Iglesia de la Recoleta, siglo XIX (colección Casona de Santibáñez)
 59. Casa de Gil de Gumucio (colección Casona de Santibáñez)
 60. Casa de hacienda en ruinas, fotografía de M. Sánchez Patzy
 60. Plaza Colón (colección Casona de Santibáñez)
 61. Paseo de la Alameda, (1860) (colección Casona de Santibáñez)
 - 62 y 63
- Plaza San Sebastián (colección Casona de Santibáñez)
64. Puerta, fotografía de Mauricio Sánchez Patzy
 65. Ceibo de la plaza de Cala Cala (colección Casona de Santibáñez)
 66. Indígena y mercader de telas de Cochabamba, Edmund Temple, 1830
 - 68 y 69
- Chichería, acuarela de Juan Terrazas, 1979
70. Portada de la Alameda, siglo XIX (colección Casona de Santibáñez)
 71. El tranvía a Quillacollo, fotografía de R. Torrico Zamudio
 72. La llegada del tren, fotografía de R. Torrico Zamudio
 73. Puente del tranvía, fotografía de R. Torrico Zamudio
 74. La llegada de la luz, fotografía de R. Torrico Zamudio
 75. Día de campo en Cala Cala, fotografía de R. Torrico Zamudio
 76. Paseo de El Prado, fotografía de R. Torrico Zamudio
 77. El Acho, fines del siglo XIX (colección Casona de Santibáñez)
 78. La calle 25 de mayo, fotografía de R. Torrico Zamudio
 81. Aeropuerto de Cochabamba, fotografía de Herbert Kirchhoff, 1949
 - 82 y 83
- El mercado La Pampa, hacia 1970 (colección Casona de Santibáñez)
84. Avenida Papa Paulo, hacia 1970 (colección Casona de Santibáñez)
 85. Día de piscina (colección Casona de Santibáñez)
 86. Cochabamba desde la plaza Quinterilla (colección Casona de Santibáñez)
 86. Mercado San Antonio, hacia 1970 (colección Casona de Santibáñez)
 - 89 y 90
- Cerros urbanos, fotografía de M. Sánchez Patzy, 2012
91. Amanecer urbano (ciudad de Cochabamba), acuarela de Miguel Flores Sempéregui
 92. Edificios al atardecer, fotografía de M. Sánchez Patzy
 94. Calle Nataniel Aguirre hacia el sur, 1970 (colección Casona de Santibáñez)
 95. Calle Nataniel Aguirre hacia el sur, 2012, fotografía de M. Sánchez Patzy
 96. Panorámica de Cochabamba, fotografía de M. Sánchez Patzy
 99. Avenida Libertador (1950), fotografía de R. Torrico Zamudio
 101. Frutera, fotografía de M. Sánchez Patzy
 102. Collage digital en base a ilustraciones de Bonaffé (1856), y Mercado, (1859)
 104. Carnaval, ilustración de Melchor María Mercado, hacia 1850
 104. Ilustración de una fiesta popular del siglo XIX, según Pancho Fierro
 105. Comparsa femenina para el carnaval, fotografía de R. Torrico Zamudio, hacia 1914
 106. Baile de salón, apunte de Araceli Vázquez Málaga, 1844
 107. Niños disfrazados como cortesanos del siglo XVIII (colección particular)
 107. Lanzadores de huevos, ilustración de Manuel E. Fuentes, 1867
 108. Allí viene el carnaval, anuncio publicitario de 1925
 109. Grupo de parranderos, principios del siglo XX (colección particular)
 111. Pandilla valluna de carnaval, década de 1940
 112. Carrozas en el Corso de Carnaval, hacia 1920
 113. Camavaleros
 115. Festejo popular (colección de M. Sánchez Patzy)
 117. Diablos ante la iglesia, fotografía de M. Sánchez Patzy
 - 118 y 119
- Carro alegórico del Corso de Corsos, fotografía de M. Sánchez Patzy
120. Jóvenes vallunas, fotografía de M. Sánchez Patzy
 - 121 - 123
- Fotografías de M. Sánchez Patzy